





# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA Y COMUNICACIONES  
DE  
EL SALVADOR

## No. 73

ENERO 1984 — DICIEMBRE 1985



MINISTERIO DE CULTURA Y COMUNICACIONES  
VICEMINISTERIO DE COMUNICACIONES  
DIRECCION DE PUBLICACIONES  
San Salvador, El Salvador, Centro América.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE EL SALVADOR

Impreso en la  
**DIRECCION DE PUBLICACIONES**  
17 Av. Sur N° 430, San Salvador,  
El Salvador, Centro América.

# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA Y COMUNICACIONES  
DE EL SALVADOR

Director:

David Escobar Galindo

Toda colaboración es solicitada e inédita. Cuando se reproduce un trabajo en la Revista se indica su procedencia.



## UNA NUEVA EPOCA

*La Revista CULTURA nació en 1955, dentro del impulso que diera en aquellos días a la oración estética y científica el doctor Reynaldo Galindo Pohl, Ministro de Cultura Popular, como se llamaba entonces lo que después se cambió por Educación. Desde aquel tiempo, la Revista ha logrado sobrevivir —pese a altibajos y lagunas— sin desaparecer formalmente en ningún momento. Si se consultan los 72 números anteriores a éste, podrá encontrarse en ellos toda una expresión de la creatividad salvadoreña en esos tres decenios, unida a una muestra permanente de lo que se ha hecho en Centro América y, en general, en el ámbito de las letras hispánicas, en el mismo período.*

*Distinguidas personalidades de nuestra cultura han sido directores de la Revista, desde sus inicios: Manuel Andino fue el primero; luego siguieron Ricardo Martell Caminos, Juan Ricardo Ramírez Rauda, Mario Hernández Aguirre y Claudia Lars, cuya huella al frente de esta publicación, entre 1962 y 1970, es verdaderamente luminosa. A partir de 1970, hasta 1978, la Revista entra en un período de precaria supervivencia, habiendo aparecido solamente cuatro números. Desde 1978, el suscrito ha logrado lanzar ocho números.*

*El primero de junio de 1985 ocurre un acontecimiento de enorme trascendencia en la vida cultural del país: la creación del Ministerio de*

*Cultura y Comunicaciones. Tal hecho representa en sí un gran avance en el desarrollo intelectual salvadoreño, pues por primera vez todo lo que se refiere al campo de la cultura se independiza del ramo de Educación, y se une al rubro de las Comunicaciones, de tanta importancia en nuestros tiempos. El nuevo Ministerio —por expresiones del señor Presidente de la República, ingeniero José Napoleón Duarte; del Ministro correspondiente, licenciado Julio Adolfo Rey Prendes, y de los dos viceministros que lo acompañan, profesora Dinorah Arias e ingeniero Roberto Edmundo Viera— tendrá, como es natural, un amplio e intensivo programa de rescate, promoción e incremento de los valores culturales patrios, de manera que los salvadoreños vayamos configurando una auténtica identidad nacional, que haga posible proyectar al mundo una imagen de El Salvador ajustada a la verdad histórica y a la riqueza de sus contenidos.*

*Acorde con ese mayor esfuerzo, la Revista CULTURA encuentra su verdadera dimensión, y, sin abandonar un estilo ya plenamente identificable a través de tres decenios, busca recoger el hábito de innovación que es una realidad insoslayable del momento que vivimos, con el fin de contribuir al engrandecimiento cultural de la Patria, en un esfuerzo permanente que llegue cada día a más salvadoreños y que recoja, dentro de las exigencias de calidad estética, científica y filosófica que una publicación como ésta reclama, lo mejor que los salvadoreños de todas las generaciones han producido y están produciendo.*

*La dirección de la Revista agradece a los nuevos titulares de Cultura la confianza otorgada; y reconoce también, en el inicio de esta nueva etapa, a los colaboradores extranjeros y nacionales, su generosidad y su comprensión.*

**EL DIRECTOR.**

UN  
DECRETO  
Y  
DOS DISCURSOS



## LICENCIADO JULIO ADOLFO REY PRENDES

Obtuvo su grado de Licenciado en Ciencias Políticas en los Estados Unidos. Su carrera política —como alto dirigente de la Democracia Cristiana Salvadoreña, como Diputado y como Ministro— abarca más de veinte años. Es el primer Ministro de Cultura y Comunicaciones.



## DECRETO No. 36

EL ORGANO EJECUTIVO DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR,  
CONSIDERANDO:

I—Que según lo dispone el Artículo 53 de la Constitución, el derecho a la cultura es inherente a la persona humana y es obligación y finalidad primordial del Estado su conservación, fomento y difusión. Que es imperioso reconocer que esa obligación constitucional no se ha cumplido debidamente. Que entre las causas que han determinado ese incumplimiento está, en primer lugar, el hecho de que no se ha formado conciencia del significado e importancia del hacer cultural, que representa toda manifestación emanada de cualquier sector social, que lleva en sí un ideal o propósito de superación. Que asimismo son causas determinantes de ese incumplimiento, la falta de un organismo estatal dedicado exclusivamente a realizar el mandato constitucional, la falta de unidad en el quehacer cultural por haberse encomendado labores de ese carácter a ministerios u organismos que realizan otras funciones específicas, y el hecho de que las comunicaciones no están al servicio de la difusión de la cultura, con un criterio integral y unitario.

13

- II—Para que el Estado pueda cumplir con la obligación de asegurar a todos los habitantes de la República el goce de la cultura, es necesario en primer término, preservar nuestro patrimonio cultural, nuestras tradiciones, nuestro origen indígena; además, promover la cultura con criterio democrático y participativo.
- III—Que hasta ahora la labor cultural del Estado ha sido encomendada, como apéndice, al Ministerio de Educación, cuya labor en esta rama es tan extensa y compleja que no le permite realizar su función cultural requerida.
- IV—Que encontrándose dispersos en diferentes dependencias del Estado los instrumentos necesarios para la difusión de la información y la utilización de los mismos, para una mejor divulgación de la cultura es conveniente reunirlos en una sola dependencia gubernamental.
- V—Que todo lo anterior determina la necesidad de crear una Secretaría de Estado, para poder cumplir con los fines y obligaciones de preservar, fomentar y difundir la cultura y hacer uso adecuado de los medios de comunicación para realizar la labor de promoción y difusión de los valores culturales y la divulgación de las actividades del gobierno de la República.

**POR TANTO,**

en uso de las facultades legales,

**DECRETA:**

Art. 1.—Créase a partir del primero de Junio próximo entrante el Ministerio de Cultura y Comunicaciones con las atribuciones que le determinen las leyes y especialmente el Reglamento Interno del Órgano Ejecutivo.

Art. 2.—El Ministerio que se crea por este Decreto estará a cargo de un Ministro, dos Viceministros, así: uno de Cultura y uno de Comunicaciones y funcionará con las Direcciones Generales, Departamentos y otras Dependencias que fueren necesarias.

Art. 3.—Mientras el Ministerio de Cultura y Comunicaciones y los Viceministerios que se indican en el artículo anterior, no dispongan del personal y de los recursos necesarios para el cumplimiento de sus atribuciones, los Ministerios de la Presidencia, de Hacienda, Interior, Educación y el de Planificación y Coordinación del Desarrollo Económico y Social, deberán proporcionarles el personal y los recursos y servicios que necesiten.

**Art. 4.—**Para el mejor cumplimiento de las atribuciones que le corresponden al Ministerio de Cultura y Comunicaciones se le transfieren del Ministerio de Hacienda y del Ministerio del Interior, respectivamente, el Circuito de Teatros Nacionales y la Dirección General de Correos, con sus bienes muebles e inmuebles y demás recursos, los cuales le serán asignados cumpliendo las formalidades y requisitos que señalan las leyes.

Los proyectos de reforma al presupuesto que fueren necesarios deberán ser presentados a la Asamblea Legislativa previa aprobación del Consejo de Ministros.

**Art. 5.—**El presente Decreto entrará en vigencia ocho días después de su publicación en el Diario Oficial.

**DADO EN CASA PRESIDENCIAL:** San Salvador, a los ocho días del mes de mayo de mil novecientos ochenta y cinco.

**JOSE NAPOLEON DUARTE,**  
Presidente Constitucional de la República.

**JULIO ADOLFO REY PRENDES,**  
Ministro de la Presidencia.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. JULIO ADOLFO REY  
PRENDES ANTE LA ASOCIACION NACIONAL DE ANUNCIAN-  
TES DE EL SALVADOR (ANAES)**

Señores Directivos de la Asociación Nacional de Anunciantes de El Salvador,  
Señoras,  
Señores,  
Amigos todos:

Deseo expresar mis agradecimientos a la Asociación Nacional de Anunciantes de El Salvador por darme la oportunidad de dirigirme a tan selecta concurrencia para exponer los objetivos generales del Ministerio de Cultura y Comunicaciones y de la importancia que el sector privado relacionado con la publicidad y la comunicación social tiene en el cumplimiento de estos objetivos.

Hace una veintena de años se conformó la Asociación Nacional de Anunciantes de El Salvador —ANAES—, como una necesidad general en defensa de sus intereses frente a los intereses aparentemente contrapuestos de la Asociación de Agencia de Publicidad y la Asociación de Medios Publicitarios. Los temores de los anunciantes frente a las agencias de publicidad y frente a los medios de comunicación social se fueron superando mediante el diálogo permanente y la búsqueda de intereses comunes, hasta llegar a conformar hace aproximadamente diez años, el Consejo Nacional de la Publicidad que reunía a las tres agrupaciones.

Hoy se reúnen en esta sala no sólo los miembros de ANAES, sino que también miembros y representantes de los medios y de las agencias de publicidad frente a los supuestos o aparentes intereses contradictorios del Ministerio de Cultura y Comunicaciones y de las asociaciones presentes. Es mi deseo que a través del diálogo que ahora comienza, se disipen muchos de estos temores y que a través de un diálogo permanente y de un espíritu positivo en la búsqueda de intereses comunes, nos encontremos muy pronto unidos estrechamente para ayudarnos mutuamente y perseguir juntos la concretización de objetivos para el logro del bien común de todos los salvadoreños.

En el boletín extraordinario de diciembre del año pasado, de la ANAES leemos: “La unión hace la fuerza y esta fuerza es la que nos ayudará a preservar y fomentar el desarrollo de nuestra industria publicitaria ante la crisis económica y política que vive el país. Esta unión debe ser forjada sobre bases justas y de respeto mutuo en un ambiente donde se desarrolle la confianza, sabedores que todos estamos atados al mismo destino y por lo tanto, es imposible que existan vencedores y vencidos”.

El sentido de este párrafo puede y debe aplicarse a las relaciones que deben existir entre las distintas asociaciones que conforman el Consejo Nacional de la Publicidad y el Gobierno de la República, a través del Ministerio de Cultura y Comunicaciones. Y parafraseando lo señalado por ANAES, deseo recalcar que “la unión hace la fuerza y que esta fuerza debe de preservar y fomentar” la conquista de la paz, la superación de la crisis y el fomento y consolidación del proceso democrático. La suerte de los anunciantes, los medios y las agencias publicitarias, está estrictamente ligada a la supervivencia del sistema democrático. “Estamos atados al mismo destino”. Por supuesto, esta relación y cooperación debe “ser forjada sobre bases justas y de respeto mutuo, en un ambiente donde se desarrolle la confianza”.

Desde que concebimos la creación de este nuevo Ministerio, en el que reunimos todo el esfuerzo del Estado en la promoción de la cultura, el turismo, el deporte, la juventud y la información, así como la reunión de todos los medios de comunicación social del Gobierno, lo hicimos pensando en la activa participación del sector privado en todas las áreas. En el área de la publicidad y la información hemos concebido un papel muy importante al Consejo Nacional de la Publicidad, con quienes esperamos conformar un consejo asesor permanente que nos ayude y que participe junto con nosotros a pensar, a crear y a difundir a través de la información y de las expresiones culturales, los valores de la democracia, la justicia, la

solidaridad, la paz, el desarrollo económico y todos aquellos valores que le ayudan al hombre y a la sociedad a superarse.

Con la mente puesta en la necesidad de hacer un enorme esfuerzo para conformar una cultura al servicio del hombre y de la sociedad se procedió a organizar el Ministerio de Cultura y Comunicaciones.

Definir la palabra cultura es muy difícil y su aceptación varía de acuerdo al pensamiento filosófico de sus autores, por lo que en esta oportunidad, no voy a intentar una definición. Sin embargo, tenemos que aceptar que todos los pueblos tienen una cultura, aunque ésta no esté de acuerdo a nuestra concepción de civilización y modernismo. Es también importante entender que en estos momentos de la historia de la humanidad, es casi imposible encontrar una cultura aislada. Los medios de comunicación han impactado, desquiciado, transformado y creado nuevas culturas que a veces mezclan las culturas tradicionales con las importadas. Pero la cultura y todas sus expresiones tales como el arte, la religión, las creencias y los sentimientos, es lo que más perdura y lo que permite aún, en los momentos de destrucción y de crisis, que el hombre se levante de nuevo y restablezca aun, una civilización destruida.

Toda esta aspiración se encuentra en un grave peligro, debido a la crisis de valores que estamos pasando.

Hemos vivido en una sociedad en donde el *tener* más, ha sido más importante que el *ser* más, el egoísmo ha prevalecido sobre la solidaridad, la dispersión ha sido la regla y la organización la excepción y la dificultad de ascender política, económica y socialmente, ha frustrado las aspiraciones de las mayorías.

A estos valores negativos se han agregado en los últimos tiempos, sentimientos de odio que han reemplazado el amor, un culto a la muerte en vez del sagrado respeto a la vida, un afán de destruir en vez de una lucha para construir, en fin, una sociedad en donde el hombre se ha convertido en el lobo del hombre.

Para que la cultura tenga la vitalidad necesaria para sobrevivir a cualquier crisis, es necesario que esté fundamentada en los valores esenciales del hombre.

En mi discurso en la inauguración del Festival Diplomat de Música expresé: “queremos que se conforme una cultura que le sirva al hombre y a todos los hombres, para satisfacer todas sus necesidades físicas, intelectuales y psicológicas, una cultura que le permita al hombre desarrollarse psicológicamente, una cultura que fomente el sentimiento

gregario del hombre para que junto con otros hombres colabore en la búsqueda y solución de sus necesidades, en un espíritu de solidaridad, cooperación y respeto.

¿Será la misión de ciertos valores algo imposible?

¿Será inútil el esfuerzo?

... Sinceramente creo que no.

Tenemos los hombres, tenemos los recursos, tenemos los medios, sólo nos falta la voluntad colectiva de lograrlo.

Aquí estamos reunidos los destinados a lograrlo.

Hemos reunido en un solo Ministerio los instrumentos para construir una cultura que conduzca al hombre a estadios superiores y los medios con que cuenta el Estado para la difusión de la información, los valores culturales y las expresiones artísticas, religiosas, sociales y políticas.

Pero no es suficiente, esto es sólo un pequeño instrumento frente a la enorme tarea que tenemos por delante. Sin la colaboración de ustedes, muy poco podemos hacer: con la oposición de ustedes, las fuerzas negativas triunfarán y la sociedad caería en manos de los enemigos de la civilización cristiano-occidental.

Los invito a todos a unir filas para que juntos emprendamos el esfuerzo de la concientización de nuestro pueblo, ya que no se puede concebir un pleno desarrollo cultural sin la utilización de los medios de comunicación, la participación creativa de las Agencias de Publicidad y la colaboración efectiva de los anunciantes privados.

La consolidación de los valores fundamentales del hombre y la elevación de los niveles culturales, es un elemento indispensable para alcanzar la paz, el desarrollo y la reactivación económica que necesita nuestra patria.

Es necesario que la información que se le proporcione al pueblo sea veraz y objetiva, en donde pongamos en juego todas nuestras capacidades imaginativas, creadoras y humanas.

Hemos de consolidar una cultura surgida de nuestras raíces hispano-indígena, alimentada de lo mejor de otras culturas y desechar las posibilidades de una cultura de masas, pregonada por los marxistas que despersonaliza tanto a la persona como a la sociedad, por ello los medios de comunicación deben de asumir un mayor grado de responsabilidad social, cultural e informativa, la cual debemos a la sociedad que servimos.

Científicamente se ha comprobado que la formación integral del hombre, está condicionada y determinada en la actualidad por los procesos y sistemas de comunicación y sobre todo, por la influencia decisiva de los

medios de comunicación social y de la acción cultural. Esto confirma plenamente la creciente relación entre cultura y comunicación, lo cual nos lleva a apuntar:

- 1) La necesidad de adecuación entre los objetivos culturales y los objetivos comunicacionales, en relación con el desarrollo social integral de los salvadoreños.
- 2) La necesidad de buscar una mayor armonía entre el esfuerzo educativo público y privado, formal y no formal, de rescate de nuestros valores culturales y las metas perseguidas por los centros de decisión y comunicacional privados.
- 3) Acrecentar el interés de los medios de comunicación en lo referente a las necesidades y prioridades sociales, y esencialmente en las de carácter cultural.
- 4) Examinar y proponer alternativas de solución en lo referente a las ambigüedades, anacronismos e imprecisiones jurídicas en lo concerniente a las comunicaciones sociales.

Es indiscutible que el desarrollo de la industria publicitaria está ligado al desarrollo tecnológico. Este punto es muy sensible en la actual situación económica y fiscal por la que atravesamos y es necesario remitirnos al marco de las restricciones que la realidad nos impone.

Hoy más que nunca es necesario contar con un sistema de comunicaciones más equilibrado, que se adecue a los intereses y necesidades culturales del pueblo salvadoreño: disminuir el consumo de la tecnología importada, aprovechar al máximo lo positivo de la tecnología con que se cuenta, elevar el consumo y la producción artística y cultural propias, son necesidades impostergables a las cuales debemos dar respuestas conjuntamente.

Las políticas del Ministerio de Cultura y Comunicaciones se conciben en el contexto de nuestra propia realidad salvadoreña, de la libre expresión del pensamiento, del respeto a los derechos, a la cultura individual y social y de la libertad de circulación de la información, todos ellos reconocidos por nuestra Constitución Política.

Reafirmo que el objetivo fundamental de la política de comunicación cultural, es el de garantizar al hombre y a la sociedad salvadoreña el acceso real a los bienes culturales, independientemente de los niveles escolares, económicos y sociales, para que el hombre salvadoreño tome mayor con-

ciencia de su propia realidad y se convierta en agente transformador y enriquecedor de la misma.

Dentro de este contexto, haremos un esfuerzo coordinado con los sectores privados, para recuperar y acrecentar la misión cultural y educativa de los medios de comunicación social, a fin de fortalecer y desarrollar el espíritu crítico e investigador del salvadoreño en relación a su cultura, ya sea en su etapa moderna o tradicional.

En términos operativos la política de comunicación cultural se expone:

- 1) El diseño de planes coordinados de cultura y comunicación, para lo cual se requiere de la cooperación de todos los que participan orgánica y creativamente en su gestión y producción.
- 2) La creación de un organismo multisectorial que coordine las áreas de cultura, ciencia, tecnología, educación, información y comunicación con los otros sectores del Estado.
- 3) Estimular por medio de programas y eventos específicos, la toma de conciencia por parte de los especialistas y profesionales de la comunicación, de los organismos y asociaciones que los agrupan, acerca de su responsabilidad social.
- 4) Contribuir a crear centros interdisciplinarios para la investigación de la naturaleza, el lenguaje y el impacto en la cultura de los medios de comunicación social, así como en la formación de personal en la producción de programas científicos, culturales, artísticos, etc.
- 5) Promover la participación creativa de la comunidad, utilizando medios livianos de comunicación como diapositivas, cintas de audio y de video, etc.
- 6) Recopilar la legislación existente sobre medios de comunicación social y espectáculos públicos, para que junto con los sectores privados involucrados en el quehacer, se puedan actualizar.

#### **ESTIMADOS AMIGOS:**

No quiero extenderme más, debido a que, aunque he hecho un enorme esfuerzo para interpretar las inquietudes de ustedes, es indiscutible que ustedes son los que tienen el derecho de expresar lo que sienten y de interrogarme en lo que deseen.

San Salvador, 22 de agosto de 1985.

**DISCURSO PRONUNCIADO  
POR EL LIC. JULIO ADOLFO REY PRENDES, MINISTRO  
DE CULTURA Y COMUNICACIONES, CON OCASION DE LA  
INAUGURACION DEL CUARTO FESTIVAL DE ARTE**

A nombre del Gobierno de la República, el Ministerio que presido se complace expresar a los artistas participantes, al personal del Teatro Nacional, al público asistente y a los patrocinadores, el agradecimiento de la patria por la celebración del Cuarto Festival de Arte que este día se inicia.

Nuestra patria se debate todavía en medio de la violencia, que sin temor a equivocarnos la podemos calificar de la más sangrienta época que registra nuestra historia. Los valores de la sociedad se han trastocado: el grito de dolor se escucha con más fuerza que los cantos de paz, la danza de la muerte ha reemplazado el baile que vivifica; las expresiones dogmáticas del odio y la venganza se escuchan con más frecuencia que el diálogo que induce a pensar y nos empuja a construir. . . y el tableteo de la metralla ha ahogado las notas musicales que alegran el espíritu.

Hoy en este hermoso Teatro estamos iniciando un festival lleno de signos promisorios, un festival que penetre las tinieblas que nos rodean e ilumine las mentes y los corazones de los salvadoreños; un festival que le cante a la vida, en donde se escuchen diálogos de diferentes expresiones teatrales, que nos conduzcan de situaciones imaginarias, a una realidad social solidaria, en donde la danza armónica y vibrante del ballet y del folklore nos impulse a caminar alegremente por los caminos de la espe-

**ranza y en donde las brillantes notas de la música fortalezcan nuestros espíritus.**

**Es un festival lleno de signos promisorios: en el Año Internacional de la Juventud ha congregado a una pléyade de jóvenes en el teatro, la danza y la música, que le están diciendo a las otras generaciones que la juventud salvadoreña está desde ahora construyendo una sociedad solidaria y participativa, en donde sólo se cantará al amor y a la vida.**

**Es un festival lleno de signos promisorios: se está inaugurando el primer día del mes dedicado a nuestra independencia política. Nuevas campanas están tocando arrebatando anunciando una nueva independencia; una independencia del egoísmo, la explotación, el temor y la falta de oportunidades. Una independencia que las futuras generaciones celebrarán con el mismo entusiasmo que la que este mes celebramos.**

**Es un festival lleno de signos promisorios: el día de hoy se inaugura la temporada de teatro con la participación del Teatro Taller de Tegucigalpa. Estamos a pocos días de que se concluya el plazo para que logremos, los gobiernos y los pueblos de Honduras y El Salvador, un arreglo directo en el problema limítrofe que nos ha mantenido en tensión desde hace muchos años. Esta Embajada Cultural Hondureña es como una buena señal, de que ambos países despojándonos de todo egoísmo, busquemos no lo que nos separa, sino lo que nos une y estrechemos, a través de una solución digna, los lazos de hermandad que nos conduzcan hacia un destino común.**

**Es un festival lleno de signos promisorios: no se ha querido quedar encerrado en nuestro tiempo y nuestro espacio. Ha querido traer la música de los maestros de otros tiempos y otras latitudes: Juan Sebastián Bach, Domenico Scarlatti y Georg Frederick Handel llegaron al mundo el mismo año de 1685, como un regalo del Altísimo a todos los pueblos y a todos los tiempos. Hoy recibimos los salvadoreños, humildes, este regalo en el 300 aniversario de sus natalicios. Este agradecimiento expresado por jóvenes salvadoreños, es también una súplica al Creador para que el espíritu de estos inmortales inunde nuestra patria, y convierta nuestro esfuerzo y sacrificio también en admiración y ejemplo para todos los pueblos y para todos los tiempos que nos sucederán.**

**Es un festival lleno de signos promisorios: este esfuerzo sólo ha sido posible debido a la colaboración estrecha de tres elementos: el Estado, que facilita el Teatro que pone al servicio del mismo a su personal y a sus artistas y que colabora en la orientación del mismo. El sector privado,**

que también participa con sus artistas y con sus mecenas, en este caso Goldtree Liebes, S. A. y Exportadora Liebes, S. A. y el público, sin cuya participación y entusiasmo el mensaje de este festival no trascendería.

Este esfuerzo conjunto es también una señal de la necesidad de que todos los sectores nos unamos, para alcanzar las gloriosas metas a las que aspira nuestro pueblo: vivir en paz, con justicia y libertad.

**ESTIMADOS AMIGOS:**

Con estas palabras he inaugurado este Cuarto Festival de Arte y sólo me queda decir ¡adelante! . . . ¡adelante El Salvador!

San Salvador, 1 de septiembre de 1985.

# POESIA

POEMAS

de

Carlos Murciano

Jean Aristeguieta

Elisa Huevo Paredes

Mario Noel Rodríguez

**CARLOS MURCIANO**

Gran poeta español contemporáneo. Ganador de los principales premios poéticos en su patria. Es un cultor excepcional del soneto.

**JEAN ARISTEGUIETA**

Poeta venezolano. Su obra es de un hondo y sugerido hermetismo, pleno de humanidad.

**ELISA HUEZO PAREDES**

Salvadoreña. Cultiva con igual acierto la poesía y la pintura. Su único libro, "Voces sin Tiempo".

**MARIO NOEL RODRIGÜEZ**

Es una de las nuevas voces de la poesía salvadoreña. El poema que aquí se incluye pertenece a un libro que ganó Mención Honorífica en el Premio Nacional de Poesía, convocado por la Universidad "José Simeón Cañas", de San Salvador, en 1984.

# TRES POEMAS DE AMOR

## PONIENTE

*Bate, cercano, el mar. En esta ola  
que rueda mansamente por la orilla  
hubo una vez un pez, la maravilla  
—nácar y sueño— de la caracola.*

*Tú estás al otro lado, tibia y sola,  
y es este mar quien besa tu rodilla.  
Una nave regresa. Rojo, brilla  
y muere el sol, igual que una amapola.*

*Todo está en paz, todo está azul (te quiero),  
claros tu amor y tu recuerdo, pero  
(te quiero) van volviéndose sombríos.*

*Llegará un día en que este mar se acabe:  
ni ola ni pez ni paz ni azul ni nave.  
No lo verán tus ojos. Ni los míos.*

**DONDE EL POETA, VIENDO BEBER A LA AMADA  
UN SORBO DE VINO OLOROSO, PIDE Y OBTIENE  
TOMARLO DE SU BOCA**

*Probó tu boca el vino rojo, y quiso  
fortuna o diosa, Lisi, que estuviera  
quien esto escribe a tu costado y viera  
fundirse paraíso en paraíso.*

*Venciendo incendio y sed, pidió permiso  
para poder usar de igual manera  
copa tan delicada y duradera,  
lengua tan dulce y labio tan sumiso.*

*Y concedido que lo hubiste, puso  
sobre tu boca en flor su boca ardiente  
y sorbió a quemapiel y a quemarropa.*

*Y un instante después supo el intruso  
cómo era hermoso y cómo diferente  
beber el vino en tan lujosa copa.*

**LA MACETA**

*En este fiel rincón del Sur  
en el que abro y alumbro  
—con una débil candelita—*

*toda  
la tiniebla de ayer, los largos días  
del tremedal, el rito  
tan repetido necesariamente  
para ir viviendo,  
en esta esquina, digo,  
donde atardezco cada amanecer,  
justo en el sitio donde escribo, tengo  
una maceta*

*de no sé qué, que ha dado de improviso  
cinco flores distintas de tamaño y color,  
morada y honda una, violeta y tibia otra,  
malva y despacio la tercera,  
de un lila somnoliento la siguiente,*  
*sencilla-*  
*mente carmín la no nombrada,*

*cinco*  
*vástagos de un pequeño puñado de verdor,  
dedos hermanos de una misma mano  
que he pensado la mía cuando alisa tu cuerpo,  
pues cada dedo, entonces, toma un color remoto  
y diferente, férvido en tu nuca,  
nieve en tu espalda, lumbre en tu pezón,  
oro en tu vientre y mágico en tu boca,  
húmeda selva en la que me extravió  
sin hallar —ni la quiero— la salida.*



JEAN ARISTEGUIETA

# *JARDIN DE LA QUIMERA*

(Confesiones de Poeta)

1

*Renunciando se alcanza bienestar  
no teniendo más inquietud que la armonía  
guardada en copa de silencio  
Hacerse sensitiva como sediento aroma  
la abstinencia ante los poderes  
fervor indisoluble como el alba.*

2

*En el día más noble en ansia de belleza  
nubes de unos carmines borrascosos  
la brisa tiene encanto de secreto.  
Todo en gris como una fantasía  
tocando fondo delirante  
las imágenes de lo ignoto  
dan a la soledad con sus murallas  
mientras las golondrinas cruzan agitadamente  
las hondas cavidades del espacio.  
Apasionada afirmación  
entre nieblas errantes.*

31

3

*Poeta cautivada por la piedad de Cristo  
en ámbito de cáines de lucíferes  
y sin embargo avanza no se da por vencida  
continúa en la vigilia de la libertad  
con el óleo del perdón  
mientras la cizaña el acecho se reparten  
las monedas de judas.*

4

*Viendo resplandecer a Venus  
en el cielo de invierno  
mediterránea limpidez arcana  
olvida los enconos las espinas  
donde la aguda impresión del sortilegio  
es aliento de rosa visionaria.*

5

*Se defiende con lirios  
de las iras insolentes e innobles  
no importa que la ataquen  
hay que dar la mano ilesa  
la mano de la libertad  
ajena a sectarismos a venenos.*

6

*Se siente al margen de la ceniza  
como ilusoria transeúnte  
nunca ha sabido  
de un servil instrumento  
del terror sin cabeza.*

7

*Espejo de la noche densa  
una anémona se convierte en sed  
el sufrimiento oprime  
en esta búsqueda de arcángeles.*

8

*Batalla en mutismo  
la ansiedad expiatoria  
mientras el cierzo abate sus alas.  
Espiritualidad ajena a controversias  
de astucias e imanes engañosos  
temblando con estupor agobiada  
entre gente opaca que lanza amenazas.*

9

*¿Qué puede brindar un discurso oportunista  
a la creación de un poema?  
Diabólicas formas disfrazadas  
negocios venta de ejemplares  
una oferta que se traduce en odio.  
No nunca la aceptación cómoda  
preferible la orilla de una renuncia  
sin apoyos de nadie  
a merced del destino de ser poeta.*

10

*Cuántas personas víboras  
aturden con maldades solapadas  
pero hay que soportar las afrentas  
con sus corazas verdes dragones  
nada podrá detener esta vigilia de poeta  
en el reino de la transparencia  
cuando una golondrina es relámpago  
una pintura de Giotto exalta a San Francisco  
y la conciencia es estado vital insomne.*

11

*Guardará silencio con la rosa cerúlea  
evitando el roce de las inquinas  
la vertiente de lo grotesco.  
Callar sí delicadamente  
en una intensa plenitud  
con la bandera del poema  
hasta sus últimas esperanzas.*

12

*Es Dios quien le habla quedamente  
mientras permanece  
atónita guardando las corolas  
de la imaginación.  
Queda muda traspasada de ardor  
igual que una magnolia  
en el ara de lo inefable.*

13

*Día de belleza sin igual  
comparable a un jardín veneciano  
en época que nunca se borrará.  
Día de poeta ajena a lo convencional  
rindiendo culto a lo esotérico.  
Día de invierno como tesoro  
con acantos de neblina.  
Día para el corazón  
en la vigilia alada.*

14

*Pertenece a las quimeras  
quien intente acompañarla  
tendrá que renunciar a lo accesorio.  
Carece de lo sombrío de lo mezquino  
está al margen de la limosna insidia  
no tiene alforja sino un himno.  
Jean de la Noche firma a veces  
cuando está alucinada por las estrellas  
el aliento planetario el aliento de lo ignoto.*

15

*Espirales deslumbramientos  
un cuaderno con letras desbordadas  
una búsqueda por la fantasía  
de ocultas ansiedades metafísicas.  
Carece de potestades  
puede desafiar a la oscuridad en acecho.*

16

*Un río de amorosa corriente  
se difunde y le prodiga sus dones.*

17

*Es la creyente enajenada por el éxtasis  
mujer de febriles desvelos  
en libertad ha vivido  
en regia plenitud de caudalosa lumbre.*

18

*Inventario de anhelos  
por estas horas arcanas  
introducidas en recintos leves.  
Regresa a lo que siempre ha sido  
habitante de un jardín mítico  
mujer de cristales delirantes  
espíritu de la poesía.*

19

*Noche cerca del Mediterráneo  
desea tu espejo arcaico  
noche con el Mediterráneo al fondo  
intenta aproximarse a tu misterio  
donde las caracolas seducen  
noche elegida magnética irrepetible  
en la tormenta de lo que es misterio.*

20

*El sortilegio la pasión anuncian  
la llegada de la primavera.  
Apenas en heráldica expresión  
los brotes con su vivaz alegoría  
mientras las nieblas insisten  
en aventuras invernales.*

21

*Negada tantas veces por antojo  
por encargos por celos extendidos  
pero siempre la rosa indivisible  
de ser poeta aunque la hiel se encrespe.*

22

*La noche con relámpagos  
preludia el renacer  
vuelve la primavera su abolengo  
con flores sonámbulas.*

23

*Tornó en la bóveda sideral  
la luminosidad ilesa  
y hasta fueron visibles  
Selene y Héspero magnas bellezas.  
Oh tiempo semejante a una alianza  
con las iluminaciones  
prodigándose en ceremonias de fuego.*

24

*Abre la primavera sus tesoros  
en el estuario de lo apacible  
ese árbol con brotes sepia  
ese cielo con nubes violáceas.  
Es una lenta fundición enigmática  
esa luz recóndita de las horas.*

25

*Poeta en el cauce del sentimiento  
junto a las ideas sin dolo  
poeta en la transcripción de lo mágico  
entre himnos errantes.*

26

*Cuando piensa en autores  
que niegan la mano leal  
la facultad de la justicia  
entonces los desconoce los aparta  
¿es que alguna vez pudo creer  
en sus engañosas genuflexiones?  
Mujer poeta consagrada a las esencias  
distante de lazos convencionales  
de aparatosas fórmulas dogmáticas  
no logran herirte esos poderosos  
que vulneran la identidad de la belleza.*

27

*¿Qué es la poesía  
sino un fondo innumerable  
una sedienta búsqueda?  
¿Qué es la poesía  
sino una febril aparición  
de constantes deslumbramientos?  
Un rostro se convierte en amor  
una mano es el lirio de la suerte  
una palabra extiende sus jardines.*

28

*La noche es un matiz de poesía  
descubre toda la fascinación  
la noche abre sus constantes sueños  
exhalaciones del instinto.*

29

*Las nubes cruzan entre hechizos  
de la esmaltada estación llameante.  
Gris de llovizna fugacidad de aromas  
en toda la ilusión la primavera exalta.*

37

30

*En el atardecer se ven las golondrinas  
entre las soledades de las torres  
vagan como glicinas de humo  
siempre en la hora solemne  
del crepúsculo sin raíces  
las golondrinas aparecen se fugan  
semejantes a visiones de ónice.*

31

*Se confiesa mujer ebria de alucinaciones  
en las formas de la primavera de 1980  
junto a una latitud mediterránea  
intenta contener lo inabarcable  
esa rosa amarilla de la tarde  
donde las golondrinas hacen círculos  
de paisajes inventados para la poesía.*

32

*Las golondrinas vibran  
en el hechizo del atardecer  
de primavera con lilas y alhelíes.  
Las fugaces criaturas  
aluden a un concierto fugitivo.  
Oh etéreas como si fueran pétalos  
de una trama incendiada.*

33

*Cultiva la religión de la belleza  
entre cálices de seducciones  
relieves de poemas inagotables  
y la sagrada fundición amante.*

34

*“El materialismo es fuente de degradación”.*  
K. Wojtyla.

*La máscara del odio*

*se ofrece tensamente  
con escudos soberbios  
experimentan terrores  
con la fe de los pobres  
bajo vetas de falsos ídolos  
donde nunca brilla la verdad.*

35

*Una rosa blanca para el alma  
una hoguera un cristal.*

36

*Poesía efigie del corazón  
presencia y misterio de esencialidad.*



# M E T A

## I

*Ignoto devenir. Paso crüento  
que en la hora de lágrimas restalla:  
horizonte infinito que se halla  
en ingrävido sitio que presiento.*

*Utópico esplendor con que sustento  
este anhelar que rinde sin batalla  
a pesar de la sombra y de la valla  
el espejismo es llama de un momento.*

*Del momento quizás . . . mas es la vida.  
Y es la vida el momento en que perece  
cada instante de flor recién nacida:*

*para morir la vida se nos crece  
al escapar de la perenne herida  
con que vivimos mientras amanece.*

## II

*Y mientras amanece pernoctamos  
como inciertos fantasmas en el lance  
de sellar al nacer el rudo trance  
de pétalo y ceniza que llevamos.*

*Marca indeleble que en la frente alzamos  
como designio y signo sin que canse  
la jornada encendida, hasta que avance  
la estación más propicia en que lloramos.*

*Y es esta la raíz de la consciencia  
que nos lega la antigua penitencia  
de una oculta Verdad que no entendemos:*

*De esperanza y pregunta la forjamos,  
inconscientes herimos y pagamos  
y al punto de iniciarnos . . . fenecemos.*

## MALEFICIO

*Tiempo perdido que los santos lloran,  
¡cómo te lloro más que cualquier santo!  
Ya Marcel en tu busca hizo otro tanto  
sin encontrar dónde tus lampos moran.*

*No es posible atrapar lo que atesoran  
las horas que el olvido cubrió tanto:  
Util o inútil risa, llanto o canto  
que bajo la ceniza se desfloran.*

*Y si lloro mi tiempo en desperdicio  
por no saber si tuvo beneficio  
el vivir, el callar o el sueño vano,*

*el escribir un verso o el suplicio  
de no escribirlo en tiempo soberano . . .  
Sólo tiene un sabor de maleficio.*

# CARPINTERIA

*Y con el pica pica,  
raspa raspa,  
la madera concibió a don Chico.  
Mejor dicho,  
nacieron juntos;  
don Francisco Rodríguez,  
hijo de Simona Rodríguez,  
hijo espontáneo  
de las cumbres de Ataco,  
Ahuachapán “Río que salpica”.*

*Creció adulto,  
sin padre alentador,  
formando a los menores.  
Su piel entera  
jugó con el sol  
un juego no de niños.  
Los enormes árboles  
le destinarían ser,  
con todo y brazos flacuchos,  
su ciego amante.*

*Según mi tío Mario,  
de pequeño concibió la vida  
como ardua madera,  
madre de muebles amargos.  
Y la pulió,  
barnizó las hermosas vetas de los laureles,  
de los ancianos conacastes,  
de los vigilantes pinos.*

*Mi padre nunca hizo un ataúd.*

*Cuando me llamó hijo,  
puso un taller  
en la misma habitación  
donde gateábamos  
tirándonos aserrín,  
comiendo colochos.*

*De su mano bienhechora  
brincaron chineros,  
consolas,  
zancudos,  
tijeras de lona;  
formones y serruchos  
dirigían la sonata lineal.*

*Nunca hizo ataúdes.*

*Con el raspa raspa de la lija  
refinó el oficio.  
Los contratistas llevaban en diciembre  
juguetes para nosotros.*

*Cuando llegó a tener seis operarios  
la vida le sonrió temporalmente.  
El aguardiente le rompió los bolsillos.  
Mi madre sufría los amaneceres.*

*A los sesenta y nueve años  
ama la vida*

*y los cansados bancos.  
Nunca hizo fortuna,  
casa, ni planificación familiar.*

*El viejo no quiere reconocer  
que su risa y frente,  
las ha heredado el Pirro,  
mi espiga menor.*



# NARRATIVA

Cuento

de

Rima de Vallbona

Relato

de

Rolando Elías

## RIMA DE VALLBONA

Novelista y cuentista costarricense, cuya obra es muy conocida en el ámbito hispanoamericano. Reside en los Estados Unidos.

## ROLANDO ELIAS

Poeta, periodista y narrador salvadoreño, que surge en los años sesenta. Su poesía y su prosa son finas y sugerentes.

# INFAME RETORNO \*

A Inés Frombaugh y a los que  
conocieron a Laura del Valle  
durante aquel abominable verano.

“Consejo sano para los que vienen a terminar y defender sus tesis doctorales: no aceptar nunca el cuarto 214 de Painter Hall. Es por su propio bien, y si no quieren seguir este consejo. . . ¡Allá ustedes! Verano de 1981”.

En diversas partes de la universidad había sido fijado este anuncio a mano, en letra de imprenta irregular como de niño que empieza a ejercitarse en la escritura. Nadie le prestaba atención, y si lo leían por casualidad, se alzaban de hombros. ¡Bah, otra forma de divertirse para matar el tiempo! se decían.

Laura no lo vio y no se enteró de él hasta el final, cuando ya era demasiado tarde para ella. Al entrar en aquel cuartucho sucio, oscuro y agrietado, quedó poseída por una rara e intensa opresión. El taxista que la ayudó a subir las maletas y cajas de libros al 214 tuvo que repetírselo dos veces para que ella entendiera que le pedía el importe del viaje desde el aeropuerto hasta la universidad. Después, sola, trató de suprimir el malestar que le producía el cuarto, poniendo sobre la cama la colcha tejida por la abuela, en el escritorio la foto de su hijita Violeta, y en las paredes algunos dibujos que la niña le hizo para obsequiarla como

---

\* Forma parte de la colección inédita de cuentos de la autora que lleva por título *El hondón de las sorpresas*.

despedida. Pero todo esfuerzo por hacer más “vivable” el cuarto, fue inútil porque la única ventana abierta al cielo y la amplitud del paisaje, estaba bloqueada por la hiedra que había ido devanando su tropel de bejucos, raíces y hojas en un infinito abrazo vegetal de casi dos siglos en el carrito cuadrangular del edificio. Tuvo impulsos de romper el cedazo de la ventana que la protegía contra los insectos para arrancar la hiedra que la privaba de luz, aire, cielo y campo, pero comprendió que habría sido un acto estéril.

Quizá lo más opresivo del aposento, pensó, era la perspectiva de tener que pasar cuarenta días consecutivos encerrada, tecleando en la máquina de escribir para dar remate a su tesis doctoral. Con profundo desaliento comenzó a trabajar y trató de engañarse un poco repitiéndose que cada uno se hace su propia desgracia y felicidad y que ella estaba dispuesta a vivir lo mejor posible ese eterno oprobio de cuarenta días sucesivos.

Empezar una rutina y establecerse en ella es fácil, es cuestión sólo de hacerse cargo de que cada día es el último, y de vivir cada momento de ese día como el definitivo, el de la última página de la tesis, el del punto final, el de la libertad, se dijo con resignación. Pero ese agobio y asfixia en el cuarto se hacían cada vez más intensos. Fue entonces cuando se acordó que en el trayecto recorrido por el taxi ella había experimentado la emoción vehemente de aquel paisaje ancho, vertiginoso, libre, de verdor ondulado y vastísimo, viejas casas humilladas por la destemplanza del tiempo, graneros colmados y cielos de un azul violento y diáfano; y aire puro, fresco, muy puro y muy fresco; hasta tuvo frío en el trayecto. En cambio en el cuarto le sobraba la ropa, le faltaba el aire, sudaba. Sólo tenía ante sí el verde agarrotado y sucio de la hiedra que había aferrado sus raíces al cedazo de su ventana y la asfixiaba más. Imaginó entonces todas las formas posibles de simular que escapaba de esa realidad o que al menos podría escapar, pero se resignó con la idea de que cuarenta días tienen que pasar y pasan porque todo tiempo tiene su remate.

Inadvertidamente, con los días, se fue hundiendo en una espesa rutina que le quitaba sueño, hambre, y le iba arrancando a grandes dentadas todo lo que había sido antes su placer: la naturaleza generosa de río, sol, trinos, verdura; Beethoven, Bach, Debussy y Falla; la lectura que da solaz, la película, la conferencia, la risa, la amistad. Todo, todo lo iba abandonando paulatinamente: era preciso acabar la tesis a finales de julio y avanzaba muy despacio. Un día, quizás el quinto, o tal vez el décimo, ¡quién sabe!, se percató de que ya no dormía y de que caminaba entre las realidades palpables del mundo como una sonámbula. Otro día

comprendió que el dolor de cabeza que hacía más inicuo el infierno del cuarto, era por no comer. Esa noche, meditabunda, miró a su alrededor y fue cuando por primera vez tuvo la vívida certeza de que el cuarto así, asfixiante, oprimente, inhabitable; de que sus libros, fotos, ropas, máquina de escribir; y hasta su yo —lo único realmente suyo—, eran una repetición, como el reflejo idéntico en un espejo tridimensional, de otros iguales, en la distancia y en el tiempo y que ella había dejado de ser dueña de sí misma: todo lo que hacía era la repetición y copia de otro hacer y ser invisibles, pero que de manera extraña Laura experimentaba vivamente en su interior.

Tuvo entonces deseos de ir a la administración a pedir que la cambiaran de cuarto, pero no, ¿qué pensarán de mí?, ¿que estoy loca? ¿Por qué?, me preguntarán, ¿por qué quiere cambiar de habitación? Su cuarto es su cuarto y ahí tiene que terminar el verano. Y yo, ¿qué razones doy? Mire usted, señorita, es que mi cuarto, ¿sabe?, está embrujado y yo ya no soy yo porque estoy viviendo la vida de otro como en un espejo que se comunica en otra dimensión. . . sí, soy el reflejo, la proyección, el simulacro de ese otro, o de esa otra. . . de alguien fuera de aquí. . . Claro, me mirará asombrada y sólo Dios sabe lo que pensará de mí. Estas cosas se viven, pero no se pueden contar. Bueno, chitón, mejor que nadie lo sepa. Y a la señorita de la administración, que mi cuarto es oscuro, muy oscuro y me hace falta luz y aire que no entran por la ventana bloqueada por la hiedra. Eso es todo, señorita, pero usted sabe que así no se puede trabajar y que para mí es importantísimo terminar mi tesis. Es inminente. De que reciba mi doctorado depende que yo tenga garantizado mi puesto en la universidad donde actualmente enseño. Mi salario es el sustento de mi hija. . . soy el único sostén para ella. . . Sí, sí, el divorcio, la historia de siempre. ¿Para qué repetirla si todas las historias de divorcio (como las de matrimonio) son una y la misma? Mi ex marido les da a los hijos de otra lo que pertenece a mi hija por derecho. El cuarto, volvamos a mi cuarto, señorita: me es imposible seguir en ese aposento, me asfixio en su atmósfera espesa y por lo mismo avanzo despacio en la tesis que debo terminar pronto. Hago esfuerzos sobrehumanos. . . pero si no puedo dormir, ¿cómo quiere que pueda trabajar!

Miró con tristeza la foto de su Violeta. ¡Pobre chiquilla que le había escrito desde el campamento de verano que deseaba reunirse pronto con ella para “no dejarme más sola los veranos, mami, porque me aburro y aquí la comida es mala, muy mala, y la gente que nos cuida también, porque sólo les preocupa el orden y que todo se haga según dispongan ellos. Me faltás vos, mamita linda, tu amor, los paseos por el campo, tus

tartas de mora y los cuentos de la noche, al acostarme”. Releyó la carta con agonía, pensando que había que pagar el campamento y no sabía ni qué quedaba en el banco para sobrevivir el mes próximo. ¿Y vale la pena estudiar y luchar así, sólo para ir sobreviviendo? Agonizar estos cuarenta días, ¿para qué? Sólo para asegurarme un puesto que me permita tirar adelante a duras penas. Y aquí estoy, escribiendo una página y rompiendo dos. . . ¿El punto final, no es para mí? Es el aposento, es este sentirme reflejo. . .

Nuevamente fue la voz de Oscar en el teléfono (esa voz tan querida antes, en un antes perdido en la madeja del tiempo, y que le recitó entonces toda la retórica vana del amor y la esperanza) la que le trajo la noticia de la muerte de Gladys, su mejor amiga. Hacía cinco años, fue la misma voz de Oscar la que también por teléfono le comunicó la muerte de su hermano Hernán.

¡Increíble cómo ocurren las cosas! Esa misma mañana, cerca de las ocho, Gladys la había llamado de larga distancia: “Me marcho para el Brasil, Laura. Nos veremos a tu regreso para celebrar tu triunfo con bombos y platillos. . . Hablaremos largo y tendido cuando nos reunamos al final del verano. . . Buena suerte. ¡Chau!” Este encuentro entre Gladys y yo tendrá que esperar, pensó Laura. Gladys, te habías de morir vos que tenías proyectos y esperanzas, vos, la feliz, la de la vida realizada y que se estaba realizando plenamente. En cambio yo, aquí, tratando de salvar el pan de mi hija, su derecho a vivir decentemente con mi salario, sin otra razón que ésa para seguir cumpliendo con el deber de vivir. . . ¿Para qué? ¿Vale la pena?

¡Ah!, lo imperdonable es que sea siempre la voz cruda de Oscar (la que en el pasado, en el amor, se saturó de ternezas y dulzor) la que traiga las muertes de los seres queridos por los hilos telefónicos. Hace cinco años también me dijo: “Ha muerto Hernán. . . Sí, lo que te digo, que ha muerto tu hermano”, así como así, igual que si hubiese dicho que se había descompuesto la nevera, pensaba Laura recordando cómo aquella vez, hacía cinco años, no pudo llorar como ahora lloraba por Gladys. Entonces se quedó vacía, mirando fijamente al vacío. No pensó en su hermano, sino en que Oscar siempre buscaba el momento más apropiado para hacer más dolorosa las noticias dolorosas. En aquella ocasión estaba también sola, muy sola, consumiéndose de soledad; y triste, considerando cómo se acaba todo en la vida, absolutamente todo, el amor, el matrimonio, los sueños son sólo un juego para mientras llega el momento definitivo. . . y nada vale la pena, nada. . .

Sin embargo, no lloró cuando supo que Hernán había muerto. Se dijo sólo que esa muerte había ocurrido hacía mucho y que ella estaba habituada a llevar duelo por él. En verdad era muy intensa la impresión de que eran incontables años los de su muerte, y que la noticia le había llegado con mucho tiempo de atraso, porque Laura lo lloró entonces, cuando lo del desfalco y la vergüenza de ir a sacarlo de la cárcel y pagar centavo por centavo su descaro y locuras. “Has muerto para mí desde ahora, Hernán, y desde ahora te entierro para siempre”, le dijo enfurecida. Entonces sí lloró larga y desconsoladamente. ¡Las miserias de la vida!, siempre trabajando para sostener a los demás, para cubrir sus deudas y hacerles la vida llevadera. ¡Y hay todavía quién habla de libertad!

Al traerle la muerte de Gladys ese día, la voz de Oscar le había traído la presencia ausente de Hernán, y con ésta, el espejismo del cuarto 214 se había vuelto tan intenso, que con sólo atravesar la puerta, ya ella se proyectaba en el reflejo infinito. A partir de entonces vivió sobrecogida de angustia. Con gran esfuerzo, intentó seguir como si nada la rutina de su tesis, pero cuanto más se acercaba al final, más lúcido se hacía en ella el efecto de que todos sus actos eran la refracción de una nítida imagen incierta y recóndita que de un momento a otro iba a precisarse. Tenía miedo, horror a eso que se iba a definir ineludiblemente. Quiso salvarse entregándose sin excusas a la tarea de terminar la tesis, pero descubrió con terror que ese “terminar la tesis” formaba parte fundamental del tan temido diseño incierto que tarde o temprano habría de plasmarse en una figura inevitable. Imposible concentrarse en el trabajo así, y más difícil ahora que la muerte de Gladys le había traído el recuerdo de Hernán: después de tantos años, al fin Laura había podido llorar su muerte. Tuvo la extraña impresión de que el tiempo se había detenido durante esos cinco años y que sólo ahora ella se percataba de que sí, es cierto, Hernán ha muerto y con él, una gran parte de mi vida, casi dos décadas de locuras en aquel lejano paraíso exuberante de nuestra casa, cuando la inocencia y la fantasía de los años niños nos regalaron a los dos el don de la eternidad. Cuando comenzamos a preguntarnos por la vida, el amor, los hijos, y esa eternidad comenzó a agrietarse. Cuando después hundimos nuestra curiosidad sin malicia en las páginas envenenadas de Nietzsche y Schopenhauer y cometimos juntos el asesinato de Dios... de nuestra propia inmortalidad. Cuando Hernán siguió descuartizando a Dios en los manuales del materialismo y triturándolo en retortas y morteros experimentales y yo, con miedo —otra vez el miedo, ¡y mil veces el miedo—, intentaba salvar una migaja de esa inmortalidad perdida en el hondón más hondo de mi ser. “Pamplinas, Dios son pamplinas y perdés el tiempo creyendo

en El, Laura”, le repetía Hernán. “Sólo nos queda seguir siendo a vos y a mí, a todos, en la repetición con variantes de nosotros mismos en una eternidad sin remedio. Repetición corregida, pero toda repetición inevitable, es una forma abominable del infierno”.

De nada servía que Hernán continuara indefinidamente devanando herejías. Ella seguía su labor de Sísifo tratando de restaurar en sí misma la hermosura radiante del Dios de los años puros, inocentes, cuando El estaba íntegro en su fe completa. Ahora, con el tiempo, Dios parecía des-teñido, borroso, también otro reflejo, otra proyección en otro cuarto. ¿Por qué estos recuerdos impertinentes que no la dejaban trabajar si nunca antes se había acordado de Hernán? ¿O es que todo ese tiempo había estado recordándolo a hurtadillas, como a escondidas de sí misma para no hacerse cómplice de sus actos? Porque al aniquilar a Dios, Hernán había anulado definitivamente la responsabilidad de su quehacer en la vida, y en la inercia que dan las drogas, consumó su autodestrucción total. Sólo ahora, después de cinco años, los recuerdos la hicieron llorar al agolpársele inexplicablemente. ¿Qué alivio, volver a llorar y aceptar finalmente que Hernán está muerto, que había muerto hacía cinco años y no cuando ella lo había enterrado!

Esa mañana el profesor fue terminante y le advirtió que la tesis debía estar completa en sus manos a más tardar, en una semana. Laura comprobó con desaliento que le quedaba mucho por hacer y que su estado de ánimo era deplorable. Tuvo que echar mano de una fuerza superior a sí misma para concentrarse, pero era difícil: la distraían los recuerdos que ahora, de manera extraña, parecían formar parte integrante de la figura que se estaba definiendo en su cuarto.

Cuando puso punto final, después de dos días de poco comer y nada de descanso, tuvo la certeza de que todo el tiempo había sido náufrago en un mar lleno de amenazas, tratando de alcanzar ese punto final de salvación —un mínimo punto de dimensiones exorbitantes, su puerto de arribo, su haber llegado al fin. La alegría de haber alcanzado ese punto mínimo— gigantesco, le duró sólo un instante: trató de releer el último capítulo para llevárselo al profesor por la mañana, pero en ese preciso momento la figura inevitable e indefinida del espejismo comenzó a cobrar cuerpo, estas páginas no valen nada, ¿qué he escrito? Estupideces, sandeces, boberías... ¿pero qué escribí aquí que ni yo misma lo entiendo? Esto no es una tesis, es un galimatías... ¿Cómo entregar esto al profesor? ¿Cómo pretender un doctorado con toda esta jerigonza que no tiene ni pies ni cabeza? He llenado página tras página de palabras sueltas, sin

ilación, sin sentido, sólo palabras vacías que llenaron más de trescientas páginas. . . El cubo de basura, debo quemarla antes de que amanezca y alguien me lo impida, y ahora mismo me voy. . . ¡Qué importa el puesto de la universidad, el pan de cada día! . . . y . . .

Cuando Laura arrimó el fósforo al rintero de papeles (cuatro volúmenes frondosos y muchos años con cuarenta días de perenne trabajo), estaba dichosamente tranquila. Ya no tenía miedo porque al fin había visto en el espejismo de su aposento la figura completa que le venía de otras latitudes, del pasado vertiginoso que nunca pudo sepultar, y de la historia malograda de su hermano. Imposible escapar cuando todo está ya prefigurado, se dijo. Al ir a prender fuego a los papeles, se sometía sumisa a su destino nitidamente delineado ya por Hernán años atrás: “Sólo nos queda seguir siendo en una repetición con variantes en una eternidad sin remedio, Laura. Recordá aquel poema azteca que recitamos infinitas veces cuando sólo creíamos en la magnitud de Heráclito y Nietzsche:

*Cuando hayas cumplido la tarea  
—lo ordenó el Hacedor—,  
regresa siempre a mí:  
desde ahora te tengo,  
y desde antes te tuve  
tus jornadas listas,  
todas semejantes,  
ninguna igual.*



¿Lo recordás, Laura?”

Ahora más que nunca el diseño se había vuelto claro y preciso:

“Santa Fe, Argentina, 21 de febrero de 1969.

Muy querida manita:

Tenés razón al decir que siempre he causado dolor a los seres que más he querido. A tía Alma ya ves cómo acabé robándole todo lo que pude. A vos también te he causado muchísimos dolores de cabeza, pero ahora que estoy a punto de recibir mi título de doctor en química industrial, ya verás cómo todo va a cambiar. Estoy muy entusiasmado dándole los últimos toques a mi tesis. Ahora sólo me falta hacer unos pocos y sencillos experimentos, unas cuantas verificaciones y comparaciones sobre un separador de minerales y otro de líquidos. El borrador está muy adelantado y todo él ha sido aprobado debidamente por el profesor que

me apadrina, quien sigue con verdadero interés mis experimentos. Esta tesis será mi reivindicación. Yo sólo quiero que comprendas mi proceder, manita. En mi ambición rabiosa por conseguir la meta buscada, he olvidado todo lo demás. Ahora estoy reaccionando y aprendiendo a vivir como los otros. Lo que impide que mi trabajo sea completamente eficiente es que me siento continuamente vigilado por todos. Vos me dirás que es delirio de persecución. . . pero no es así, manita. Tengo siempre la certeza de que entre bastidores hay un titiritero que me está manipulando con hábil argucia y causando todos los infortunios de mi vida. Esta es una certeza de ahora, pero siempre fue en mi vida una sospecha. Vos, que viviste a mi lado como mi gemela, ¿podrías comentar algo que hayás podido sospechar? Me gustaría mucho que a vuelta de correo —y confío que lo hagás—, me des tu opinión sobre esto. Te ruego que no demorés y que seás siempre sincera, pues confío mi vida entera en vos.

Todavía tengo muchas cosas que decirte, pero mi estado de ánimo está por los suelos. Dejémoslo para otro momento, que en éste te envío montones de besos y abrazos. Chau, chau, chau,

Hernán.

P. S.: Si en estos últimos días me he sentido así, ha sido porque ya casi me encuentro sin dinero y entonces me ha entrado un miedo terrible al pensar qué nueva experiencia me espera. Te pido que no demorés en hacer llegar unos dólares a mis manos ya que estoy pasando una etapa muy difícil y quiero recibirme de una vez por todas para transformarme en un tipo responsable y útil a la sociedad”.

*Pedro L. Milani*  
Ingeniero Químico.

San Jerónimo, 1840.

“Santa Fe, Argentina, 3 de diciembre de 1969.

Sra. Laura del Valle  
3870 Wentworth  
Houston, Texas  
U. S. A.

Apreciada señora del Valle:

El estado de salud de su hermano Hernán hace que en mi carácter de profesor de la Facultad de Ingeniería Química de esta ciudad y de ser su padrino de tesis, le escriba para informarla exactamente de la situación actual.

Tengo entendido que Ud. está enterada de que su hermano fue in-

ternado en un sanatorio para enfermos mentales debido al excesivo trabajo que llevó a cabo para terminar la tesis doctoral en menos tiempo del que humanamente se puede. Es de tomar en cuenta que para trajinar jornadas continuas de cuatro o cinco días estuvo tomando excitantes y no alimentándose como era debido. Según el diagnóstico médico, Hernán padece una “psicosis delirante de tipo interpretativo”, o sea que está con una excitación emotiva del tipo angustioso por ideas persecutorias y las drogas estimulantes que tomó. Al aconsejarle que se interne, intentó suicidarse con arma blanca y la ingestión de un insecticida muy tóxico. De acuerdo con la opinión del psiquiatra, Hernán no fue afectado en sus condiciones intelectuales. Al contrario, razona normalmente, lo cual le permitirá reanudar su trabajo de tesis tan pronto como esté recuperado. . . mejor dicho, comenzar de nuevo porque todo, los experimentos, resultados en el laboratorio, borradores, todo lo destruyó en un incendio que consumió una parte del edificio de nuestra facultad. . .”.

Rumbo al aeropuerto, Laura miró desde la ventanilla del taxi por última vez el fuego purificador que ya estaba lamiendo los bejuco radicales de la hiedra que le había bloqueado la luz y el aire del 214 de Painter Hall. . .

Houston, 25 de septiembre, 1981.

Pierre de Salloue.  
Dra. Rima de Vallbona.  
University of St. Thomas,  
Houston, Texas, U. S. A.



ROLANDO ELIAS

## DEL OJO DE LA NOCHE

(Fragmento de su relato novelado "Juan Caminos")

Se miró al espejo por primera vez en tres o cuatro días. No lo sabía exactamente. Pero eso qué importaba en una zona del tiempo donde los calendarios no existen porque todo transcurre señalado por los rumbos del viento, el color del cielo, las cambiantes formas de las nubes, los movimientos del sol y de la luna.

Estaba desencajado. La piel del rostro se le había adelgazado. Se pasó los dedos por las mejillas deteniéndolos en los pómulos, hasta apretarlos y friccionarlos. En la mirada la huella de una fiebre, de un hambre, de una vigilia.

—Todavía tiene calentura, le dijo la muchacha, envuelta en un chal para atenuar el frío de diciembre. Luego puso un florero con rosas en la mesita de noche. Si sale abríguese bien, don Juan.

El viento entraba y salía por el corredor, enladrillado de barro, con ladrillos rojos, relucientes, limpios. Para Juan, aquella frescura del amanecer del verano, tenía que ser saludable y reconfortante. No obstante, salió del cuarto con tiento, con temor, midiendo los pasos. "No hay mal que dure cien años", dijo en su cuarto de trabajo instalado al extremo del corredor, donde se amontonaban libros, caballetes y objetos tallados sobre madera. "Ni cuerpo que lo resista", agregó hablando solo, para darse ánimo.

Llegó al estudio, pero tuvo que sujetarse sobre la mesa de escribir.

“Estoy mareado” —y se llevó la mano derecha a la frente, como si algo le doliera—. Para entonces ya la Mene venía presta, limpiándose las manos en un delantal blanco, bordado con florecillas que parecían de verdad pero estaban tejidas con hilos rojos, amarillos y azules.

—Traeme la pastilla. La voy a tomar con té de naranjo.

Ya estaba sentado. Recorrió con las manos la mesa y la examinó con la actitud del ciego tocando los objetos. Suspiró de alivio. Ni él mismo sabía lo que pensaba cuando fue sorprendido, otra vez hablando solo, por la Hermenegilda que venía ya presurosa con el té caliente y en una paila la medicina. El revuelo de su falda desparramaba un rumor que crecía a medida que se le acercaba, y que a él le parecía como la última colita de una ola besando la arena. Ese rumor. Ese aire. Esa tibia sensación de la proximidad silenciosa de una mujer.

La Mene sabía cuándo entablar plática con el maestro y cuándo no. De no ser por esa sabia discreción, Juan no la habría tenido a su servicio. Ahora, en la convalecencia, la muchacha estaba más que consciente de que su misión, a su lado, era ser “ayudadora del hombre”, según ella entendía algo que le leyó una vez el maestro en su vieja Biblia, cuando intentó explicarle el misterio de la creación.

La Mene tenía la rara sabiduría de no ser impertinente y buscaba el momento adecuado para cada cosa. Lo traía “de nación”, como ella decía, o bien porque así la había acostumbrado el dueño de La Cumbre. Y en eso era fiel como en su otra característica sobresaliente: la de poner cada cosa en su lugar, desde la caja de cerillos y las velas, hasta los platos en la mesa del comedor y los tapetes y floreros en el juego de sala del corredorón.

No era ése el momento de venir a don Juan con más cuidados ni solicitudes que los que él necesitaba, sin hablar casi.

Arrugó la frente cuando tomó el primer trago de té. Le temblaba la mano. Estaba ya solo cuando abrió su libro de lecturas matutinas, después de casi tres días ayuno de letras y colores.

Se sentía vivir de nuevo.

—¡Mene! Gritó. Y llegó ella como siempre secándose las manos en el delantal.

—¿Qué manda, patrón?

—No me digas patrón, te lo he dicho ya alguna vez. Me gustaría que me dijeras Juan, simplemente Juan, o “maestro”, como me dicen Al-

fonso, Ricardo y Manuel. Y a propósito, ¿se puede saber qué ha sido de ellos?

—Se fueron pá San Miguel, a comprar cosas y unas medicinas para usted.

—¿Medicinas para mí? ¡Vaya! Si yo no necesito más medicinas que este cielo azul y despejado del verano y mis sopitas calientes, y el queso, y las tortillas, y los frijoles borrachos como sólo tú sabes prepararlos. ¡Medicinas!

—No se enoje, pa . . . digo: don Juan. No se enoooje.

—Si no estoy enojado, mujer. No ves que ya estoy contento otra vez, y deseando que mis hermanos vuelvan pronto del pueblo, para ver si traen la medicina que me hace falta.

—¿No estará hablando del vino, verdad?

—Pues sí. Del vino que alegra el corazón del hombre, que es el del amor. Ese que Jesús sirvió al término de las bodas de Caná. ¿Sabes? El Evangelio habla de un milagro . . .

—Ah, sí, cuando todos estaban en un casorio y se terminó el vino y no había más que dar a los convidados.

—Exacto. Pero entonces vino Jesús y mandó que el maestra sala echara agua sobre los cántaros y esa agua la transformó en vino.

—Otra borrachera, a lo que me imagino.

—Sí, mujer. Pero sería una borrachera espiritual. Porque después que el hombre ha intentado beber todos los vinos de la realidad y el sueño, y la sed no se le quita, viene el Señor y le da de beber el otro vino: el del espíritu, que también embriaga con una embriaguez dulce y serena. De ese estoy deseando yo ahora, ¿mentendés?

En eso se oyó el rum del jeep subiendo hacia la cumbre, manejado por Ricardo. Y éste y los otros dos venían haciendo conjeturas sobre “la situación” y un poco asustados por los mameyazos que se oían a la distancia, como retumbos de las olas en el litoral del Pacífico.

—¿Serán las olas, o serán las balas, vos? —preguntó Manuel.

—Serán las dos cosas, hermanos —dijeron a coro Ricardo y Alfonso, alegres, dicharacheros, con una sonrisota acampanada en el rostro, tocados por el asombro.

Serían las nueve de la mañana cuando llegaron. Juan hizo un ademán desenvuelto en tanto aparecían por el corredor y caminó a su encuentro.

—Qué bien, maestro, ya estás curado. Se ve que el clima obra milagros. ¡Has resucitado!

Minutos antes, Juan miraba hacia la ventana de su estudio y más

allá de la ventana las flores y más allá de las flores los recuerdos, siempre los recuerdos. “Tanta vida”, se decía, “tanta vida hay en las cosas y en la naturaleza”. Tanta vida y tanto amor. Amor a todo y a todos. Amor a la hormiga. Amor a la mariposa. Amor al pájaro. Amor a las nubes. Amor a la golondrina. Amor al agua. Amor a la noche. Amor al amanecer. Amor a la mujer. Amor a Dios. Amor. Amor. Amor.

No era esa la primera vez que se hundía en tales reflexiones; pero es que en esos instantes de sosiego el mismo Beethoven lo visitaba con todos los acordes de la sinfonía pastoral, y participaba en la solemnidad del sonido, era uno de los elementos de la naturaleza, el agua cantarina bajando de una fuente, por ejemplo, el ojo de agua o la tempestad de la tormenta desatándose con los retumbos del mar histórico.

A su cuarto llegaba la frescura del verano. La mesa de escribir estaba ya limpia y ordenada. La Mene la dejó así, en lo que canta un gallo, tras la última noche, antes del acceso de fiebre, cuando los cuatro se enfrascaron en una de aquellas largas pláticas sobre asuntos espirituales pero piadosos, humanos pero no pecaminosos; artísticos, pero no estéticos; ni teóricos, ni dialécticos, ni sesudos, sólo iluminados por los lamparazos de las luciérnagas. . .

—Esa noche se desvelaron una barbaridad —dijo Hermenegilda—. Y me desvelaron a mí también. Por eso se enfermó, don Juan. Por eso.

—Por eso, o por lo que sea, mujer; pero lo importante, mirá, es que ya estoy bien.

—Y ustedes qué —preguntó a los tres.

—Nada, maestro, sólo que allá abajo la cosa está que arde. Fuimos a misa, de voladita, y te encomendamos, para que te curaras.

—Pues se ve que el Señor los oye. ¿Cómo le hacen?

—Es cuestión de tener limpia la conciencia, hermano —dijo Ricardo.

—Y de pulirla cada día, como yo pulo mis poemas —dijo Alfonso.

—Y como yo pulo las veladuras y las atmósferas de mis cuadros —dijo Manuel —mientras sacaba de su matata aguacates y sandías, zanahorias, pepinos, cebollas, tomates y anonas, muchas anonas.

—¿Para qué tantas? —le preguntó Juan.

—Para quedar más anonadado de lo que lo tiene la realidad —respondió Alfonso con una risotada.

Manuel explicó:

—Es que de las semillas de anona voy a hacer unos collares. Ya verán. . .

La hora del almuerzo llegó rápido y más rápido aún la siesta en las hamacas, una para cada uno, de las que Alfonso había colgado un letrerito, así: En la suya: “Trampolín de los sueños”. En la de Manuel: “Aquí me quedo”. En la de Ricardo: “Barcarola”. Y en la de Juan: “El sueño de los justos”.

\* \* \*

Era ya de noche cuando Juan entró al cuarto de la Mene.

“De tanto planchar y planchar ropa de hombre me he puesto yo también, así como dicen, romántica. . .”

La Hermenegilda se llevó dos dedos de la mano izquierda a la boca y luego probó con saliva el calor de la plancha que dijo ssst. “Sí, don Juan, pensativa me he puesto y sólo soy recuerdos, viera. Además, usted y los señores estos, que el día que se vayan me voy a poner triste, porque ya don Alfonso no va cantar, ni hablar don Ricardo, ni don Manuel va lumbrar las pláticas con su silencio, aunque quién sabe si a lo mejor yo me voy antes de regreso para Suchitoto, si no fuera porque mi José ya no está, ya no, ya no está; estaba entre los que fueron al entierro de Monseñor, pero de ahí nunca supimos más de él. Entonces me entró un no sé qué.

—Un desespere —dijo el maestro.

—Sí. Un desespere terrible, desespere no sólo por la situación, viendo tantos muertos, tantos desaparecidos, sino por lo que sentía dentro de mi pecho cada vez que pasaba un bus cerca de mi rancho y yo decía, a lo mejor ahí viene, sí, a lo mejor ahí viene, el corazón me dice que ahí viene, pero nunca vino, mire, y como lo peor para mí era estar en ese quedarme bocabierta mirando la ramazón de los palos en la noche, cada noche, todas las noches de aquel año terrible, y luego arrinconada entre mis chunches, mis cositas, la foto de él y sus cartas desde cuando estuvo en el campamento del Cerrón, donde lo conocí tocando guitarra y cantando canciones como esas que canta don Foncho; quizá por eso, digo, y el sonido tristón de la guitarra, y los soldados, sí, los soldados que gracias a Dios ya se fueron, como dicen en la radio. ¿Usted no ha oído la radio, don Juan?

El maestro se había acercado al cuarto de la Hermenegilda, un tanto por necesidad de comunicación y otro tanto por aliviar en la muchacha

aquel sentimiento de soledad que se respiraba en su cuarto cuando planchaba.

Cantó un gallo en el silencio de la noche. El gallo batía sus alas antes del kikirikí con un sonido como el que hacía la Hermenegilda cuando golpeaba contra la batea sus calzoncitos, haciéndolos un rollito, un chuponcito, una pelotita de trapo húmedo y oloroso entre sus manos cheles.

—No hagas caso de lo que diga la radio, ni de lo que diga la gente. Todo es medio verdad. Todo es medio mentira —le dijo.

La Mene había llegado a la cumbre huyendo de la guerra. Estaba entre los desplazados de Suchitoto, aquel año en que la ciudad quedó sin agua y sin luz, cosa de seis meses. Y fue a parar, solita, sin más ropa que la que llevaba puesta, a un campamento de Oriente, de donde a la vez tuvo que huir, dejando todo atrás, hasta la esperanza de volver a ver a los suyos, “aunque seya muertos”, decía, pero verlos, verlos, porque ver a los que uno quiere es la felicidad y dejar de verlos es lo más triste de la vida. . .

Y desparramándose sobre los tejados y entre la ramazón de los árboles oscuros, los rumores de la noche eran como suspiros de nostalgia reprimida. El sentimiento se agitaba en el pecho de la muchacha. Los recuerdos son jóvenes cuando se es joven, y son viejos cuando se es viejo —pensó Juan—. Por eso, los suyos tenían que ser tiernitos, brotados de una realidad recién vivida o padecida, la realidad de su José, perdido a saber en qué cárcel, o enterrado a saber en qué tumba.

Lo que había de riente y alegre en la Hermenegilda era su juventud, no obstante herida por el infortunio, por la soledad, por la distancia. . . “La distancia, es la distancia”, decía él mientras la veía, de reojo, entregada a sus quehaceres: ora echando las tortillas, que salían de sus manos blancas y delgaditas; ora dando de comer a las palomas; ora barriendo la hojarasca del patio, o sacudiendo muebles o acarreando agua con un cántaro de barro sobre la cabeza, y en su cuerpo esa gracia escultórica móvil e inquietante de las muchachas del campo cuando se ponen un cántaro sobre la cabeza y caminan, leve temblor de las caderas, pechos temblones y erguidos. Y los ojos, mirando hacia abajo, fijos en el barro del origen, de la identidad.

Juan la miraba sereno. La miraba y la quería. La quería como a una hija. Como a la hija que Dios le daría por compañera en aquella soledad de La Cumbre, ahora compartida por los que llegaron un buen día, huyendo no de la guerra sino de la civilización perturbadora y hostil para

los espíritus sensibles, que ahoga toda aspiración del hombre por unirse con la naturaleza, que es una forma de retornar a Dios.

—¿Romántica, Mene? —le preguntó.

—Sí, don Juan, romántica.

—Todavía quieres a tu José.

—Pues todavía, fijese, y cómo no.

—Pues sigue queriéndolo, hija, porque ése es tu destino. Aunque una cosa te digo: todavía te faltan muchos querereres en la vida, todavía. Y día llegará, te lo aseguro, en que tu querer no será triste y desamparado, como ahora. Será un querer dichoso. Tendrás marido. Hijos. En la vida todo pasa, eso te lo puedo asegurar yo. Además, a lo mejor tu José está vivo, todavía, quien quita.

—¿Vivo? —dijo la Mene abriendo sus ojos amarillos y se quedó mirando hacia el techo como si estuviera viendo la mismita cara de su José—. ¡Oh, si él estuviera vivo como vivito y ardiente está mi cariño! —dijo— y se llevó el delantal al rostro y lloró, lloró y lloró hasta remojarse con sus lágrimas la camisa que planchaba.

—Mala onda —dijo Ricardo, entrando al cuarto.

—Maese —dijo Alfonso—, ¿por qué no le hace una adivinanza? Entonces Juan:

—Mene, fijate bien. Yo me siento. Me doy un empujoncito con el talón y ella dice “sí”, pero no habla, ¿qué es?

—¡La mecedora, maestro, la mecedora!

—¡Cabal! —dijeron ellos a coro. Y entonces la Hermenegilda abrió otra vez los ojos, desorbitados. Palmoteó, y se rió sin despegar la mirada del planchador. Y era una risa que los contagió a todos.

\* \* \*

Se fueron a acostar pero Ricardo prefirió quedarse despierto con las manos detrás de la cabeza en “La Barcarola”, mirando hacia las olas rompiéndose en el dique de sus sueños, y hasta le llegaba el murmullo del agua a los oídos, y le alumbraban los ojos en la oscuridad. “Gracias a Dios porque el chonte sigue aleteando en la frente de Juan”, dijo. “Y el gorrión llegará a beber de nuestras manos. Romperá el techo la imaginación. Seguiremos cumpliendo años. Estaremos tal vez solitos, solitos con nuestro vallejo y nuestros calcetines kafkianos, tendremos todavía una camisa

blanca, quemaremos todas las corbatas del alma, trataremos de acercarnos lo más posible a la verdad para evitar la máscara, y sentiremos que esta casa es nuestro mundo”.

Y entonces se le vino el llanto y lloró como cualquier idiota hasta que la tanta sal se le hizo lluvia fresca que humedeció el tambor de su pecho.

Se sintió humano y ángel al mismo tiempo.

En eso se oyó la guitarra de Alfonso otra vez. Después todo se fue apagando, y en la barcarola de su hamaca el humano Ricardo viajó hacia la realidad de sí mismo.

A la mañana siguiente dibujó un pájaro saliendo del ojo de la noche y cantando . . .

# ARTICULOS

de

Gene Steven Forrest

y

Rubinstein Moreira

**GENE STEVEN FORREST**

**Distinguido catedrático de Literatura Española en la Universidad Metodista del Sur de Dallas,  
Texas.**

**RUBINSTEIN MOREIRA**

**Poeta, profesor y crítico uruguayo. Ha escrito un hermoso libro sobre la gran poetisa María  
Eugenia Voz Ferreira.**

GENE STEVEN FORREST

## Función y valor de los Espacios Interiores y Exteriores en *Miau*

El pleno valor de *Miau*, una de las cumbres de la obra galdosiana, no llegó a documentarse hasta hace relativamente poco tiempo cuando se le dedicó una atención crítica cada vez mayor. Los primeros en hallarle un nuevo sentido e importancia a la novela (Joaquín Casaldueiro y Ricardo Gullón)<sup>1</sup> llevaron la historia del viejo cesante madrileño, Ramón Villaamil, a un nivel metafísico en que el protagonista llegó a simbolizar el “*everyman*” contemporáneo, condenado a vivir bajo un orden injusto y absurdo. Oponiéndose a tales ideas, Robert Weber<sup>2</sup> propuso exponer a un Villaamil egoísta, inflexible, responsable de su propio fracaso. Alrededor de esta teoría radical de Weber surgió una extraordinaria polémica en cuanto al “verdadero” significado de la novela respecto al tema de la responsabilidad individual frente al poder determinante de la sociedad. No obstante los fallos y aciertos de unos y otros, tanto los seguidores de Weber como sus oponentes dieron tácita prueba de los excelsos méritos de la obra, suprimiendo así cualquier interpretación simplista de una obra profundamente ambigua y de múltiples niveles de significado.

Este trabajo tiene como propósito poner de relieve un aspecto importante de *Miau* que todavía no se ha tratado con merecida atención, un aspecto que tal vez arroje una nueva luz sobre el tema de una novela difícil que ha dado lugar a tantas y tan diversas interpretaciones. Se trata de la configuración espacial de la obra en que los lugares interiores, que a su vez representan las instituciones sociales principales (el apartamento

de los Villaamil-la familia, el ministerio-el Estado; la Iglesia-la religión oficial), predominan, pero que en momentos determinantes contrastan con lugares exteriores, contiguos a/o dentro de la calle misma. A pocos pasos de vivienda, templo y ministerio, todos de apariencias fraudulentas, están las calles y lugares abiertos que abren paso a aventuras, encuentros y experiencias auténticos y naturales. Más bien que proveer un escape a sus problemas, la calle le permite al hombre confrontar esos problemas en un ambiente más natural y expansivo. Esta clara yuxtaposición conflictiva entre recinto interior y calle se articula más que nada en torno a los dos personajes que más intensa y activamente ocupan el interés del novelista: Ramón Villaamil y su nieto, Luisito Cadalso. Elucidar el valor de la tensión espacial, por tanto, parece una clave estructural básica para mejor comprender el significado de los protagonistas centrales y del tema de *Miau*.

Tanto el principio como el final de la novela enfocan o al nieto o al abuelo al aire libre, en trance de liberarse de las instituciones injustas y alienantes que los cohiben. La salida revoltosa y espontánea de los colegiales de la opresiva escuela pública, al principio de la novela, pone de relieve inmediatamente el carácter conflictivo o “desarticulado”<sup>3</sup> de ésta, al paso que establece uno de sus temas mayores: el de la libertad y la pugna entre el individuo y la sociedad. El profesor Weber, al investigar las modificaciones aportadas a la segunda y definitiva versión de la novela, le da a esta evasión anárquica un valor negativo tras el cual, según él, se perfila la tácita censura galdosiana del libre espíritu revolucionario.<sup>4</sup> Pero no es ésta la única lectura que tales modificaciones consienten. La frase “menos dichosa” agregada al pasaje siguiente comprueba, según Weber, esta censura de parte del novelista: “La furia insana con que se lanzan a los más arriesgados ejercicios de la volatinería . . . el delirio de la autonomía individual . . . parecen bosquejo de los triunfos revolucionarios que en edad menos dichosa han de celebrar los hombres . . .”<sup>5</sup> Galdós, no obstante, celebra la algazara juvenil (“Ningún himno a la libertad . . . es tan hermoso”), y toda época revolucionaria será de por sí “menos dichosa” que la actual por los eventos sangrientos y los sacrificios allí ocasionados más bien que por su mismo espíritu rebelde.<sup>6</sup> Aún si las modificaciones de tipo metafórico tuviesen las graves implicaciones políticas que les atribuye Weber —y que no aceptamos nosotros—, eso no quitaría la muy positiva efusión de dinamismo y regocijo libérrimos que se desborda por la calle.

Una vez fuera del recinto odiado, sin embargo, los jóvenes no se liberan del todo de su sombra funesta, que se les proyecta encima prolongando así los sombríos contornos interiores, y para Luisito, la

vulgaridad y cursilería del hogar y de las tres mujeres que le cuidan y educan le persiguen en forma del mote “Miau” que le echan en cara los compañeros burlones. Al volver a la triste circunstancia de las tres “Miaus” y del abuelo cesante, le encierran nuevamente a Luisito los perímetros familiares de la miseria y sus frustradas pretensiones. Poco después, sin embargo, en virtud de su papel de mensajero o intermediario entre su abuelo y los burócratas de quienes solicita ayuda, regresa el niño a la calle, entregándose esta vez a su pasatiempo predilecto de deambular y observar el bullicio callejero. Este “vicio de paseante”, que para el mismo Galdós —a juicio de uno de sus más ilustres biógrafos—<sup>7</sup> constituía una “higiene espiritual o estímulo intelectual y emocional, resulta ser una experiencia educativa plenamente natural y placentera que contrasta radicalmente con lo que sería la odiosa fórmula pedagógica de que huyeran los colegiales al principio de la novela:

aunque sabía ir a su destino por el camino más corto, empleaba comúnmente el más largo, por costumbre y vicio de paseante o por instintos de observador, gustando mucho de examinar escaparates, de oír sin perder sílaba, discursos de charlatanes que venden elixires o hacen ejercicios de prestidigitación. A lo mejor topaba con un mono cabalgando sobre un perro o manejando el molinillo de la chocolatera, lo mismito que una *persona natural*; otras veces era un feliz oso encadenado y flaco, o italianos, turcos, moros falsificados que piden limosna haciendo cualquier habilidad. También le entretenían los entierros muy lucidos, el riesgo de las calles, la tropa marchando con música, el ver subir la piedra sillar de un edificio en construcción, el Viático con muchas velas, los encuartes de los tranvías, el trasplantar árboles y cuantos accidentes ofrece la vía pública. (p. 6).

Luisito es el único protagonista, con la tardía excepción de don Ramón, a quien el lector ve salir del osificado recinto institucional y dejarse llevar por la vía popular. Este contacto íntimo entre niño y calle establece muy temprano el papel ilustrativo y consolador de ésta a la vez que hace constatar el carácter único o natural de aquél.

Lo que más definitivamente confirma la muy significativa unión entre Luisito y la calle es el hecho de que precisamente allí le da al muchacho el primero de los “ataques” o sueños por medio de los cuales se manifiesta con toda candidez la realidad del niño y del mundo adulto que le rodea.<sup>8</sup> Muy lejos de ser apariciones milagrosas, divinas, estos sueños, por lo contrario, se suelen sustentar de la fecundísima experiencia infantil, nutrida en gran parte por estos paseos por Madrid. La figura misma del Dios soñado parece inspirarse, además de la imagen del abuelo

querido, en uno de los tantos tipos encontrados por la calle, un venerable ciego que pide limosna sentado frente al convento de Don Juan de Alarcón, y es precisamente en este mismo sitio donde sufre el niño uno de los ataques repentinos de sueño que le suelen ocurrir pero que esta vez, por la presencia sobrenatural, divina, se produce “de otra manera”. La transformación del ataque acostumbrado en “aparición divina”, es decir, en obsesión por la presencia divina, refleja un esfuerzo voluntario en el niño por aclarar y solucionar las dificultades personales y familiares que le acosan. Esto se pone de manifiesto unas horas más tarde cuando Luisito, ya acostado y muerto de sueño, oye el patético quejido del abuelo cesante que luego aflora por la subconsciencia infantil, provocando otro sueño en que se vislumbra nuevamente a Dios. Pero, en este caso, el sueño está provocado directamente por la presencia dominante del abuelo sin que se efectúe ninguna comunicación entre el niño y su Dios.

El segundo sueño, en que la presencia divina sí se comunica plenamente con Luis, ocurre también como en el primero, extramuros, libre de la influencia asfixiante familiar, en la explanada soleada del Conde-Duque y entre la muchedumbre madrileña. A partir de esta “visión” —el término es de Galdós— Luisito persigue cada vez más voluntaria y obsesivamente la imagen divina, pero ahora, a diferencia de las primeras dos experiencias logradas, la visión se frustra, no llega a manifestarse del todo a causa del ambiente “impropio” interno. La primera vez que se opone un obstáculo a la visita sobrenatural ocurre dentro del apartamento de los Villaamil la noche en que se introduce en casa la presencia atea y malévolamente del padre del niño, Víctor Cadalso. El tono categórico con que éste niega la realidad de Dios constituye un factor perturbador que provoca en el niño una terrible ansiedad y necesidad de la presencia santa. Se producen los síntomas precursores acostumbrados, pero sin que la visión se produzca del todo. Continúa esta situación durante la larga enfermedad en que el niño, en cama, sigue rodeado de la circunstancia restrictiva familiar: “En aquellas noches de fiebre y de mal dormir, Cadalso se había imaginado estar en el pórtico de las Alarconas o en el sillar de la explanada del Conde-Duque; pero no veía a Dios, o, mejor dicho, sólo le veía a medias. . . ¿Por qué no se dejaba ver la cara?” (p. 56).

Tras numerosos intentos frustrados por provocar conscientemente el contacto onírico con Dios,<sup>9</sup> por fin experimenta Luisito su tercera visión mientras espera contestación a otra de las tantas cartas de solicitud que su abuelo le encarga llevar a diputados y ministros. A diferencia de las primeras dos visiones, esta tercera acontece en el interior, en las Cortes, aunque también forzoso es añadir que Cadalso entra cansadísimo de otra caminata extensa a través de las calles madrileñas y queda relegado a la sala de espera sin “penetrar” propiamente el Congreso mismo. Al quedarse

así “fuera” del interior prohibido —a su padre, que llega al Congreso algo más tarde, sí se le admite—, Luisito se mantiene puro, libre de otra institución manchada por la corrupta influencia de los adultos y así en condiciones propicias para comunicarse con su Dios.

La última y definitiva de las cuatro divisiones del niño rompe la pauta espacial previamente establecida en la novela, pues el hogar, el recinto interior que tantas veces había sido testigo de los tristes sueños fracasados del niño, ahora le sirve como escenario o fondo a la visitación final y culminante. Este cambio radical en el sistema, sin embargo, no lo invalida, pues la última visión se produce después de ser asaltado el niño por Abelarda, acto que abre paso inmediato a la “liberación” de Luisito y su entrada en casa de los Cabrera. Por otro lado, esta última visión se caracteriza por una alarmante urgencia precipitada por la rápida sucesión de eventos extraordinarios que tan trágicamente van determinando el porvenir de Luisito y de su familia. Esta urgencia parece haber dado motivo a que el Dios soñado viniera a pie a buscar a Luisito desde muy lejos en vez de esperarle sentado en el sitio acostumbrado, o sea, fuera de los lugares habitados por los hombres: “Allá lejos, muy lejos, distinguió a su amigo el de la barba blanca, que se aproximaba lentamente. . . Aunque venía de muy lejos y andaba despacio, pronto llegó delante de Cadalsito, sonriendo al verle. . . —Vamos a ver —le dijo el amigo—, he venido desde la otra parte del mundo, sólo por echar un párrafo contigo. Ya sé que te pasan cosas muy raras” (p. 138).

En vista del enorme interés del niño por hacerse cura y su fascinación por las estampas, las imágenes y los adornos del culto, lo normal sería que tal empeño facilitara las visiones supernaturales. Resulta, sin embargo, todo lo contrario, y todo cuanto sugiere el culto y las “cosas devotas” no sólo es ineficaz para producir las visiones tan anheladas sino que hasta parece impedir su realización. Durante su convalecencia (cap. XX), por ejemplo, Luis se mete en la cama abrazado al álbum de sellos religiosos pero sin que el álbum le evite otra experiencia frustrante. La distancia entre las varias representaciones pictóricas de Dios y aquel viejo barbudo de la visión de las Alarconas es evidente de inmediato: “En una de las estampitas que su padre le había traído, estaba Dios representado en el acto de fabricar el mundo. . . Pero la lámina aquella no satisfacía al chicuelo. Ciertamente el Señor estaba muy bien pintado; pero no era, no, tan guapo y respetuoso como su amigo” (p. 56). El ser tales láminas o sellos, regalos de su papá, un prototipo diabólico, les da un valor asociativo negativo en la obra que los hará distanciarse aún más de la imagen adorada.

A medida que se agravan las dificultades profesionales de Villaamil y las complicaciones sentimentales de Abelarda, son más frecuentes las

visitas a la iglesia, donde sería lógico que se le facilitaran a Luisito las visiones consoladoras. Pero lejos de hacer aparecer al mejor amigo, estas visitas lo substituyen con algo aterrador, repugnante: el cristo de Montserrat, muerto en la cruz, “moreno, lleno de manchurroneos de sangre, con enaguas y una melena natural tan larga como el pelo de una mujer . . .” (p. 79). Se ha interpretado la importancia de esta imagen, en parte, como un anticipo simbólico del martirio doloroso y “pasión” final de Villaamil,<sup>10</sup> pero mucho más que dolor y sufrimiento, la imagen más bien parece infundirle al lector —por los ojos de Luis— una sensación de repugnancia y rechazo en virtud de su figura grotesca, afeminada. Lejos de inspirarle una verdadera devoción religiosa, entonces, la Iglesia y los objetos que se prestan a su culto (sean el Cristo de Montserrat, sean las estampas y la imaginería barata importada de Francia que emplean Cadalso y su hermana para entretener y así ganarse al niño) o le causan pánico o le divierten superficialmente a Luisito, y de ahí surge un dramático contraste entre la comunión religiosa natural y profunda de las visiones, inspirada individual y espontáneamente, y el culto religioso, frío y nada consolador.<sup>11</sup>

Se ha prestado poca atención crítica al anticlericalismo de *Miau*, pero sin duda alguna, aunque de manera bastante más sutil —y por tanto más eficaz— que la crítica declamatoria de *Doña Perfecta*, la novela revela una de las declaraciones galdosianas anticlericales más acusadas. Como instituciones se les echa en cara tanto a la Iglesia como al Estado su incapacidad para aliviar y consolar el infortunio y la miseria humanos. Este paralelo entre Iglesia y burocracia se insinúa en la ingenua observación de Luisito al imaginarse el Congreso de las Cortes: “Ello debía de ser una casa grandona como la iglesia . . .” (p. 101)<sup>12</sup>. Luisito, Abelarda y Villaamil son los únicos personajes de la novela que perciben la absurda circunstancia en que les ha tocado vivir, y, sin conformarse a esa circunstancia, luchan y sufren al oponerse a ella y a atenerse a Dios. De los dos adultos se puede dudar la profundidad y sinceridad de su fe religiosa, pero es cierto que al entrar en la iglesia, demuestran una indiscutible necesidad espiritual de inspiración y consuelo. Ahora bien, el mero hecho de que a ambos se les proporcione el último golpe decepcionante (para Abelarda, el vil rechazo traidor de Víctor; para don Ramón, la noticia de la colocación de Víctor) dentro de la iglesia misma, pone en evidencia la poca eficacia protectora del “refugio” santo. Como prueba definitiva de esto sirva la soberbia descripción siguiente, en que los detalles que al azar enfoca Abelarda en su terrible crisis sentimental no revelan más que inflexibilidad, suciedad y fraude: “Mejor estaba allí, quieta y muda, rivalizando en *inmovilidad* con el San Juan del gallardete y con la Dolorosa. Esta se hallaba al pie de la cruz *rígida* en su enjuto vestido

negro y en sus tocas de viuda . . . El Cristo, mucho mayor que la imagen de su madre, extendíase por el muro arriba, tocando el techo del templete con su corona de abrojos, y estirando los brazos a *increíble* distancia. Abajo velas, los atributos de la Pasión, ex votos de cera, un cepillo con los bordes de la hendidura *mugrientos*, y el hierro del candado muy *roñoso*; el paño del altar *goteado de cera*, la repisa pintada *imitando Jaspe*” (p. 113, lo subrayado es nuestro).

De la iglesia de Montserrat vuelve Abelarda a encerrarse en casa, resuelta ya a conformarse con su triste porvenir: el matrimonio con Ponce; y Villaamil, convencido de la inutilidad de apelar a Dios, vuelve a entrar en el Ministerio donde emprende un viaje dantesco por el mundillo decepcionante burocrático. Al salir de este laberinto infernal, interior, sale a la calle, en dirección de la Puerta del Sol y la tienda de armas de fuego, rumbo ya a la “liberación” definitiva. Esta, la primera vez en la novela que el lector ve a Villaamil en la calle, constituye el primer paso hacia el frenético paseo final que concluye la obra. Al yuxtaponer el viaje humillador interior y la evasión “libertadora” final por el barrio de Argüelles, Galdós recalca la básica pugna espacial que configura todo *Miau*.

Toda la parte final de *Miau* parece seguir —aunque de modo irónico— un patrón estructural consabido y popular en el siglo XIX, el de la liberación del cautivo. Sin acudir a los tantos ejemplos encontrados en las novelas de Dickens y otros de ese siglo, basta escoger, dentro de la propia obra de Galdós, *El 19 de marzo* y *2 de mayo* cuyo desenlace, como el de *Miau*, sigue una ruta de evasión por las calles de Madrid en plan de rescatar a un ser inocente e indefenso de la “prisión” —la vivienda miserable— donde han quedado cautivos. En ambos casos, la víctima (el virtuoso Luisito y la hermosa Inés) es devuelta al hogar “legítimo” por un ser amado libertador (Villaamil y Gabriel Araceli), pero tan sólo a cambio de la vida del libertador.<sup>13</sup> Obedece tal paralelo estructural al tema básicamente romántico que establece el desenlace de ambas obras; o sea, la evasión hacia la libertad del individuo.

El campo abierto o nuevo horizonte<sup>14</sup> que contemplan finalmente Ramón Villaamil y su nieto, Luisito, constituye una liberación equívoca o irónica. Aunque es imposible adivinar un futuro que queda fuera de los perímetros de la novela,<sup>15</sup> por lo que se sabe ya de Quintana y su marido, a Luisito se le entrega a un ambiente, si bien más acomodado y arreglado, igualmente vulgar, materialista y hasta de menos carácter ético que el de las *Miaus*. Por lo que el triste fin de Villaamil se refiere, algunos críticos lo interpretan como el fracaso de un hombre básicamente débil, egocéntrico e inflexible.<sup>16</sup> Para otros, la muerte de Villaamil pone en tela de juicio toda la sociedad burguesa corrupta y mendaz que tan injustamente le ha tratado, y un crítico hasta afirma que el suicidio es todo un acto de afir-

mación de la voluntad individual sobre el poder determinante de la sociedad.<sup>17</sup> Tales interpretaciones aparte, la “solución final” para Villaamil —así como la de su nieto— no corresponde en definitiva a un porvenir ideal, consciente y consistentemente perseguido a lo largo de la novela.

Por pesimista que resulte la conclusión de *Miau* y el dudoso éxito tanto del abuelo como del nieto en liberarse de su ambiente restrictivo y engañoso, no se ha de descartar el intenso empeño con que se afana Villaamil en “salir a la calle” y dejar atrás a su familia y al Estado que tanto le cohiben. En la calle experimentan abuelo y nieto los momentos de más tierna y espontánea compenetración y, más tarde, libre ya de todo compromiso familiar y profesional, Villaamil pasa uno de los ratos más idílicos y libres de toda su vida. De acuerdo con su papel esclarecedor, la calle y los lugares abiertos encaminan a Villaamil hacia los impulsos instintivos: el regocijo y aventura juveniles, el amor y el aprecio de la belleza del universo que, al fin y al cabo, le devolverán al seno de la Naturaleza, o sea, a su propia finalidad.

El final de *Miau* plantea dramáticamente la polarización del espacio urbano en dos áreas conflictivas, una de valor negativo, de falsedad, cohibición y límites, la otra positiva, en contacto siempre con lo genuino, lo espontáneamente humano. Esta visión conflictiva y pesimista establece *Miau* como una de las condenas galdosianas más rotundas de su propia clase y de las instituciones que aseguraban su supremacía: La familia, la Iglesia oficial y el Estado burocrático. Como nota esperanzadora, en cambio, Galdós nunca pierde de vista el empuje vital de la vía pública ni el correspondiente esfuerzo individual por adherirse a valores espirituales esenciales, a la virtud y a la dignidad humanas.

## NOTAS

- 1 *Vida y obra de Galdós (1843-1920)* (Madrid: Editorial Gredos, 1951) y *Galdós, novelista moderno* (Madrid: Taurus, 1960), respectivamente.
- 2 *The Miau Manuscript of Benito Pérez Galdós* (Berkeley + Los Angeles: Univ. of Calif. Press, 1964).
- 3 Alfredo Rodríguez lo califica así en *Estudios sobre la novela de Galdós* (Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1978), p. 52.
- 4 Weber, *The Miau Manuscript*, p. 83.
- 5 *Miau* (México: Editorial Porrúa, 1968), p. 1. A partir de esta cita, toda referencia a este libro se indicará entre paréntesis en el texto.
- 6 En *El 19 de marzo y 2 de mayo (1875)*, Galdós ya había hecho la distinción entre el motín censurable inauténtico, manipulado por los intereses creados políticos, y la sublevación gloriosa, espontánea y justificada de la furia popular.
- 7 H. Chonon Berkowitz, *Pérez Galdós: Spanish Liberal Crusader* (Madison: Univ. of Wisconsin, 1948), p. 58.
- 8 Concordamos totalmente con el juicio de T. A. Sackett: "although the hoy's deductions may not always be entirely correct, they clearly represent an open, truthful approach to problems that others in *Miau* cannot or will not see... But only Luis, the innocent observer of the novel's events, the uninhibited child as in the tale of *The Emperor's New Clothes*, candidly reveals the truth" ("The Meaning of *Miau*," *Anales Galdosianos*, Año IV (1969), 30).
- 9 Se pueden evidenciar seis: Cinco que ocurren en el apartamento de los Villaamil (capítulos X, XVII, XX, XXV, XXXII), uno que ocurre en la iglesia de Montserrat (capítulo XXIII).
- 10 R. O. Jones + Geraldine M. Scanlon, "*Miau*: Prelude to a Reassessment", *Anales Galdosianos*, Año VI (1971), 58.
- 11 Aprobamos la acertada observación de Rodríguez (*Estudios sobre la novela de Galdós*, pp. 57-58) de que en *Miau*, el culto religioso y sus elementos se captan mediante un enfoque básicamente peyorativo, "desmitologizador", pero no estamos de acuerdo con su afirmación de que las apariciones de Luisito debilitan el papel de la religión y lo trascendental por "familiarización excesiva" donde "la deidad peca de chatamente cotidiana". Para Galdós, indudablemente, la familiaridad de los sueños de Luis, lejos de ridiculizar o desmitologizar la experiencia religiosa, le presta precisamente valor y calidez positivos.
- 12 Agnes Moncy escribe: "tal vez *Miau* propone un terrible paralelo entre la burocracia y Dios: la una es tan remota e inasequible como el otro" ("Enigmas de Galdós", *Insula*, XX (mayo 1965), 12). Aquí insistiríamos en la distinción entre Dios, y la Iglesia puesto que la experiencia humilde e inocente de Luisito parece dar prueba de la existencia de la deidad, al menos dentro de la consciencia del individuo.

- 13 Junto —a Jones y Scanlon (“*Miau: Prelude to a Reassessment*”, 59-60), rechazamos como equivocada la aserción de Weber de que Villaamil, en sus últimos actos está absorto únicamente en su propio interés egoísta. Pese al hondo resentimiento que guardo contra su familia, piensa todavía en ellos antes de determinar su propio porvenir: “pues no me he determinado a recobrar mi libertad sino al saber que quedan al amparo de Ponce, que es un bendito y les mantendrá a pico...” (p. 149).
- 14 El tema de “abrir los ojos” y “ampliar la vista” está muy enfatizado en las últimas reflexiones de Villaamil: “Mírate en tu espejo, y abre esos ojos, ábrelos... —¡Abiertos, muy abiertos los tengo! (Intencionadamente) ¡Y qué horizontes ante mí!” (p. 135); “Verdad que en mi perra existencia... no he tenido tiempo de mirar para arriba ni para enfrente... Siempre con los ojos hacia abajo, hacia esta puerca tierra... Gracias a Dios que saboreo este gusto de contemplar la Naturaleza...” (p. 146). El Parque del Oeste o mirador desde el cual Villaamil contemplaría una amplia vista panorámica de sierra y campo presta mayor fuerza simbólica a este tema de los “nuevos horizontes”.
- 15 Carece de base textual la suposición optimista de Weber sobre el futuro del niño con los Cabrera (*The Miau Manuscript*, p. 72).
- 16 Véanse: Sherman H. Eoff, *The Novels of Pérez Galdós: The Concept of Life as Dynamic Process* (St. Louis: Washington Univ. Studies, 1954) pp. 29-30; Joaquín Santaló, *The Tragic Import in the Novels of Pérez Galdós* (Madrid: Playor, 1973; pp. 96-97; Weber, *The Miau Manuscript*, pp. 98-99.
- 17 Arnold M. Penuel, “Yet Another View of Galdós’s *Miau*”, *Revista de Estudios Hispánicos* XII (enero 1978), 13. A la luz de esta interpretación, es interesante notar la observación siguiente respecto al gran novelista ruso contemporáneo de Galdós: “How can one bear such a world, this Gogol-city of innumerable petty humiliations? By a gesture signifying the retributions of arbitrariness... When the weight of the determined becomes intolerable, the arbitrary gesture that changes nothing yet says everything may come to seem a token of freedom” (Irving Howe, *The Critical Point: On Literature and Culture* (New York: Dell, 1973), p. 45).

*Rubinstein Moreira*

# HORACIO QUIROGA: EL SUICIDA GENIAL

## Un Libro Primigenio

“Los Arrecifes de Coral” (1901) constituyó una premonición por lo que tiene el arrecife de intrincado, de misterioso, de vivo, de taimado. El título del primer libro de Horacio Quiroga, publicado a los 23 años, en plena juventud creadora, tiene una clara estirpe simbolista parnasiana. El color, la forma y el movimiento están sugeridos en él: “Los Arrecifes de Coral”. Combinación de prosa y verso, muy a la usanza de la época, es un libro inicial cargado de presagio. Presenta ya la “lucha del hombre con la naturaleza o con otros hombres”. Pero todavía sus creaturas son fantasmas, se ensayan en un vuelo que ha de ser definitivo en obras posteriores; en este sentido es que sostenemos que “Los Arrecifes de Coral” es premonitorio, pues desde esta obra inicial el escritor se maneja en un mundo de fantasmas, de juegos voraces y fatales.

Presenta este volumen la falla natural del aprendizaje, pero resume al mismo tiempo el clima literario del momento. Es un libro modernista; se impregna del color y del calor de la hora intelectual de la época. En cierta manera representa su libro inicial una manifestación del arte nuevo cuya raíz encaja en el movimiento modernista del Uruguay que surge alrededor de 1895. Digo que su raíz está en el Modernismo porque como éste es una quintaesencia del Romanticismo, del Parnaso, del Simbolismo, del Realismo y del Decadentismo, su temática se impregna y de cada tendencia toma algo para sí. Ya de uno el ritmo melancólico y quejumbroso; del Parnaso el color y el movimiento del Simbolismo las sugerencias

79

y significados poéticos; del Realismo la inquietud y la actividad del espíritu, la contemplación de la naturaleza; del Decadentismo asimila la sugestión y la atracción por la rebeldía. De todos adquiere un poco pero de ninguna escuela es presa definitiva. “En Quiroga —dice su amigo Antonio Grompone— toda la actividad del espíritu estaba encauzada por el ansia de la aventura”.

“Los Arrecifes de Coral” consta de 20 composiciones en verso y 34 en prosa. Estas últimas, a menudo, son pantallazos; leves pulsaciones de la intuición, que bien pueden estar representadas por ésta que titula con un nombre de mujer que años después habría de pronunciarlo muchas veces: “María Elena Tocaba Siempre . . .”: “María Elena tocaba siempre en el clavicordio; y los pájaros que la hubieran oído guardaron de esas romanzas un indefinible encanto. La vieja sala parecía reanimarse con esas notas de tanta dulzura, que el clavicordio parecía un pecho sensible y querido que en toda una larga noche no cesó de ser auscultado. Y María Elena, pura siempre sobre el sueño de su infancia, esperaba la paloma que debía anunciar el regreso de su bien amado.

Un pastorcillo de la comarca trajo a sus oídos las noticias de las batallas lejanas en que su señor el Príncipe se batía contra los infieles. La lucha había sido cruel pero había triunfado. Los moros huían hacia la costa, abandonando un rico botín y familias enteras entre ellas la propia del califa. ( . . . )

Pasaron muchos años. El clavicordio, ya viejo, sonaba tristemente bajo las manos de María Elena. El instrumento tenía también el corazón herido, y lloraba con su dueña. Una noche el clavicordio no sonó. El pobre amigo había muerto, como un pobre amigo que queda ciego de tanto ver correr nuestras lágrimas. María Elena iba todas las tardes a llorar junto al clavicordio, como una señora que quedó de luto.

María Elena vive aún, esperando a su bien amado. Y su historia es conocida de todas las niñas que esperan, llorando sobre un pobre amigo que puede ser un clavicordio”.

Su estilo, como puede observarse, es marcadamente periodístico. La agilidad de la frase la ha venido practicando a través de sus escritos en los periódicos “La Reforma”, “La Revista Social”, “Gil Blas”, y la propia “Revista de Salto” que funda y dirige hacia 1899 y que interrumpe al comenzar el siglo con motivo de su viaje a París.

La poesía es género que lo llama también poderosamente y escribe algunas decenas de poemas que publica en forma incidental y que reúne —asimismo— en este primer volumen que comentamos. Incursiona en el soneto (endecasílabo y alejandrino), en el romance octosilábico, en el heptasílabo y en el verso libre.

Su lira es fina y sensible, pero el gran narrador que hay en Quiroga ahoga al poeta, lo aniquila por el deseo de contar, lo destroza con la fuerza del personaje.

De todos modos, como homenaje al genio que admira y siente la poesía, recordemos el soneto “Tu agonía” de claro aire modernista, bruñido de cisnes rubendarianos, de brisas suspiradoras a la manera de Lugones y de tardes moribundas:

*La tarde se moría; y en el viento  
la seda de tu voz era un piano,  
y la condescendencia de tu mano  
era apenas un suave desaliento.*

*Y tus dedos ungían un cristiano  
perdón, en un sutil afilamiento;  
la brisa suspiró, como en el cuento  
de una melancolía de verano.*

*Con tu voz, en la verja de la quinta,  
calló tu palidez de flor sucinta.  
La tarde, ya muriendo defluía*

*en tu sien un suavísimo violeta,  
y sobre el lago de tersura quieta  
los cisnes preludiaron tu agonía.*

## OBRAS SUCESIVAS

“El Crimen del Otro” se publica en 1904 en Buenos Aires donde Horacio Quiroga se ha radicado desde hace dos años, luego del accidente fatal que mata a su entrañable amigo Federico Ferrando. Es éste también un libro modernista, pero distinto. Quiroga ya ha visitado las Misiones y el Chaco junto al gran vate cordobés Leopoldo Lugones; Quiroga sufre la pesadilla terrible por el afecto perdido, sus “nervios están doloridos y a flor de piel”; Quiroga ha comenzado a ser un solitario y un desesperanzado; Quiroga —finalmente— descubre, del punto de vista intelectual, a dos escritores a los que se vinculará en forma definitiva: el norteamericano Edgar Allan Poe y el francés Guy Maupassant.

Alguien ha dicho con acierto que “a medida que Quiroga descubre la realidad y se sumerge gozosa y paulatinamente en ella, deja caer algunas obras con las que liquida su deuda con el Modernismo, muda de piel”. Y entendemos que es a partir de “El Crimen del Otro” que comienza ya este cambio. Y éste ha venido sobre todo por la vía del dolor. El cuento que da el título a la obra presenta francas similitudes con otro de Edgar Allan Poe, titulado: “El barril del amontillado”, aunque el verdadero motor que lo impulsa está en el fatalismo real y alucinante de la muerte que afronta el propio Quiroga —hombre—. Pues él jamás pudo desencajar su vida de ese estado abrumador de conciencia. El cargó por siempre la “culpa inocente de ese asesinato”.

“El Crimen del Otro” es un cuento formalmente flojo y temáticamente poco novedoso, no obstante se deslindan en él algunos aspectos estilísticos que habrían de ser “constantes lineales” en la narrativa quiroguiana. Es un cuento extenso y a menudo discursivo en demasía. Los períodos de la frase se alternan y la presentación de la pieza —en sí— constituye un llamado al “yo” directo, conversacional, psicológico:

“Las aventuras que voy a contar datan de cinco años atrás. Yo salía entonces de la adolescencia. Sin ser lo que se llama un nervioso, poseía en el más alto grado la facultad de gesticular, arrastrándome a veces a extremos de tal modo absurdos que llegué a inspirar, mientras hablaba, verdaderos sobresaltos. Este desequilibrio entre mis ideas —las más naturales posibles— —y mis gestos los más alocados posibles—, divertían a mis amigos, pero sólo a aquellos que estaban en el secreto de esas locuras sin igual. Hasta aquí mis nerviosismos y no siempre. Luego entra en acción mi amigo Fortunato, sobre quien versa todo lo que voy a contar.

Poe era en aquella época el único autor que yo leía. Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo; no había sobre la mesa un solo libro que no fuera de él”.

La narración, escrita en esta primera persona punzante y entusiasta a la vez, combina perfectamente un estilo dramático intenso con la frase breve, instigadora, nerviosa. Un doble juego de ficción y realidad se apodera del narrador pero éste no deja de ser objetivo, y la objetividad ha de ser una de las coordenadas literarias de su obra.

A medida que Fortunato cae en el desatino y en la locura el ojo del narrador lo desenmascara y lo apunta. Y para ello se sirve del lector atento, aguzándole los sentidos y haciéndole partícipe de la peripecia del personaje. Quiroga en este cuento no maneja un lenguaje rico, variado, pero sí eficaz. Y esto es lo que importa en este tipo de composición. Con frecuencia las impresiones sensoriales se entremezclan en grupos sintácticos vehementes y la frase adquiere un ritmo ágil y ardoroso.

El cuento crece a medida que se aproxima su desenlace; las situaciones dramáticas entran en un juego casi cósmico donde la muerte y las sombras reinan. El escritor está aprendiendo lo que muy luego había de sintetizarlo en la octava premisa del “decálogo del perfecto cuentista”: “toma a tus personajes de la mano y llévalos hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas, viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten eso por una verdad absoluta, aunque no lo sea”.

Al finalizar el cuento, pues, Quiroga resume estos aspectos que aún son para él una suerte de aprendizaje:

“Caminaba con la cabeza alta, dejándome ir a ensueños en que Fortunato lograba salir de su escondrijo y me perseguía con iguales asechanzas. . . ( . . . )

Eran las cuatro. En el centro barrían aún las últimas máquinas. Sobre las calles claras la luna muerta descendía. De las casas dormidas quién sabe por qué tiempo, de las ventanas cerradas, caía un vasto silencio. Y continué mi marcha gozando las últimas aventuras con una fruición tal que no sería extraño que yo a mi vez estuviera un poco loco”.

Cuando en 1917 Quiroga publica este nuevo volumen de cuentos ya había incursionado en la novela con un título de escaso aliento, en 1908, “Historia de un amor turbio” y años después “Pasado amor”. “Pero el género en que se descuella Quiroga, por haber sido su forma favorita de expresión y por lo directo y vivo hasta la violencia de su manera de decir las cosas, es la narración breve”. El cuentista también llega a ahogar al novelista; el creador de mundos que debe ser un novelista en el caso de Quiroga se reduce a un genial creador de situaciones.

Con estos cuentos de amor, de locura y de muerte” el autor llega a la cima de su talento y de la síntesis narrativa. Quiroga se ha convertido en un enorme maestro del género; ha hecho de él el vehículo directo de comunicación. Quienes fueron a su vez sus maestros: Poe, Maupassant, Dostoievsky, Chejov, Kipling, Conrad, Wells, son ahora sus competidores, pero en la más leal de las competencias: la que se da por medio del talento y la genialidad.

John Crow (el fino quiroguiano de la Universidad de California), en su ya clásica clasificación de los cuentos del autor encuentra que pueden ser agrupados en tres unidades perfectamente perceptibles:

- a) Cuentos Psicológicos,
- b) Cuentos de animales,
- c) Cuentos misioneros.

Y en este libro se presentan claramente definidas, todas y cada una,

de estas tendencias. Predominan los cuentos misioneros con piezas universalmente válidas como “Los mensú”, “La insolación”, “Yaguai”, “A la deriva”, “El alambre de púas”, y hasta por momentos se entrecruzan el mundo animal con el psíquico. Ejemplos elocuentes son “La gallina degollada”, “Los pescadores de vigas”, “El almohadón de plumas”, para citar sólo una trilogía esencial. Son quince cuentos; cada uno una pieza monolítica de saber estilístico, de hondura sensible donde todas las manifestaciones humanas se desencadenan con un medio expresivo fatalista, misterioso, violento, exótico. Sus personajes son marcadamente trágicos, de vidas amargas y desalentadoras; hipersensibles y esquizofrénicas.

A menudo Quiroga presenta como cinematográficamente cuadros de horror y de crueldad junto a un realismo patético y preciso, con una “penetración honda y trágica del destino humano”. Esto, por ejemplo, se presenta claramente en sus cuentos “La gallina degollada” o “A la deriva”, cuyas sumas de elementos estéticos se dan a través de un tremendo fatalismo.

El clima de sus cuentos es a menudo mórbido y apasionado, pero no obstante el horror es manejado con una difícil y equilibrada sobriedad, porque en verdad Quiroga no dramatiza sus personajes, éstos están ya condenados y él asiste a sus peripecias y padecimientos. Aunque en algunos de sus cuentos, como “El almohadón de plumas” (incluido en su libro de 1917 pero publicado diez años antes por vez primera en las páginas de la revista “Caras y Caretas”), queda latente en el lector la posibilidad de verismo que existe entre los límites de lo ficticio o irreal y la realidad diaria y cotidiana, como apunta el crítico Alfredo Veiravé, en un interesante artículo aparecido en el suplemento de “La Prensa”, de Buenos Aires, el 18 de septiembre de 1966. El destacado crítico argentino reproduce la siguiente nota periodística, que le llega —a su vez— por el poeta chaqueño Aledo Luis Meloni, aparecida en el diario “La Prensa” en su edición del 7 de noviembre de 1880 (dos años después del nacimiento de Horacio Quiroga), con el título “Un caso raro” y que bien pudo haber sido fuente de referencia, más tarde, para el escritor, ya que coincide asombrosamente con el cuento:

“En una niña de seis años, perteneciente a una familia conocida en esta ciudad, se ha palpado antes de ayer un caso raro.

“Hacia algunos meses que a la niña se le veía siempre pálida y cada día más delgada, no obstante sentir buen apetito y alimentarse convenientemente.

“En la creencia de que tuviese alguna enfermedad desconocida, fueron llamados varios médicos para que la reconocieran, pero todos opinaron

de acuerdo en el sentido de que la niña no padecía de ningún mal; sin embargo, aconsejaron a los padres que la llevaran al campo.

“Así lo hicieron.

“A los pocos días de estar la niña en el campo, empezó a engrosar, y una vez restablecida fue traída a la ciudad nuevamente.

“Después de una corta permanencia aquí, comenzó otra vez a adelgazarse, con el asombro de toda la familia, y de los mismos médicos.

“La palidez cadavérica volvió a su rostro, y su espíritu se sumergía en una tristeza inexplicable.

“Antes de ayer, la niña iba a ser llevada por segunda vez al campo. “Por la mañana, la mucama se ocupaba de acomodarle la cama, cuando notó entre el forro de la almohada un movimiento como si un cuerpo se deslizara interiormente.

“Sorprendida por este suceso, llamó a la señora, quien con una tijera cortó el forro de la almohada resueltamente para descifrar el misterio, y retrocedieron aterrorizadas en presencia de su hallazgo, que consistía en un bicho, cuyo nombre ignoramos, color negro y de grandes dimensiones, de forma redonda y con varias largas patas.

“El bicho fue muerto en el acto y del examen que se hizo de él, resultó comprobado que era éste el que absorbía la sangre del cuerpo de la niña”.

El propic Alfredo Veiravé extrae algunas conclusiones que compartimos, en el sentido de que deben descartarse las coincidencias inmediatas, pero abren otros caminos que hacen al estudio de su técnica narrativa, ya que podemos suponer con evidencias que el tema no responde sólo a la imaginación de su creador sino que de alguna manera está en el terreno más cierto de lo acontecido. Por estas razones la nota periodística no puede tenerse en cuenta como un antecedente directo del cuento, pero permite adentrarnos aún más en la estructura de aquél y separar lo ficticio de lo real. Yendo todavía más lejos y suponiendo que ese hecho (un ser humano cuya sangre es consumida por un bicho que lo succiona lentamente, noche a noche, desde su atenta ubicación en un almohadón de plumas) u otro similar, llegó a conocimiento de Quiroga como hace suponer la observación final del cuento, veremos que las modificaciones sustanciales de los protagonistas se mueven, como es lógico, en ámbitos diferentes.

“Más allá” (1935, su decimocuarto y último libro), es también un libro premonitorio. Y volvemos entonces al tema de la premonición, que advertíamos al principio. En estos cuentos predominan la muerte, el misterio, el clima ideal del agonista. Asimismo, en uno de los cuentos más

perfectos escritos en lengua española, que es de este libro, y se titula “El hijo”, Quiroga trasciende lo trágico por medio del amor; de un amor paternal ejemplar y puro; dramático y desgarrador.

El autor juega con los tiempos cronológicos y psíquicos, pero siempre los reconstruye por el doloroso camino del afecto. Este cuento —en definitiva— es una pieza de antología trascendente y constituye, sin duda, un punto de partida esencial para el “Realismo mágico” que, a partir de la década del 40, invade magistralmente la literatura iberoamericana.

Montevideo, setiembre de 1983.

# TEATRO

Pieza de

Luis Gallegos Valdés

Pieza de

Miguelángel Chinchilla

**LUIS GALLEGOS VALDES**

**Crítico y narrador salvadoreño de amplia trayectoria. Su obra fundamental es el “Panorama de la Literatura Salvadoreña”, estudio amplio y serio sobre nuestras letras.**

**MIGUELANGEL CHINCHILLA**

**Joven dramaturgo y poeta salvadoreño. Con la pieza que aquí incluye, obtuvo en Panamá, un importante premio universitario hispanoamericano, en 1980. Trabajó en la Biblioteca Nacional de El Salvador.**

*LUIS GALLEGOS VALDES*

# “BEBE PRECIOSO”

COMEDIETA EN 3 ACTOS

## INTRODUCCION

En la década de los treinta funciona en San Salvador la Escuela de Prácticas Escénicas, de la que fue fundador y director don Gerardo de Nieva, actor español, propietario y director, antes de una compañía teatral que liquidó en El Salvador, parece que por motivos económicos. El entonces Ministerio de Instrucción Pública aprovechó los conocimientos y experiencia de don Gerardo para crear dicha Escuela, que funcionó por más de diez años con bastante éxito. Entre sus alumnos se destacó Julio Antonio Vásquez, al lado de Licia Quijano, Ricardo y Francisco Loucel y otros elementos. Vásquez fue una auténtica vocación para las tablas como lo reconocieron don Francisco Gavidia, José Llerena, Julio E. Avila y otros distinguidos escritores nuestros. Siempre conservó Julio A. Vásquez su amor —y nostalgia— del teatro, y, no cabe duda que, de haberse atrevido a incorporarse a alguna compañía profesional de las que con frecuencia visitaban El Salvador en aquellos años, hubiera conquistado justos lauros en el exterior.

“BEBE PRECIOSO” recoge, creo que con bastante exactitud, la atmósfera de aquella Escuela y los perfiles humanos y artísticos de don Gerardo, de su hermano don Enrique, de Julio Antonio, a quien me unió buena amistad, lo mismo que con don Gerardo, caballero español de pro-

sapia y actor identificado con la tradición dramática de su patria, tan rica y variada.

La revelación de Julio E. Vásquez como actor fue en la comedia de Sem Benelli titulada “La cena de las burlas”, que fue representada, aproximadamente en 1930, en el Teatro Principal, de San Salvador. Tómese mi obrita como un documento de época y un conmovido homenaje a don Gerardo de Nieva y a su admirador y fiel discípulo Julio A. Vásquez.

*L. G. V.*

## ACTO I

En la Escuela de Prácticas Escénicas. Un saloncito con mesita al centro. A lado izquierdo del actor entrada. Al fondo ventanal por el que se ven las plantas de un patio: palmeras, una enredadera. A la derecha un escritorio. Sillas. Una vitrina con libros. Dos o tres cuadros con motivos paisajísticos del país. Retrato de don Gerardo en su mejor época. Don Gerardo sentado al escritorio escribe. Entra Julio.

JULIO.—¡Buenos días don Gerardo!

DON GERARDO.—¡Buenos los tengas, Julio! ¿Cómo te va?

JULIO.—A Dios gracias bien, ¿y usted? Por de pronto le veo muy ocupado; no sé si soy oportuno. . .

DON GERARDO.—Pero hombre, ¡cómo va a ser! Tu presencia siempre me es grata, Julio; tú sabes cuánto te estimo. *(Una pausa)* ¡A ver! ¿qué te trae por acá?

JULIO.—Ante todo, el deseo de saludarlo; y, además, una consulta. *(Don Gerardo se levanta e invita a Julio a sentarse. Ambos se sientan en torno a la mesita del centro del salón)*. Bien. Es el caso que al estudiar mi papel me encuentro con que hay un pasaje que dice. . . *(Sacando el papel de una cartera que lleva bajo el brazo al entrar)* ¡Ah, aquí está! Que dice: “La voz de mi conciencia me repite sin cesar: tú debes amarla,

amarla con ternura exquisita, sin violentar jamás ni con la menor insinuación, una amistad tan delicada que, a la postre, quizás haga nacer un gran amor. . .” Verá usted, don Gerardo: yo no atino a interpretar esas frases, que me parece son la clave de la obra, ¿no es así? Porque él, espíritu exquisito, quiere ir poco a poco insinuándose por medio de finezas, solicitudes, galanterías sutiles.

DON GERARDO.—¿Quieres leerme el pasaje? (*Julio lo lee con voz un tanto engolada, pronunciando a la española las ces y las zetas*) Bien, un momento. Procura dar más naturalidad a lo que dices. ¡A ver otra vez! (*Julio repite la lectura ahora con menos engolamiento, pero se le nota el esfuerzo que hace*) Francamente, don Gerardo, yo creí que esto me iba a salir sin mayor esfuerzo.

DON GERARDO.—No olvides que el teatro demanda siempre un gran esfuerzo, tanto en la dicción como en la interpretación. No te desanimas, hijo. Por lo demás, veo en ti una verdadera promesa. Tú eres quizá el único galán joven con que cuenta la Escuela. Los otros no tienen tus condiciones físicas ni artísticas, aunque no les falta buena voluntad y entusiasmo.

JULIO.—Gracias, don Gerardo. Es usted muy amable. Bien sabe usted cuánto amo las tablas y el sacrificio que hago al estudiar aquí; pero mi vida carecería de sentido sin el teatro. Creo firmemente en mi vocación teatral; creo en usted, maestro mío; creo, en fin, en que, a la larga y gracias a usted, podré llegar a ser algo.

DON GERARDO.—¿Qué duda cabe, Julio! Estudia y persevera y verás cómo en poco tiempo empiezas a imponer tu personalidad como joven actor. La vida artística, máxime en el teatro, requiere continuos sacrificios. Nada se nos da gratis, pues todo debe ser obra de nuestra voluntad acerada.

JULIO.—Es cierto, sin voluntad nada puede hacerse. Es la base del estudio. Yo por eso trato de penetrarme bien de ello, repasando sin canso mi papel. (*Se pone en pie para despedirse. También don Gerardo, que lo acompaña hasta la puerta*).

*Aparece Aguilar por ella.*

DON GERARDO, JULIO y AGUILAR

AGUILAR.—¡Buenos días don Gerardo! ¡Hola Julio!

DON GERARDO.—¡Buenos días Aguilar!

JULIO.—¡Hola!

DON GERARDO.—Julio estaba a punto de despedirse; pero estando vosotros dos juntos, lo mejor será que cambiemos impresiones. (*Consulta el reloj*). Pronto van a ser las doce, ¿por qué no te quedas un rato Julio?

JULIO.—No tengo ningún inconveniente, don Gerardo; pero no sé si el compañero Aguilar querrá tratar algo particular con usted, ¿no es así, Aguilar?

AGUILAR.—Descuida, Julio, sólo quería preguntar algo a don Gerardo sobre mi papel en la obra. Hay algo que no acierto a interpretar. Me parece un poco confuso el texto. (*Saca su papel, revuelve un poco las hojas buscando el pasaje que le interesa*) ¡Ya está! Dice aquí: “La primavera improvisa una canción de amor en tus pupilas; tu juventud ríe en ellas y canta sus notas más apasionadas. . .” etcétera. ¿Qué le parece si lo digo en este tono. . . (*Asume un tono oratorio*) o en este otro. . . (*Baja el tono, haciéndolo más natural*).

DON GERARDO.—Bien, me pareces mucho mejor por supuesto ahora. Ese es el tono. Nada de énfasis, amigo mío. Naturalidad, naturalidad.

AGUILAR.—Lo malo es que al hacer el tono así temo que no se me oirá bien. Siento que pierdo fuerza en la voz.

DON GERARDO.—Nada de eso; al contrario, tu voz es lo suficientemente fuerte como para que se te oiga en todo el teatro si pronuncias bien. Ahí está el busilis; no lo olvides. Es lo que os decía ¿recordáis? el otro día en clase: la elocución clara, distinta, es la base de toda buena pronunciación.

JULIO.—Por cierto, Aguilar, que este era el tropiezo que tuve hace poco yo mismo, pero ya don Gerardo me ha sacado del paso. Sin embargo, estimo que a veces el teatro nos impone la declamación en determinados pasajes, porque de otro modo, ¿cómo va uno a subrayarlos para el público si no es dando a la voz cierto entonamiento, cierta dignidad? El otro extremo me parece también peligroso: por sobra de naturalidad caer en lo vulgar y pedestre.

DON GERARDO.—Dices bien, Julio, pero ten en cuenta que el buen gusto del actor ha de salvarlo de caer en esos dos extremos. Es cuestión, además, de buen sentido. Si dices (*Toma el papel de manos de Aguilar y lee con todo énfasis el pasaje sobre el que éste le acaba de consultar*). “La primavera improvisa una canción de amor en tus pupilas; tu juventud ríe en ellas y canta sus notas más apasionadas. . .” No es lo mismo

eso que esto otro (*Ahora lee con dulce apasionamiento lo mismo*). ¿Verdad que hay una gran diferencia entre una y otra manera de decirlo?

AGUILAR.—Ciertamente. . .

JULIO.—Así es. . .

DON GERARDO.—(*Animado con la aprobación de sus alumnos*). La primera forma es intolerable, fuera de que tergiversa el sentido del texto; en cambio la segunda es la adecuada.

*Entra en este punto ALICIA: alegre y sencillamente vestida, pero con todo el encanto de los dieciocho años.*

### DON GERARDO, AGUILAR Y ALICIA

ALICIA.—“La primavera improvisa una canción de amor en tus pupilas; tu juventud ríe en ellas y canta sus notas más apasionadas. . .” ¡Buenos días don Gerardo! ¡Buenos días compañeros! La vida es bella y canta, ¿no es verdad?

DON GERARDO.—¡Buenos te los dé Dios, Alicia!

JULIO Y AGUILAR.—(*Al mismo tiempo*). Buenos días Alicia.

ALICIA.—Traigo para usted esto, don Gerardo. . . (*Va y se acerca al escritorio de éste donde en el florero pone con delicadeza una rosa*). Acabo de cortarla en el patio, es la más linda y pensé: “Esta para don Gerardo”.

DON GERARDO.—Eres muy amable, Alicia; siempre tan oportuna. Y la verdad que estaba echando de menos algo en mi escritorio, algo que me trajera un poco de optimismo y de belleza; y no podías ser sino tú quien tuviera tan gentil ocurrencia; tú, Alicia, la más joven de todos, en cuyas pupilas la primavera canta sus notas más deliciosas, gracias a tu juventud.

ALICIA.—Gracias, gracias, don Gerardo, por sus palabras, como siempre tan amables.

DON GERARDO.—Para ti las gracias, hija: ¿qué quieres que te diga? Me voy sintiendo viejo, la mayor parte de mis ilusiones me las ha ido arrebatando el tiempo implacable y cruel; he perdido incluso lo que más quería en esta vida como sabéis: no me resta ahora sino conformarme. Si Dios así lo dispuso, sea en buena hora. . . Bien, pero os tengo a vosotros y ya esto es bastante en medio de mi dolor. Vosotros me compensáis; con vuestra alegría y vuestros problemas de jóvenes, de todo lo que

he sufrido en estos últimos meses. . . (*Quédase dolorosamente pensativo con un rictus bien marcado en el ceño*). ¡Ah, y también las compensaciones, las grandes satisfacciones de darme con toda mi alma a mi arte! ¡Si no fuera por esto! . . . (*Oprime las manos en un puño nerviosamente*). ¡Cuánta injusticia, cuánta incomprensión! ¡Señor, Señor! (*Pausa*). (*Don Gerardo se seca con el dorso de una de las manos una lágrima*). Dispensad, me pongo a veces tan apesadumbrado. . . Pero has venido tú, Alicia, y esta rosa roja que adorna mi escritorio, apasionada como tú, como tu juventud triunfante, viene a poner la nota de alegría, de optimismo, a este lugar de mis cogitaciones, de mis dudas y esperanzas, donde he llorado lágrimas de sangre por todo lo que me ha pasado, pero en donde asimismo esas lágrimas han tenido a menudo el dulce sabor de la emoción más pura producida precisamente por vuestra comprensión. Gracias. (*Salen Julio y Aguilar*).

### DON GERARDO Y ALICIA

DON GERARDO.—Se han ido porque no les gusta verme impresionado, sobre todo Julio, que es un muchacho tan sensible.

ALICIA.—Pero me quedo yo para hacerle compañía, aunque sea un ratito.

DON GERARDO.—Y bien, Alicia, ¿cómo va tu papel? ¿Creen que vas ya entrando en la psicología del personaje, esa locuela de Marisela que tanto te entusiasmó desde un principio?

ALICIA.—Sí, maestro, voy poco a poco identificándome con ella. Me siento a veces en casa, en la calle Marisela más que Alicia. Un gesto, además cualquiera me trae de pronto a la realidad. “¡Qué tonta eres!”, me digo entonces, a lo que has llegado, si ya no sabes cuál de las dos eres”.

DON GERARDO.—¡Estupendo! ¡Estupendo! Estás llegando, Alicia, al punto en que el arte se confunde con la realidad, en que el primero deja de ser algo postizo, en que se vuelve sangre de nuestra sangre. Te felicito. De seguir así, te esperan muchos éxitos.

ALICIA.—¡Maestro, maestro mío! Sus palabras me llenan de emoción. Le confieso que no tenía nada que venir a hacer. Curiosa, al ver entrar a Julio y luego a Aguilar, me dije: “¿Qué irán a hacer esos donde el maestro?” Y no pude reprimir esta curiosidad terrible que nos lleva a las mujeres a cometer a veces verdaderas imprudencias. Por eso corté esa rosa del patio, para, con el pretexto de traérsela, pescar algo de lo que mis compañeros se traían.

DON GERARDO.—(*Riendo de buena gana*). Pero hombre, ¡hábrase visto ocurrencia la tuya!

ALICIA.—Ya ve usted cómo somos las mujeres.

DON GERARDO.—Demasiado lo sé, Alicia.

ALICIA.—¿De veras?

DON GERARDO.—De veras. ¿O te creías tú que soy un hombre que ha vivido de espaldas a la vida? No, Alicia; a mí me ha tocado ver mucho mundo. Ante todo, este mundo del teatro, que, de por sí, ya es un mundo complejo, con sus pasiones, sus grandezas, pero también sus pequeñeces miserias. He tenido que luchar a brazo partido dentro de él. Tú no sabes lo que me costó llegar a ser un actor digno de este nombre; lo que tuve que estudiar, sacrificando mi juventud a mi vocación. Después, con mi hermano, vinieron los años de lucha en común por formar una compañía. Nuestras giras por provincias; la vida inminable en hoteles y pensiones, sin lograr nunca tener un hogar, lo que se dice un hogar; una casa puesta, donde te sientes a gusto, rodeado de tus cosas y de tus seres queridos.

ALICIA.—Tiene usted razón en sentir ahora ese vacío de que me habla algunas veces. . .

DON GERARDO.—Sobrada razón, Alicia. Soy un hombre de hogar, lo he sido siempre, y ya ves, ¡he perdido a la mujer que amé! Pero no la culpo a ella. Culpo al mal amigo, a aquel hombre a quien abrí las puertas de mi casa para que me traicionara. ¡Quién se lo iba a imaginar! Pero había en él algo de diabólico. . . (*Al ver a don Gerardo otra vez acercarse al tema que lo obsesiona, Alicia trata de cambiar de plática*).

ALICIA.—Pero bien, maestro, yo me acerqué a su despacho por mera curiosidad; sin motivo alguno, nada más que por averiguar lo que se traían mis compañeros entre manos. Menos mal que se me ocurrió lo de la rosa para salir del paso. Con su permiso, me voy.

DON GERARDO.—(*Suspira*). ¡Ah, si no fuera por vosotros que me hacéis menos doloroso el vivir, yo no sé qué sería de mí! No te imaginas cuánto te agradezco tu presencia. La rosa está muy linda, además. Gracias de nuevo.

ALICIA.—¡Hasta la vista, maestro! (*Sale*).

DON GERARDO.—(*Tristemente*). ¡Hasta la vista! (*Va a sentarse al escritorio*).

## DON GERARDO (solo)

DON GERARDO.—¡Bendito el arte que me hace olvidar! . . . Si bien se mira podría ser más desdichado aún; pero no debo quejarme más. La vida es bella, estoy trabajando en lo mío; un puñado de muchachos y muchachas me rodea, creen en mí, su entusiasmo juvenil me contagia. ¡Adelante, corazón mío, no desmayes! (*Entra Don Enrique. Mayor que Don Gerardo; el cabello blanco, un poco jadeante al hablar*).

## DON GERARDO y DON ENRIQUE

DON ENRIQUE.—¡Salud Gerardo! (*Le ofrece un cigarro puro que se saca del bolsillo del saco*). ¡Vamos, deja de estar tan pensativo! Toma.

DON GERARDO.—Gracias, Enrique, debe de estar bueno ese habano a juzgar por tu semblante.

DON ENRIQUE.—¿Lo ves? Estoy muy contento; vengo de hablar con el Ministro de Instrucción Pública y me ha dicho que el próximo año aumentará la subvención de la Escuela; está, además, interesadísimo en que los alumnos presenten nuevas obras. Me ha hablado con interés de Julio, al que considera una promesa. ¿Qué tal? ¿Te alegras?

DON GERARDO.—¡Claro, hombre, que me alegro! ¡No había de alegrarme! (*Pausa, dando unas chupadas al cigarro*). Han estado por cierto Julio y Aguilar por acá; luego ha venido Alicia, que me ha traído esta rosa. Hablaba yo con ellos acerca de sus papeles. Julio vino a consultarme algo, lo mismo Aguilar. Ciertamente, Julio estudia cada vez con más empeño. De seguir así creo que podremos complacer al señor Ministro.

DON ENRIQUE.—Hay que hacerlo, Gerardo, por el bien de la Escuela y por ti mismo. Debes distraerte y la mejor distracción es el trabajo. Yo, la verdad, me siento cada día más animado por la marcha de la Escuela. Los chicos progresan; la última representación fue todo un éxito; no puedes quejarte esta vez de los periodistas, pues han sabido corresponder a nuestras atenciones. Veo que el Ministro tenía más que razón: a los chicos de la prensa conviene mirarlos de cuando en cuando. Y la fiestecita no resultó mal.

DON GERARDO.—Sí, todo ha estado muy bien. No me quejo, no, de los periodistas. Es más, nunca me imaginé que a Julio le dedicarían tan diversos y buenos comentarios; uno nada menos que del maestro Gavidia. Creo que con tal espaldarazo nuestro chico se ha vuelto loco.

DON ENRIQUE.—¿Ves cómo la vida, tan cruel a veces, otras nos es propicia? Yo creo que tanto tú como Julio habéis experimentado la misma dicha con el artículo del maestro Gavidia. El, que suele frecuentar tan poco el teatro, esta vez asistió con toda la familia. Julio andaba rebo-sando de orgullo y a todos les mostraba el periódico.

DON GERARDO.—No obstante su seriedad, rara para sus años, Julio sale de pronto con cada cosa. . . El otro día me vino con que le gustaría cortejar a la señora de. . . (*Don Gerardo, discreto caballero calla el apellido de la dama aun frente a su hermano*). ¡Figúrate! ¡Julio cortejando a una dama de lo más empingorotado! ¡Bonita se iba a poner la cosa! ¡Con la influencia que se gasta el marido!

DON ENRIQUE.—Sé bien de quién estás hablando, ¡oh discretísimo hermano! Nada menos que el otro día pasó ella frente a la Escuela, y al verla tan elegante y guapa, no pude reprimir mi admiración y le dije un piropo como se lo merece. ¡Faltaba más quedarme viéndola sin proclamar *toto corde* mi admiración!

DON GERARDO.—¡Pues estamos aviados si resultas tú compitiendo con Julio!

DON ENRIQUE.—¡Qué he de competir, a mis años! Pero amo la belleza dondequiera esté, y le alabo el buen gusto a Julio.

DON GERARDO.—Recibe muchas cartas, según dice. No cabe duda: la magia de las tablas; el mundo de la ilusión que se impone a los más empedernidos realistas y que la hace brotar fácilmente en la imaginación femenina.

DON ENRIQUE.—(*Terminando de fumar su habano, apaga la colilla en un cenicero que está sobre la mesita de centro*). Creo que es hora de almorzar y nosotros todavía aquí.

DON GERARDO.—(*Aprestándose para salir, luego de arreglar los papeles de su escritorio y de arreglarse la chalina negra*). ¡Pues a casa rápido que ya es tarde!

TELON.

## ACTO II

En casa de ALICIA. Una sala discretamente arreglada. Un piano a la derecha del actor. Sofá al fondo junto a la ventana. Puerta a la izquierda. En el momento de levantarse el telón, ALICIA deja de tocar el piano, porque ha oído que llaman a la puerta y se levanta para ir a abrir. Es Julio el que llega de visita.

### ALICIA y JULIO

ALICIA.—¡Cuánto gusto de verte, Julio! ¿A qué se debe este milagro? Por fin te decidiste a venir a verme. ¡Las veces que te he invitado a mi casa, y tú siempre prometiéndome venir y nada! Pero veo que eres buen amigo y compañero inmejorable.

JULIO.—Ya ves Alicia cómo los milagros se cumplen. Aquí me tienes dispuesto a conversar contigo, esto si no te molesto. (*Echando una mirada al piano*). A lo mejor he venido a interrumpir el repaso a tu lección de piano.

ALICIA.—Nada de eso, descuida. Sólo me entretenía en tocar algo. A veces se siente una tan aburrida con este calor. (*Se abanica*).

JULIO.—Y a veces se siente uno tan deseoso de comunicar a alguien sus cosas. Tú sabes que soy hombre de pocas amistades. Aunque soy bas-

tante joven no me gusta intimar con cualquiera como veo que hacen algunos compañeros de la Escuela. En cambio, contigo me siento en confianza, porque sé que además de bonita eres una muchacha inteligente, comprensiva.

ALICIA.—Gracias, Julio, por el concepto que de mí tienes.

JULIO.—Lo sé desde un principio, desde que tuve el placer de conocerte: Tú eres una gran muchacha, Alicia, por eso te he elegido entre mis amistades como la primera, la única digna de confianza.

ALICIA.—Esto se pone bueno. . . ¿Qué te trae ahora por aquí, Julio?

JULIO.—Estoy en verdad deseosa de confiarte algo, pero sólo para ti, ¿lo oyes? ¡Cuidado con decírselo a nadie, menos a Don Gerardo! Ya sé que, de un tiempo a esta parte, Don Gerardo es para ti, no sólo el maestro sino el confidente de tus alegrías y de tus cuitas.

ALICIA.—Déjate de exageraciones. . . Vamos al grano y dime lo que tanto al parecer te preocupa.

JULIO.—Alicia: creo que debo dejar el teatro. . .

ALICIA.—¡Jesús! ¿Qué es lo que dices, Julio? ¡Por Dios, no sé si te he oído bien!

JULIO.—Como lo estás oyendo. Después de pensarlo largamente, he decidido decírselo a Don Gerardo.

ALICIA.—Pero hombre de Dios, ¿qué es lo que te está pasando?

JULIO.—A mí, nada; yo sigo siendo el mismo, el mismo con el que hablaste ayer, el mismo de esta mañana, que dijo sus acostumbradas oraciones al levantarse.

ALICIA.—Bueno, bueno, no dudo de eso; pero dices que vas a dejar las tablas, ¿no?

JULIO.—Exacto. Voy a dejar las tablas. No es cosa de hoy sino que vengo madurándola desde hace algún tiempo, desde la última representación, cuando mi triunfo (*Pone mucho énfasis al decir esto último*) en “*La cena de las burlas*”; tú lo sabes tan bien como yo. . .

ALICIA.—Claro que sí, pero explícate más.

JULIO.—Fue como una súbita iluminación en medio de la alegría de aquella noche, rodeado de todos ustedes mis compañeros, felicitado

por los amigos y conocidos, bajo la benévola y comprensiva mirada del maestro, que, después de darme un estrecho abrazo, me dijo estas palabras, sólo estas palabras: “Llegarás hijo”. Es el estímulo más grande que tuve aquella noche tan memorable para mí. Y conste que en ella no todo fue grato, pues hubo sus momentos desagradables como cuando Jacinto se olvidó que la réplica, no una, sino repetidas veces.

ALICIA.—De acuerdo, de acuerdo, Julio; en lo que sí no lo estoy es en tu extraña decisión precisamente cuando Don Gerardo se dispone a montar otra obra.

JULIO.—Esto justamente es lo que me trae aquí. Alicia: yo soy un hombre responsable, tú lo sabes bien; yo soy, sin duda, el más responsable, después de ti, de los alumnos de la Escuela de Prácticas Escénicas, a la que tanto debo gracias a su gran director DON GERARDO, al que todos debemos lo que somos como artistas, puesto que sin su enseñanza, sin la disciplina que ha sabido imponer en la Escuela, nada hubiéramos podido hacer. Tampoco echo en olvido las esperanzas que en mí ha puesto Don Gerardo, ni las que he puesto yo en mi vocación, que la siento única, avasalladora; pero, como te decía, aquella súbita iluminación . . . (*Alicia, interrumpiéndolo*).

ALICIA.—Vas a decirme a mí que ahora, precisamente ahora, cuando esas esperanzas están cifradas en ti, vas tú a defraudarnos a todos: al maestro, al público, a las autoridades de Instrucción Pública y a nosotros. ¡Vamos, vamos, Julio! ¿Te das cuenta de las consecuencias de tu paso? ¡Cuidado con darlo en falso, porque después te sería muy difícil rectificar! (*Pausa*). Piénsalo bien, Julio: tú eres nuestro mejor actor joven, con un futuro prometedor.

JULIO.—Así es; pero hay algo que ninguno de nuestros compañeros comprendería, que acaso sólo Don Gerardo comprendería, a pesar de que mi decisión le afecta a él directamente, y que, desde luego, tú también comprenderás; por eso he venido a ti en busca de consejo.

ALICIA.—Te escucho con ansiedad.

JULIO.—Es cierto, sé que soy el mejor actor, sea dicho sin vanidad alguna, con que cuenta la Escuela de Prácticas Escénicas; sé que Don Gerardo, nuestro querido maestro, tiene puestas en mí todas sus esperanzas, como las tienen mis amigos, como las tiene el público que me ha aplaudido, como tú sabes, frenéticamente en mi papel. En el que parecía yo realmente un bebé por mi rostro en extremo juvenil bajo el maquillaje, un bebé precioso. ¡Ah!, pero hay algo que descubrí, como te decía,

de pronto aquella noche: la vanidad de las tablas. ¡Qué cierto es eso de la mentira del teatro! Todo, desde el decorado hasta las bambalinas, desde la voz que fingimos hasta el gesto que hacen para interpretar a nuestro personaje, es falso, es falso, es falso.

ALICIA.—¡Horror! No blasfemes así del teatro, Julio, que eso sí que no te lo permito.

JULIO.—No estoy blasfemando, tú no sabes lo que es blasfemar, pues eres una muchacha pura; lo que estoy haciendo es ponerte al corriente de mis más íntimos secretos. Y te lo digo con toda sinceridad: Alicia, he tomado esta mañana, solemnemente, la decisión de dejar las tablas para siempre.

ALICIA.—(*Tapándose cómicamente los oídos*). ¡Horror de horrores! ¿Qué es lo que estoy oyendo?

JULIO.—Vamos, déjate de bromas, que estoy hablando en serio, que te estoy hablando de compañero a compañera, con absoluta confianza, con toda sinceridad (*Pausa. Saca el pañuelo y se lo pasa por la frente perlada del sudor que la emoción del trance le ha hecho brotar*). Hablando en serio, pues, te digo Alicia lo siguiente: aquella repentina iluminación creo que fue mi camino de Damasco. Hazte cuenta de que un rey famoso, en medio de un suntuoso banquete, rodeado de ilustres comensales y de cortesanos que lo adulan, se pusiera de pronto en pie y les dijera con la copa en la mano: “Amigos míos, he dispuesto abdicar mi reino en el príncipe para dedicarme a la vida retirada, a fin de buscar a Dios, porque he llegado a la conclusión, tras meditarlo mucho, que la vida no vale lo que la eternidad, y yo tengo vocación de eternidad, porque sé que Dios me creó para ser eterno; pero esto no se me dará sino mediante mi salvación. Y bien veo, ¡oh, amigos míos! que entregado al mundo, rodeado de tentaciones múltiples, asediado por los mil cuidados que atañen a un soberano, agobiado por graves asuntos de estado, el asunto que verdaderamente debe iniciarme, primero que todo, es el de la salvación de mi alma. Por tanto, estoy decidido, amigos, a retirarme del mundo y de sus vanidades para dedicarme a la vida devota, lejos del mundanal ruido como dijo Fray Luis de León, si no estoy equivocado”. (*Hace una pausa. Vuelve a sacarse el pañuelo y a secarse la frente transpirada*). Aplica a mi caso, Alicia, el cuento del soberano que abdicó de su reino por un amor: el amor de Cristo. Tal como lo hizo antaño Carlos V, cuando se retiró al monasterio de Yuste, cuando se hizo meter en un féretro y ordenó que celebraran su entierro para sentirle el sabor a la muerte. ¡Qué grandioso

capricho! Pero es que no se trataba sólo del capricho de un emperador, sino del deseo vehemente de un cristiano de verdad, de un gran cristiano que sabía muy bien que esta vida, con todas sus pompas y triunfos pasajeros, no valía la pena de vivirse sino en función de eternidad; eso, en función de eternidad.

ALICIA.—¡Bravo, bravo! has estado más que elocuente; has estado con-vin-cen-te. No cabe duda que eres buen actor.

JULIO.—¿Ves cómo la razón me asiste? Ante los supremos valores: Dios, la salvación, la eternidad, lo demás ¡psh!, es nada, es nada, es nada.

ALICIA.—Bien, pero permíteme que te pregunte, ¿y qué será de ti una vez hayas dejado las tablas? Admito, es más, respeto tu decisión; pero, y en seguida, ¿qué? No creo que pienses meterte a un convento.

JULIO.—¿Y quién te ha dicho que no he pensado hacerlo? ¡Como si la vida conventual no fucra digna de vivirse! Alicia, escúchame (*se pone de pie mirando hacia la ventana con rostro iluminado como si estuviera mirando algo maravilloso*). ¡Oh, divina locura la de los grandes místicos transidos de amor por Cristo, anhelantes de identificarse con Dios! (*Extendiendo una mano hacia el vacío*). Veo algo allá digno de un alma atormentada como la mía: la suprema tranquilidad de espíritu, el gozo inefable de sentirse cerca de la divinidad, alejado del mundo y de sus vanidades, torpezas, traiciones. ¡El mundo! (*Vuelve a la realidad sentándose de nuevo y dejando un poco el tono declamatorio mientras Alicia lo contempla con sonriente incredulidad*). No sé si te he contado ya, en otra ocasión, que desde niño sentí atracción por la liturgia. Me encantaba oír misa. Mi madre nunca tuvo que regañarme por que dejara de oír misa los domingos. Hubiera querido que toda la semana fuera domingo con tal de ir a misa. Mira hasta dónde llegaba mi entusiasmo por ver al sacerdote moverse con lentitud, revestido y todo, con la casulla del color adecuado: verde, rojo, amarilla, blanca, negra, morada, según el día. Ver al sacerdote moverse pausado de un lado al otro del altar, oficiando la santa misa, diciendo con unción las palabras rituales, leyendo, con no menos unción, las palabras, henchidas de promesa, del Evangelio. ¡Oh, Alicia! mi alma pura de niño se sentía fuertemente atraída por esa ceremonia sacra, y soñaba; soñaba con que un día, a lo mejor, podría hacer otro tanto: elevar la sagrada forma mirando hacia lo alto; elevar el cáliz con el vino consagrado; y después del ofertorio, la comunión, el momento más solemne de la misa: Partir la sagrada forma para comulgar luego de haberse realizado el diario milagro de que el cuerpo y la sangre

de Cristo estén ahí bajo las especies del pan y del vino. ¡Esto es portentoso! ¡Esto es algo que a los hombres debiera postrarles diariamente de rodillas ante el altar de Dios! Pedimos milagros, milagros; los pedimos a la ciencia, al arte y no vemos que la religión, nuestra santa religión, nos ofrece un diario milagro en la transubstanciación.

ALICIA.—Muy edificante y hermoso todo lo que dices, Julio; advierto que conoces bastante el alto significado de la santa misa.

JULIO.—¡Vergüenza me daría de no conocerlo! Es deber de todo buen católico, amiga mía, saber lo que significa, si no vano es llamarnos católicos. Pero, como te iba diciendo, aquella atracción mía por la santa misa, al llegar la adolescencia, se enfrió; olvidé mis inclinaciones infantiles tan elogiadas por mi buena madre y vino un tiempo en que el mundo me atrajo con sus hermosas apariencias. El arte vino en mí a sustituir a la religión, de la que me alejé por un tiempo. Fue aquel período de mi vida en que me hundí en el pecado, en el pecado del deleite y de la sensualidad. ¡Oh, no quiero acordarme! Esa atracción por el vino, por las cortesanas. He tenido que luchar de veras contra esas pasiones, sobre todo contra la primera. El vino, para un artista como yo, es la tentación inmediata. Siempre me acuerdo de aquellos versos de Rubén Darío (*Recitando otra vez de pie*) “Cuando la vio pasar el pobre mozo, los amigos dijéronle: es tu amada, etc., etc.” (*Torna a sentarse*).

ALICIA.—¡Bravo, otra vez bravo! Has estado muy bien. ¡Qué duda cabe! Eres un buen actor; me gustas más, sin embargo en este papel que en el otro, aunque me hayas convencido intelectualmente. Pero convencer intelectualmente no basta: es preciso persuadir, y esto, me parece, que pese a tus dotes de actor, no lo has logrado, al menos de momento.

JULIO.—Déjame continuar. El vino ha sido para mí la tentación mayor. Las noches de estreno he pecado empinando el codo más de lo razonable.

ALICIA.—Pero eso es natural, lo hacen todos los muchachos, máxime los artistas, y, en noches como esas de triunfo, está más que justificada. Lo tuyo es mero escrúpulo de una conciencia demasiado honrada. No quisieras pecar, pero no olvides que eso no puede ser, sólo los santos, y aun éstos han sido, generalmente, antes de convertirse, grandes pecadores.

JULIO.—Es cierto, mas ello no justifica que nosotros pequemos, porque si no, ¿a dónde iríamos a parar? Sería dar pábulo a nuestras pa-

siones, que rugen dentro de nosotros como fieras, a las que hay que hacer callar a latigazos como hace el domador en el circo.

ALICIA.—Podrás hacerlas callar momentáneamente, pero no matarlas.

JULIO.—Esto es lo que yo quisiera: matarlas, matarlas en mí primero, después en los demás para arrebatarme al Demonio sus presas. ¡Este sería mi triunfo verdadero!

ALICIA.—¿De manera que sientes inclinación al sacerdocio?

JULIO.—Nada de eso, no se trata de una simple inclinación como cuando de niño veía con agrado representar al sacerdote —supremo actor— el drama del sacrificio de Cristo Nuestro Señor. No, Alicia, ahora es la vocación verdadera la que me habla y me ordena: ve y despójate de toda vanidad y llama, llama con fe, porque se te oirá.

ALICIA.—¡Julio metido a cura, válgame el cielo! Tú, el chico mundano, el que hasta ayer recibía cartas de admiradoras, quizá de mujeres que, en secreto, quizá no sólo te admiran, sino que también te consideran como un posible amante, ¡vamos, Julio, no me decepciones!

JULIO.—Te repito que es de la vocación auténtica mía de la que te estoy hablando. ¡Mi vocación! Pero entiéndeme: no es que de buenas a primeras quiera hacerme sacerdote, de lo que me siento indigno, sino que de veras me siento llamado a la vida devota; como ves, ésta, está reñida con el teatro. Amo las tablas, me siento más que orgulloso de mis triunfos, pero lo otro está ya ahí desde aquella noche, la del estreno de *La cena de las burlas*. No es nada fácil lo que voy a hacer, lo sé perfectamente. ¡Dejar el teatro, al que amo de veras, con toda mi alma, con el ser entero! Esto es terrible para mí, será más terrible llegado el momento de decírselo al pobre maestro, al que sé bien que voy a causarle una herida muy honda; pero ¡qué se le va a hacer! ¡La suerte está echada!

ALICIA.—Te admiro tanto como hombre de voluntad que como actor.

JULIO.—Eso, la voluntad es precisamente lo que más me ha hecho ejercitar el teatro, el cual, como nos lo ha enseñado Don Gerardo, se basa en la disciplina.

ALICIA.—No sólo en la disciplina, Julio, sino también en el espíritu de cooperación, en el amor, en el amor al arte desde luego.

JULIO.—Lo dicho, Alicia: esta noche hablaré con Don Gerardo. Voy a plantearle mi caso, y yo sé que él, hombre de sentimientos y noblemente delicados, sabrá comprenderme. No diré que apruebe de inmediato mi decisión, pero sí que tendrá la suficiente entereza para aceptar un hecho consumado.

ALICIA.—Sí, él sabrá comprenderte, aunque el golpe que le asestarás . . .

JULIO.—(*Interrumpiéndola vivamente*). Será terrible, lo sé, Alicia, lo sé. Ya me he puesto a pensar antes, y largamente por cierto, en el dilema: dejar la escuela, el teatro, para alejarme del mundo como paso o traicionar la voz que dentro de mí me llama con vehemencia reiterada, previo a una probable entrada en el convento. Porque aún no sé si me aceptarían los Padres. Tú sabes cómo son de exigentes.

ALICIA.—¡Pobre amigo mío! ¿Qué quieres que te diga? Ya te veo en el convento con una escoba en la mano y el cubo en la otra preparándote a hacer la limpieza de los corredores.

JULIO.—No digas tonterías. Esos menesteres quedan para los hermanos; no para los aspirantes.

ALICIA.—No te engañes. Yo he oído decir que las pruebas a que someten a éstos son durísimas, sobre todo al principio. A los Padres les conviene probarte, comprobar si tu vocación es auténtica, si no es un espejismo, un fervor pasajero, una pose más de artista, un papel más que el actor, que en el fondo eres, está dispuesto a representar . . . aunque sea en un convento y sólo para sí.

JULIO.—No esperaba de ti palabras tan duras. Me sorprendes.

ALICIA.—Como amiga y compañera de estudios y de ideales es mi deber decírtelo, aunque la crudeza de mis palabras te hiera. El hijo mimado por unos padres más que bondadosos, el alumno preferido de Don Gerardo, que se mira y se remira en ti, el actor aplaudido por el público, el artista vanidoso, pagado de sí mismo, ¿va, de la noche a la mañana, a cambiar? En fin, el bebé precioso que tú mismo dices que aparecía en *La cena de las burlas*, ¿va a aguantar un régimen áspero, casi carcelario. No, no, no te lo creo, no te lo creo.

TELON.

## ACTO III

Nuevamente en el saloncito, que ya conocemos, de la Escuela de Prácticas Escénicas, ahora en penumbra, porque es de noche.

Don Gerardo sentado al escritorio escribe bajo la luz de la lámpara. Entra Julio con rostro fatigado y ya no luciendo el mismo traje, claro y de corte impecable, sino otro negro y un tanto arrugado. Hay descuido en su figura.

### DON GERARDO y JULIO

JULIO.—(*Se detiene unos instantes antes de saludar a Don Gerardo, a quien se queda contemplando admirativamente*). ¡Buenas, Don Gerardo! (*Este alza la vista sorprendido*).

DON GERARDO.—(*Quitándose los anteojos y refregándose los párpados*). ¡Por Dios, Julio! ¿qué es esto? ¿Tú de vuelta y a estas horas? ¿Qué te ha sucedido? ¡Cuéntame! (*Se levanta a recibir a JULIO; ambos se abrazan y luego se sientan*). Siéntate, muchacho, supongo que ya habrás cenado.

JULIO.—Sí, Don Gerardo, vengo de casa, precisamente de cenar con los míos.

DON GERARDO.—Bien, pero explícate, ¿no estabas en el convento?

**JULIO.**—Hasta ayer. Esta mañana, muy temprano, lo dejé. Es decir, temporalmente, con permiso, a causa de una ligera indisposición física, que, de acuerdo con el médico de la casa, puede tener más adelante alguna consecuencia, y gracias a ella aquí me tiene usted otra vez.

**DON GERARDO.**—Me parece que han sido bastante tolerantes contigo los Padres, porque una simple indisposición de salud no creo que justifica tu salida.

**JULIO.**—Tiene usted razón; pero, después de una entrevista que tuve con el Padre Rector, éste me dijo que, haciendo una excepción conmigo, daría el permiso para que fuera a mi casa, porque me veía realmente cansado, y atendiendo, además, al dictamen del médico; como le decía esto fue ayer.

**DON GERARDO.**—Recibí tu carta días después de tu ingreso en el convento. Muy conmovedora, pero poco convincente.

**JULIO.**—¿Qué quería usted que le dijera? Reafirmaba en ella lo que de palabra ya le había dicho en este mismo lugar.

**DON GERARDO.**—Ciertamente; desde luego yo respeté, desde un principio, tu repentina decisión, aunque bien sabes tú la sorpresa y el dolor que me causaste. Tú, el mejor de mis discípulos, en el que tenía puestas todas mis esperanzas. ¡Fue un día atroz aquél!

**JULIO.**—De nuevo mil perdones, querido maestro. Yo estimo en lo que valen todos sus desvelos por hacer de mí lo que logró en pocos meses. Pero, ya ve usted, frente a una vida como la que se me brindaba, llena de éxitos y de fuertes impresiones, he preferido la otra, la dura vida del convento como aspirante a ingresar en la Compañía de Jesús.

**DON GERARDO.**—Todos te hemos echado mucho de menos durante estos dos meses. Cuando iba por la calle, más de una vez en el día, me detenía algún conocido para preguntarme por ti: “¿qué es de Julio, Don Gerardo? ¿Cuándo vuelve a las tablas?” Nadie se explica tu rara decisión, tomada justamente en el momento en que todo el mundo tenía puesta la vista en tu figura de joven actor, el único galán joven con que contaba la Escuela. ¡Vamos, Julio, que todavía no me pasa! . . .

**JULIO.**—En las horas lentas del convento, sumido en honda meditación en la soledad de mi celda, a altas horas de la noche, he pensado mucho en usted, en don Enrique, en mis compañeros; han vuelto a desfilar por mi mente las horas gratas de mi iniciación como actor, las horas tremendamente emocionantes del primer estreno, de mi salida a escena. Los aplau-

sos del público, las notas y artículos de los diarios, las cartas de las admiradoras, las palabras afectuosas de los amigos, en fin, he vuelto a pensar en mi éxito mundano, a paladearlo, antes de despedirme de él definitivamente.

DON GERARDO.—(*Tristemente pensativo*). Todo eso está muy bien, Julio; pero advierte el duro trance en que me pusiste ante todo frente al Ministro, a quien nada menos en aquellos días le había pedido audiencia para hablarle precisamente de ti, de ver si más adelante se te podía conseguir una beca para ir a España a perfeccionarte en el Conservatorio de Madrid; acaso allí hubieras podido en seguida entrar en una compañía conocida; acaso más tarde, después de los años de prueba indispensables a todo actor de auténtica vocación, hubieras triunfado. En ello he pensado largamente durante este tiempo que has estado ausente, y no acabo de lamentarme de tu actitud, para mí a ratos heroica, de romper con todo para hacerte sacerdote.

JULIO.—Mi actitud, querido maestro, está clara: he decidido dejarlo todo, mis padres, mis hermanos, mi empleo, mi actividad artística por algo que estimo superior. ¿Me comprende usted?

DON GERARDO.—¡Sí te he de comprender, y cómo! De temperamentos como el tuyo, tan sensibles, tan impresionables, todo puede esperarse. Celebro, como amigo, tus altos propósitos; pero, como maestro, no tengo sino que lamentarlo profundamente. Cuando viniste aquí en busca de enseñanza, venías como el sediento; nada parecía suficiente a tu ansia de saber; querías abreviar sin tasa en la fuente del arte dramático y no te dabas punto de reposo en estudiar las materias del programa ni descansabas estudiando los papeles que te escogía. Esto es admirable, Julio, admirable. Pero aquella ansia de conocimientos, aquella fe puesta en mí tu maestro, aquellas ilusiones que te forjabas, me hacían pensar a veces que no eran normales en un joven. No podías menos de pensar a ratos que eras un iluso; pero cuando te veía en escena, me arrepentía de haber pensado así. “No, me decía, Julio sabe lo que quiere, y no creo que me defraude, que todo esto sea mero entusiasmo pasajero. . .”

JULIO.—Tenía usted razón; no era un entusiasmo pasajero; era la vocación que me atraía poderosamente hacia sí. Pero, ya ve usted, aquella noche del estreno de *La cena de las burlas*, en medio de los aplausos, de las luces de las candilejas, del telón que bajaba y subía, de las llamadas del público para que saliera otra vez a escena, sentí algo que aún ahora, al cabo de los meses, no acabo de explicármelo, algo en el fondo terrible por el vacío que de pronto se hizo a mis pies, luego en mí, un

vacío mortalmente angustioso. Las bellas apariencias se vinieron repentinamente abajo y quedé solo, temblorosamente, como si estuviera desnudo ante una mirada penetrante. Fue algo, como le decía, terrible, un ver las cosas con despiadada lucidez. Fue entonces cuando pensé que todo era nada, que lo único importante era salvar mi alma, pues el Diablo me estaba tentando, y, por tanto, tenía que rechazar su ofrecimiento sutilmente engañoso. Eso fue todo, y en cuestión de minutos.

**DON GERARDO.**—¡Oh, Julio, hablas con un fervor de iluminado que me da mucho que pensar! Por lo que veo, el convento no acaba de curar tus entusiasmos de artista.

**JULIO.**—No creo que me cure; eso no; artista seguiré siéndolo hasta morir; se nace artista; pero una cosa es la vocación y otra los altos intereses de la salvación de nuestra alma. Yo sé que de haber seguido por la vía mundana, abierta a todas las incitaciones del espíritu y a las tentaciones de la carne, hubiera parado mal, muy mal. Me sé débil, capaz de caer en el pecado fácilmente. Este orgullo, este orgullo, tenía que aplastarlo de una vez por todas. Y en el convento he sentido que mi orgullo de hombre, que mis vanidades de actor, caían hechos trizas ante la dureza de unas pruebas, que adrede le hacen pasar al aspirante, para que toda falsa vocación se estrelle, desde un principio, como ante un muro muy alto y granítico.

**DON GERARDO.**—Evidentemente tú has tomado ya una decisión. Eres libre de hacerlo. Es más, pienso que, pese al momento para mí inoportuno de tomarla, el momento en que íbamos a comenzar con una nueva obra, tú estabas en tu derecho, en lo particular, de determinarte a algo en serio; tal vez más adelante hubiera sido tarde. . .

**JULIO.**—Tiene usted más que razón: hubiera sido tarde; sencillamente porque, dado mi amor por el teatro, mi fe en su enseñanza, la otra vocación, entonces naciente, hubiera peligrado ante mis dudas y vacilaciones.

**DON GERARDO.**—Sí, tu otra vocación, surgida como una adhesión sentimental a lo mejor; tú eres demasiado emotivo, lo que te hace hombre de prontos, de inesperadas salidas, incluso de caprichos.

**JULIO.**—Un momento, Don Gerardo, que esto no es un capricho ni un pasajero entusiasmo por la vida religiosa.

**DON GERARDO.**—Me temo mucho, y con razón, de que sea el aspecto externo, litúrgico, de la religión el que te haya atraído por encima

de todo. Tú eres un artista, Julio, amas la pompa y la circunstancia, los oros de las casullas, el olor del incienso, los sonos del órgano, la gran “mise en scene” que es el sacrificio de la misa, en el cual el celebrante es un actor. El hombre estético que hay en ti ha predominado sobre el religioso, cuyo fuero íntimo respeto como ninguno, pues que te conozco y sé de la limpieza de tus sentimientos, de tu sinceridad.

JULIO.—Ese es mi conflicto: usted lo ha planteado exactamente.

DON GERARDO.—Me alegro y me entristezco a la vez, como comprenderás; me alegro por el acierto en dar en el clavo; me entristezco porque al hacerlo remuevo otra vez mi dolor de perderte definitivamente para esta Escuela, en la que tengo puesta, como tú bien sabes, la razón de mi existir, la que alimenta la única ilusión que me queda: el amor al teatro.

JULIO.—El amor al teatro, la primera de mis ilusiones de joven, quizá la última . . .

DON GERARDO.—Sólo una esperanza, sin embargo, me queda ante lo inevitable: que te arrepientas a última hora . . .

JULIO.—¡Imposible! ¡La suerte está echada! No olvide que soy hombre de carácter. Durante las largas semanas que he pasado allá en el convento he meditado larga y hondamente en mi problema. He pesado, como en una balanza de precisión, el pro y el contra, las conveniencias e inconveniencias incluso. Todo está a favor del claustro, aunque tenga que sangrar con el cilicio el día entero.

DON GERARDO.—Si tienes que recurrir tan pronto a torturarte tú mismo, es que dudas, vacilas, no estás seguro. No olvides que todavía eres sólo un aspirante . . .

JULIO.—Pero un aspirante que aspira a mucho.

DON GERARDO.—No dudo de la autenticidad de tu nueva vocación; pero, ¿y los estudios? Una vez pasado el período de aspirante, tendrás que enfrentarte con los estudios: son por lo menos diez largos años. La “ratio studiorum” de los jesuitas es rigurosa. Latín, filosofía, teología. ¿Podrás superar esta otra dificultad? Y no olvides que serás sometido a una observación incesante durante todo ese tiempo. Si fallas en los estudios, te quedarás de simple hermano . . . o te dedicarán a “mártir de la China” . . .

JULIO.—¿Quiere usted decir que me considerarán un incapaz? ¡No importa al final a lo que me dediquen! Sé muy bien que si en lo intelectual

fracaso, la Compañía tiene no pocas actividades en qué aprovechar mi vocación.

DON GERARDO.—Por lo que escucho tú has llegado, tras madura reflexión a jugarte el todo por el todo. No te amilanan ni las duras pruebas del principio ni las posteriores no menos severas. ¡La llamada es cierta!

JULIO.—He leído y sobre todo meditado mucho el Evangelio. Me ha impresionado mucho la Parábola de los obreros (San Mateo, cap. 20) . . . “los postreros serán los primeros”. No le importa al dueño de la viña pagar más a los trabajadores de la hora undécima. Yo me siento ser uno de estos trabajadores. Todavía es tiempo, me digo a menudo, para que el dueño de la viña te reciba; y en fin, más vale tarde que nunca, sobre todo si el llamado ya se me hizo.

DON GERARDO.—Es triste y hermoso a la par meditar en todo esto, en las palabras del Señor y en tu resolución.

JULIO.—Todo seguirá igual, Don Gerardo, entre nosotros. El respeto y la admiración seguirán siendo de mi parte los mismos, y también el cariño.

DON GERARDO.—Sobre todo el cariño que sea siempre el mismo.

JULIO.—Se lo prometo solemnemente. (*En este momento se presenta Don Enrique, con su puro en la mano al que da de cuando en cuando intensas chupadas*).

### DON GERARDO, JULIO y DON ENRIQUE

DON ENRIQUE.—¡Hola Julio! Al fin apareciste. ¡Cuánto te hemos echado de menos por acá. (*Julio se vuelve y se levanta a abrazarlo*).

JULIO.—¡Querido Don Enrique, venga un abrazo!

DON ENRIQUE.—(*Abrazándolo también*). ¡Venga! (*En seguida toman asiento los tres*). ¿De modo que te has salido a darte una vueltecita para ver los amigos? ¡Ojalá sea la vuelta del humo, el mutis definitivo! ¡El convento no es para ti! ¿De dónde sacaste que tenías vocación religiosa?

JULIO.—No, Don Enrique, ha sido cuestión de salud lo que me ha

obligado a pedir un permiso por un par de semanas. Sigo inquebrantable en mi decisión. Desde luego yo también los he echado mucho de menos.

**DON ENRIQUE.**—Bien, muchacho, bien. ¡Eres todo un caso! ¿Salir con ésta cuando todos te creíamos puesto ya en el disparadero del teatro? No acabo de entenderlo.

**JULIO.**—Ya le he explicado a Don Gerardo los motivos de mi decisión.

**DON ENRIQUE.**—También a Alicia se los explicaste, menos a mí.

**JULIO.**—Es cierto. Ustedes saben cuánto aprecio a Alicia, a la que considero la mejor de mis compañeros en la Escuela.

**DON ENRIQUE.**—La has defraudado a ella tanto como a Gerardo y a mí. ¡Ingrato! Ella te quiere tanto. . .

**JULIO.**—No en la forma mundana como usted se imagina, Don Enrique.

**DON ENRIQUE.**—Pero, en todo caso, te quiere, y esto es lo que cuenta. Lo demás son tortas y pan pintado como dice el vulgo.

**JULIO.**—Fui a ver a Alicia porque consideraba esto un mínimo deber de compañerismo, nada más.

**DON ENRIQUE.**—Sé que a ella no le hizo ninguna gracia el que te metas a cura. Tú, el chico apuesto, el galán joven, el triunfador, el mimado del público y la Prensa, el bebé precioso, ¡vamos hombre! . . .

**DON GERARDO.**—Enrique, por favor, que ofendes a Julio. Ya no es cosa de broma, desafortunadamente, lo suyo. Julio ha tomado una decisión, y cuando un hombre como él toma una decisión, parece que la cosa va en serio.

**DON ENRIQUE.**—¿De veras, Julio?

**JULIO.**—De veras, Don Enrique. Usted me conoce. Yo soy hombre rectilíneo.

**DON ENRIQUE.**—Lo sé, muchacho, lo sé, contigo no hay bromas. Pero, ¿qué impresiones traes de esta experiencia de dos meses en el convento? No me dirás que te han puesto ya a estudiar a Santo Tomás de Aquino. Porque, a los aspirantes, según tengo entendido, primero los

hacen fregar los pisos y hacer otros menesteres, no menos rudos, para probarlos. Igual que como los soldados en el cuartel.

JULIO.—No negaré a usted que eso es cierto. Ha sido una experiencia harto dura, pero creo que apechugaré con ella y con lo que viene.

DON ENRIQUE.—¿Has visto a Alicia?

JULIO.—No, ni pienso verla ya. Creo que he de procurar no relacionarme con mis compañeros, menos con mis compañeras. . . Usted sabe, el Diablo nunca deja de maquinarse. ¿Para qué buscar la tentación, que, como dice Cristo, el que la busca perecerá en ella?

DON ENRIQUE.—Pero hombre, siquiera un saludo.

JULIO.—Nada, Don Enrique, ni siquiera un saludo. Mis compañeros representan toda una etapa importante de mi vida, una etapa, que como ustedes saben muy bien, pudo haber sido decisiva. ¡Soñé tanto con el teatro! ¡Me hizo éste soñar tanto! Pero hay más altos intereses en la vida de un hombre que piensa en función de eternidad, y comparando los intereses artísticos, por hermosos que sean, con los intereses del alma, no cabe dudar en este caso.

DON ENRIQUE.—¡Y si supieras que cuando hay una verdadera vocación artística, también en ella puede servirse a Dios perfectamente!

JULIO.—No lo dudo, pero esto será en raros y contados casos.

DON ENRIQUE.—Tú eres uno de ellos.

JULIO.—Pero soy también uno de los llamados por el dueño de la viña, aunque sea en la hora postrera.

DON ENRIQUE.—¡La parábola de los obreros! San Mateo, capítulo. . . (*Vacila*).

JULIO.—Capítulo veinte.

DON ENRIQUE.—Así es. ¡Como no resultes a última hora siendo el hijo pródigo de la Escuela, de lo cual nos alegraríamos todos!

DON GERARDO.—(*Muy serio*). Enrique, te repito, no es cosa de broma; Julio habla en serio. Su vuelta del convento ha sido por motivos de salud, no por otra cosa; dentro de poco volverá a él, lo cual no acabo de lamentar; pero ¡qué le vamos a hacer! Es cosa hecha.

**DON ENRIQUE.**—Entonces, hijo mío, que Dios te dé paciencia porque no es grano de anís lo que ahora emprendes. Si el teatro es una dura disciplina, ¡imagino lo que será la vida religiosa! Sobre todo con los jesuitas, a los que aún anima el espíritu duro de aquel soldado que fue San Ignacio de Loyola, un español de la época, dispuesto a sacar a la Iglesia del atolladero del protestantismo.

**JULIO.**—Pues dentro de esa Compañía, creada por aquel soldado férreo y asceta, he de vivir; al menos así lo espero.

**DON ENRIQUE.**—¡Que Dios te bendiga!

**DON GERARDO.**—Admirable, admirable . . . y que todo sea para bien, “ad majorem Dei gloriam” como reza el emblema de los jesuitas. Hemos soñado mi hermano y yo en hacer un actor; en él pusimos nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra voluntad. Pero ahora veo la compensación de todo nuestro esfuerzo: hemos forjado una voluntad, la que hemos dotado de alas para que vuele hacia lo alto, siempre hacia lo alto. ¿Verdad, Julio?

**JULIO.**—(*Levantándose y secándose la frente perlada de sudor*). “*Ad astra per aspera*”, como dice mi padre espiritual . . .

**DON GERARDO.**—¡Muy bien dicho, caro discípulo mío!

TELON



Miguelángel Chinchilla

# L A S A B E J A S

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICION:

ZANGANO

HUMANO

REINA

NODRIZA

SOLDADO 1

SOLDADO 2

117

## CUADRO PRIMERO (EN UNA COLMENA)

ZANGANO.—¿Cuál es tu nombre, Humano?

HUMANO.—Teniente de infantería Luis Alfaro número 01575-AI.

ZANGANO.—¿Sabes dónde estás?

HUMANO.—Por las apariencias, tal parece que dentro de una colmena.

ZANGANO.—¿Cuál es tu oficio entre los humanos?

HUMANO.—Teniente de infantería Luis Alfaro número 01575-AI.

ZANGANO.—¿Y qué hace un teniente?

HUMANO.—Es un profesional de la guerra.

ZANGANO.—¿Y tú, crees que las guerras son necesarias?

HUMANO.—Sí.

ZANGANO.—¿Por qué?

HUMANO.—La historia se mide en unidades de guerra... El hombre es guerrero por naturaleza, no conoce otra forma de arreglar sus diferendos.

ZANGANO.—Humano, ¿sabes la razón por la que estás aquí?

HUMANO.—No. Sólo recuerdo una explosión. Sentí como si me había desintegrado en un millón de pedazos. . .

ZANGANO.—¿Nada más?

HUMANO.—Intuyo que fue combatiendo; pero no logro enfilar mis recuerdos.

ZANGANO.—Pero tu nombre, número y rango lo recuerdas, ¿por qué?

HUMANO.—Porque es lo único que debe recordar un soldado.

ZANGANO.—Entonces, con un poco de esfuerzo podría recordarlo todo. . .

HUMANO.—Ni lo intente. Estoy capacitado para soportar las más inimaginables torturas y morir, con mis recuerdos lapidados. (*Pausa*).

ZANGANO.—¿Quién gana las guerras, Humano? . . .

HUMANO.—Los más fuertes; los más sagaces; los más inteligentes, los mejores.

ZANGANO.—Explícame Humano, ¿cómo nace una guerra?

HUMANO.—Cuando unos dicen no y otros dicen sí, es necesario imponer la verdad a cañonazo limpio.

ZANGANO.—¿La verdad, qué es la verdad?

HUMANO.—Para un soldado la verdad es la guerra.

ZANGANO.—Dime Humano, ¿crees que existiría un día en que las guerras no sean necesarias?

HUMANO.—Dios quiera que no. ¿Qué país entonces necesitaría ejército? . . . Sería fatal para nosotros los soldados.

ZANGANO.—¿Y de las abejas, qué sabes Humano?

HUMANO.—En la escuela me enseñaron que fabrican miel.

ZANGANO.—¿Te gusta la miel de abeja?

HUMANO.—¡Claro!

ZANGANO.—Desde luego has de saber, que la miel es un proceso que sin las flores sería imposible. . .

HUMANO.—Ajá, eso también lo decía la maestra.

ZANGANO.—Entonces te pregunto Humano, ¿será justo que ustedes los llamados reyes de la creación, destruyan con sus guerras a las flores que son nuestros pozos de vida?

HUMANO.—Vamos, pero tienen que comprender que no sólo las flores mueren. Mueren también los hombres. Chorros de hombres destripados caen sobre los campos de batalla.

ZANGANO.—¿Y las abejas, por qué también tenemos que beber de vuestra sangre? . . . ustedes los humanos son la maldición del planeta. Destruyen más de lo que construyen.

(PAUSA).

ZANGANO.—¿Tienes mujer, Humano?

HUMANO.—Teniente de infantería Luis Alfaro, número 01575-AI.

ZANGANO.—¿Amas a tus hijos, Humano?

HUMANO.—Teniente de infantería Luis Alfaro, número 01575-AI.

ZANGANO.—¿Y cuando eras niño, cómo te gustaba más la miel de abeja, con pan o con guineo?

HUMANO.—Teniente de infantería Luis Alfaro, número 01575-AI.

ZANGANO.—¿Por qué te gusta destruir las flores, Humano?

HUMANO.—Teniente de infantería Luis Alfaro, número 01575-AI.

(Aquí la luz que ha venido descendiendo lentamente llega a la negrura total).

## CUADRO SEGUNDO

(PRIMER MINISTRO ZANGANO INFORMA A LA REINA)

REINA.—¿Has interrogado al Humano, Primer Ministro Zángano?

ZANGANO.—Sí. Esta mañana, y no parece tan sorprendido de estar prisionero en un panal. . .

REINA.—¿Es inteligente? . . .

ZANGANO.—Digamos que tiene astucia. Después de todo es un soldado acostumbrado a la ofensiva-defensiva.

REINA.—¿Pudo recordar algo?

ZANGANO.—Presiento que sí, pero lo esconde como si fuera secreto de guerra.

REINA.—A lo mejor es muy doloroso para él y por eso no desea recordar. . .

ZANGANO.—Pudiera ser. . .

REINA.—¿Qué has pensado que se debe hacer?

ZANGANO.—Debemos deshacernos del Humano.

REINA.—¿Por qué?

ZANGANO.—Podría darte quinientas mil razones, pero te diré una sola: los humanos viven mucho tiempo.

REINA.—Quizá pudiésemos domesticarlo para tenerlo al servicio vitalicio de la colmena.

ZANGANO.—Es descabellada la idea. Además, es el Consejo de zánganos quien pide su exterminio.

REINA.—¡Ah; o sea que ya habías tomado decisión por vuestra cuenta . . . sin consultarme.

ZANGANO.—Simplemente hemos abreviado la burocracia.

REINA.—¿Es que se están olvidando de quién es aquí la reina?

ZANGANO.—Mira, no te pongas histérica . . . La decisión del Consejo es la más acertada. Quisiera que tuvieras presentes nuestros conflictos con las colmenas del norte.

REINA.—Pero ese asunto está más que entendido. Conquistaremos las colmenas del norte, ¿no es así?

ZANGANO.—Sí, ¿pero por qué nos hemos visto en la necesidad de imitar a los humanos, haciendo la guerra a los colmenares de avispa y abejorros del norte?

REINA.—Por las flores . . . necesitamos flores para subsistir . . .

ZANGANO.—¿Y quién extermina las flores? . . .

REINA.—Pero eso es allá afuera . . . a este Humano lo poseemos aquí dentro, es como nuestro esclavo.

ZANGANO.—Sí; ¿pero por qué nos hemos visto en la necesidad de imitar a los humanos, haciendo la guerra a los colmenares de avispa y abejorros del norte?

REINA.—¿Y quién extermina las flores? . . .

REINA.—Pero eso es allá afuera . . . a este humano lo poseemos aquí dentro, es como nuestro esclavo.

ZANGANO.—Los humanos son lo mismo en todas partes. Son animales de circunstancias y sobre todo este teniente, que está programado para matar.

REINA.—¡Ya sé!, lo utilizaremos para entrenar a nuestros legionarios . . . debemos aprovecharnos de alguna manera, ¿no?

ZANGANO.—Los guías de nuestro ejército son lo suficientemente capaces como para no necesitar la asesoría de un humano.

REINA.—Lo malo en ti, es que eres demasiado orgulloso.

ZANGANO.—En todo caso, no es mi orgullo particular el que defiendo, sino, el de todos los zánganos y obreras de la colmena.

REINA.—Pero si tú dices que son los guerreros humanos los culpables de nuestros conflictos, justo es que en alguna medida colaboren a reparar el daño que nos han causado. . .

ZANGANO.—De acuerdo, y fíjate qué bonito sería: la piel nos podría servir para retechar nuestra colmena; los huesos para construir modernos almacenamientos de miel y cera; la sangre la utilizaríamos para experimentar con otro tipo de miel; la carne para abonar nuestros jardines. . .

REINA.—(*Interrumpiendo a Primer Ministro Zángano*). Criticas a los hombres y eres igual o peor que ellos. ¿Cómo puedes pensar en destazar al humano así no más porque sí? —el humano es valiosísimo; con él y su inteligencia podemos conquistar todos los colmenares del mundo. . . ¿Entiendes? . . . seríamos poderosos.

ZANGANO.—Tal parece que a ti lo único que te importa es el poder a costa de cualquier consecuencia. . .

REINA.—Siempre ha sido así, y tú lo sabes. Además, ustedes los zánganos tienen la obligación de obedecer a su reina. . . recuerden que la zanganería necesita sus pildoritas de amor, y solamente yo puedo dárselas. . .

ZANGANO.—De eso te vales para subyugarnos, malvada Reina —pero recuerda que yo conozco un tu secreto. . . aquel de las larvas asesinadas. . .

REINA.—Calla, Primer Ministro Zángano. . . alguien puede escucharte. No olvides que fuiste cómplice en ese asunto y que buena cantidad de cera saliste ganando.

ZANGANO.—Es que mi obligación como zángano, es obedecer a mi reina en toda circunstancia; y precisamente fue lo que hice cuando colaboré contigo en la muerte de aquellas larvas.

REINA.—Eres un perro desgraciado, pero eso no lo podríamos evitar ni que nacieras de nuevo. Estoy. . .

ZANGANO.—(*Interrumpiendo a la Reina*). Y si por acaso se asomara alguna idea malévolá por tu cerebro, toda esa historia de larvas asesinadas y fraudes y cera compartida, está escrita en un lugar de la colmena que sólo yo y otra abeja conocemos . . .

REINA.—Mira, Primer Ministro Zángano, no deseo seguir discutiendo, me ha dado jaqueca y sólo quiero decirte que he decidido que el humano se queda, no importa lo que el Consejo y tú, piensen . . . retírate.

ZANGANO.—(*Se va*). Te buscarás problemas Reina . . . serios problemas . . . ya verás . . . (*La luz desaparece*).

## CUADRO TERCERO

(EL JEFE ZANGANO LEE, LLEGA LA ABEJA NODRIZA)

NODRIZA.—Jefe Zángano, jefecito . . . le traigo un notición . . .

ZANGANO.—A ver Nodriza, ¿de qué se trata?

NODRIZA.—Agárrese . . . acaba de nacer una larva reina . . .

ZANGANO.—¿Estás completamente segura?

NODRIZA.—¿Cómo no? —ese es mi oficio . . .

ZANGANO.—(*Aparte*). Oh, Dios mío . . . gracias . . . este era el milagro que esperaba. (*A la Nodriza*). Supongo que nadie más conoce la buena nueva . . .

NODRIZA.—Pues, usted ha sido el segundo en saberlo . . .

ZANGANO.—¿Cómo? . . .

NODRIZA.— . . . La primera fui yo.

ZANGANO.—Ah, bueno; pero debemos actuar sigilosamente . . . llévala a la celda siete . . .

NODRIZA.—Ya lo hice . . .

ZANGANO.—Nodriza, eres maravillosa mi vieja obrera. ¿Qué sería de mí sin ti?

NODRIZA.—No es para tanto jefecito, solamente colaboro lo mejor que puedo.

ZANGANO.—Bien, ahora hay que escoger a las abejas que acompañarán en el exilio a la Reina actual . . .

NODRIZA.—Pues, sin ánimo de caer pesada . . . también ya están incluidas en el equipaje, jefecito Zángano . . .

ZANGANO.—Oh, querida Nodriza, ¿por qué la naturaleza te habrá inventado sin sexo?

NODRIZA.—Así es Dios, jefecito . . .

ZANGANO.—Entonces, ¿sólo es cuestión de esperar?

NODRIZA.—Claro de luna.

ZANGANO.—(*Aparte*). Los derechos heminópteros van a cumplirse. Basta de sabotajes. (*Pausa*). Sé que yo también voy a morir, mas moriré vistiendo las alas de abeja decente. En algún momento me mordió el germen del poder; pero qué es el poder sino una nube efímera que se desliza entre los dedos, pasajera, como la vida misma. (*A la Nodriza*). Querida y fiel Nodriza, se acerca el momento en que nuestra colmena sufrirá un leve cambio de personajes, debemos estar preparados . . .

NODRIZA.—Yo ya lo estoy, ¿y usted jefecito? . . .

ZANGANO.—(*Al público*), debí suponerlo. (*La luz huye por el lado más oscuro*).

## CUADRO CUARTO

(REINA PLATICA CON EL HUMANO)

REINA.—Te propongo Humano, un plan. Te nombro segundo comandante en jefe de mis legiones, si me das tu palabra de serme fiel por sobre todas las cosas. Tendrás poder y toda la miel del mundo te embadurnará los pies . . .

HUMANO.—No puedo aceptar— ¿cómo?, ¿qué no ves?; yo soy un hombre y ustedes son abejas.

REINA.—¿Y eso qué?

HUMANO.—Es imposible que cohabite con abejas, avispas, hormigas o termes de cualquier especie. Mi lugar es entre los hombres, porque soy un animal humano.

REINA.—Ustedes los humanos son dañinos. Arrastran siglos de venir intoxicando nuestro planeta . . .

HUMANO.—¿Y eso supongo, lo van a remediar ustedes conmigo a la cabeza de sus cohortes? . . .

REINA.—No precisamente. Pero fíjate: sus constantes guerras han

causado epidemias, pestes y otros muchos males que tú, como soldado profesional conoces. Eso desde luego, ha ocasionado también la muerte de las flores que endulzan y adornan el planeta; y sin flores los heminópteros o por lo menos algunos, no podríamos subsistir. Entonces, este colmenar se ve en la necesidad de salir a conquistar todos los jardines, prados y volcanes del norte, porque si no lo hiciéramos así, correríamos el riesgo de ser nosotras las conquistadas. (*Aparte*). Estamos obligados a romper las leyes naturales. . . a matarnos entre nosotros mismos, y todo por culpa del hombre inteligente.

HUMANO.—¿Y yo, qué papel juego en esas conquistas?

REINA.—Tú las dirigirás. Es necesario que conozcas nuestra armería y te reúnas con los oficiales para. . .

HUMANO.—(*Interrumpiendo a la Reina*). Un momento. . . yo no he aceptado todavía.

REINA.—Es que no te queda otra alternativa Humano. Míralo así: tú conquistas para nosotras las zonas heminópteras del norte y como eso es cuestión de meses, pronto quedarás libre —¿fácil, verdad? (*Aparte*). Pero, ¿cómo puede ser que a mí me suceda esto? . . .

REINA.—¿Por qué te niegas, Humano?

HUMANO.—No me niego, me confundo.

REINA.—He de comunicarte algo más. El Consejo de zánganos ha solicitado tu exterminio. Pero como yo soy la Reina y aquí se hace lo que yo digo, te respetarán la vida a costa de la suya.

HUMANO.—¿Y eso, quién me lo garantiza?

REINA.—Mi poder. . . pero si al contrario tú no aceptaras mi proposición, personalmente daré la orden de tu muerte. (*Pausa*).

HUMANO.—¿Cuánto tiempo le han calculado a la empresa?

REINA.—Seis meses, pero pienso que con tu ayuda lo podríamos lograr en la mitad.

HUMANO.—¿O sea, que dentro de tres meses regresaré a mi mundo?

REINA.—Aproximadamente. . . mientras tanto, podrías practicar nuestra manera de hacer el amor que se diferencia mucho con la de ustedes. . .

HUMANO.—Me lo imagino . . . (*En esto, un rumor fuera de la celda ha comenzado a crecer*).

RUMOR.—¡Viva la nueva reina, que se vaya la vieja! ¡Que se vaya la vieja, viva la nueva reina! ¡Viva la nueva reina, que se vaya la vieja! ¡Que se vaya la vieja, viva la nueva reina!

REINA.—Es imposible . . . ¿pero cómo? . . . ¿una nueva reina? . . . ¡oh, no! . . . (*Se ampara en el Humano*). Protégeme Humano, quieren quitarme mi colmena, quieren echarme de mi casa . . .

HUMANO.—No te preocupes, nadie te tocará mientras estés a mi lado . . . (*Y un colmenamato destruye en ese momento la escena que queda oscura*).

REINA.—¡Ay!

HUMANO.—Corramos hacia la ¡up!

RUMOR.—¡Viva la nueva reina!

## CUADRO QUINTO

*(En la obscuridad se escucha un combate: las hambrientas metral-las de infantería ladran furiosas y los truenos de artillería deshacen los oídos. Vuelve luz. Un puesto de vigilancia. Dos soldados).*

SOLDADO 1.— . . . ¿y vos, vas a seguir siendo soldado?

SOLDADO 2.—Depende . . .

SOLDADO 1.—¿De qué? . . .

SOLDADO 2.—Seguramente habrá ascensos. A lo mejor me hacen cabo . . .

SOLDADO 1.—¿Te gusta ser soldado?

SOLDADO 2.—Pues mirá, no es que me guste; pero yo digo que después de una guerra es jodido conseguir dinero, y por lo menos en el ejército no me hará tanta falta como a los civiles.

SOLDADO 1.—¿Cómo te decidiste a pelear?

SOLDADO 2.—Cuando la cosa se puso jodida, yo ya casi me andaba escapando al extranjero, algo que como ves no sucedió así: Entonces, me puse la mano en la conciencia y me pregunté: ¿Con quién te querés

ir, con San José o con la Virgen? . . . Y aquí me tenés, haciéndola de soldado.

SOLDADO 1.—¿Y antes de la guerra, qué hacías?

SOLDADO 2.—Era carterista.

SOLDADO 1.—¿Un ladrón?

SOLDADO 2.—Y a mucha honra. Pertenecía al grupo de los nueve.

SOLDADO 1.—¿Grupo de los nueve, alguna banda?

SOLDADO 2.—Me extraña que nunca hayás escuchado hablar de nosotros. El grupo de los nueve nos llamaban, no porque nos ganáramos la vida en conjunto, sino, porque éramos los únicos nueve ladrones que habíamos sobrevivido a la purga del gobierno, y que pese a todo, seguíamos activos.

SOLDADO 1.—¿Y ahora, vas a dejar de ser ladrón para quedarte en el ejército? . . .

SOLDADO 2.—Ya te dije, por lo menos algún tiempo. A ver si es cierto lo que dicen los meros, meros . . . ¿y vos, te vas a quedar o qué?

SOLDADO 1.—No podría hacerlo. Yo no soy para esta vida.

SOLDADO 2.—Y entonces, ¿por qué peleaste?

SOLDADO 1.—Por convicción.

SOLDADO 2.—Ah, por patriotismo.

SOLDADO 1.—No. Por convicción humana. (*Pausa*).

SOLDADO 2.—¿Cuál era tu oficio antes de la guerra?

SOLDADO 1.—Era poeta.

SOLDADO 2.—¿Poeta? . . . ¿Y de eso se gana bastante?

SOLDADO 1.—Supongo que sí, los escritores famosos venden sus libros como pan caliente.

SOLDADO 2.—¿Y vos, tenés fama?

SOLDADO 1.—No, porque mis libros no se conocen.

SOLDADO 2.—¿Has escrito muchos libros?

SOLDADO 1.—Ninguno.

SOLDADO 2.—¿Entonces, cómo quieres llegar a ser famoso?

SOLDADO 1.—Yo no quiero ser famoso. Sólo quiero ser poeta.

SOLDADO 2.—No te entiendo. . .

SOLDADO 1.—No importa. Estoy acostumbrado a que nadie me entienda.

SOLDADO 2.—¿Y de qué vas a comer. . . de ser poeta no famoso? . . .

SOLDADO 1.—Creo que has oído la historia esa del teniente enemigo que se lo comieron las abejas ¿verdad? . . .

SOLDADO 2.—Algo. . . dicen que era espantoso el esqueleto sanguinolento y mieloso inundado de moscas. . .

SOLDADO 1.—Pues voy a escribir una novela acerca de ese fabuloso hecho, y la voy a vender por entregas a todos los periódicos que me la quieran comprar, ¿qué te parece? . . .

SOLDADO 2.—¿De modo que también escribís novelas? . . .

SOLDADO 1.—Nunca lo he hecho. La historia del teniente será la primera.

SOLDADO 2.—¿Y crees que te salga? . . .

SOLDADO 1.—Claro, solamente es cosa de imaginación, paciencia y disciplina.

SOLDADO 2.—¿Entonces, después de que escribás tu novela vas a ser famoso?

SOLDADO 1.—Yo no. El famoso será el teniente ese. Me conformo con ganar unos cuantos billetes, nada más.

SOLDADO 2.—¡Ah! (*Los reflectores empiezan a desalumbrar y se escucha en el fondo un redoblante marcial*).

SOLDADO 1.—¿Qué hora es?

SOLDADO 2.—Cuarto a las ocho. . .

SOLDADO 1.—Hora del relevo; y hablando del rey de Roma, precisamente allí vienen Bojórquez y García. . .

SOLDADO 2.—Menos mal, porque ya tengo hambre.

SOLDADO 1.—Yo también. (*En la obscuridad al son de un dos, se cierra el telón*).

FIN.



# ESTUDIO

de

Francisco L. Peccorini

**FRANCISCO L. PECCORINI**

**Filósofo salvadoreño de primera categoría. Actualmente enseña en la Universidad del Estado de California, Estados Unidos, en Long Beach.**

## IMPACIENCIAS PLATONICAS EN UN MUNDO “LIBERTARIO”.

La historia tiene sus ironías. Bernard Henri Lévy —un filósofo francés, de extracción judía y jefe del grupo de pensadores de la generación del 68, que se desengañó de la barbarie del Comunismo Moscovita sin por ello llegar a abrazar el Capitalismo de las Democracias Liberales—, aboga abiertamente por un retorno a Platón. . . De hecho, el libro en el que presenta su tesis, *Barbarie con rostro humano*,<sup>1</sup> escaló de golpe al nivel de los “best sellers” de nuestro tiempo. Su tesis, que se aplica por igual a las democracias liberales y al comunismo internacional, se opone a una concepción individualista de la naturaleza humana. En otras palabras, el individuo, según él, no existe independientemente de la comunidad, y, por tanto, la relación entre el súbdito y el Estado no tiene por qué ser una relación de oposición y recelo. En concreto, se lamenta de que, contrariamente a la tradición griega, “nosotros hemos convertido el individualismo en una maquinaria que, al separar lo público de lo privado, la persona del ciudadano, lógicamente ha introducido la separación entre los gobernantes y los súbditos”.<sup>2</sup> Y eso, a su modo de ver, es sumamente grave porque, para citar sus propias palabras, “con el ‘egoísmo’, como decía Mao, no hemos hecho más que trazar la calle que lleva derecho a la sumisión”.<sup>3</sup> En el fondo, el error consiste en haber dejado que el gobierno —que no desaparecerá jamás de la haz de la tierra—, se independizara de los súbditos en lugar de seguir al servicio de los mismos y de su perfección, como los griegos nos lo habían enseñado.

La idea no podía ser más intrigante. Porque, si bien se examina la concepción del Estado que se halla en los escritos de Platón, no hay modo de separar de ella una filosofía del hombre de sentido plenamente escatológico. Si, pues, el éxito comercial de dicho libro es un indicio de la orientación de la opinión pública, uno no puede menos de preguntarse: Una vuelta en redondo tan cerrada, ¿querrá decir acaso que nuestra generación anhela una base más espiritual para sus relaciones humanas? El tema es de lo más candente porque, naturalmente, de semejante movimiento depende el futuro de la “Democracia” tal y como la hemos conocido desde 1776.

1—*La marcha triunfal de los dioses.*

Es bien sabido que, en un arranque de inspiración, Platón nos describe de mano maestra en su *Fedro* un desfile de los dioses y de las almas menos afortunadas que la de los dioses. Todos siguen, con verdadero entusiasmo, al gran Júpiter, el cual, sin el más mínimo esfuerzo, sube veloz hacia la cumbre del mundo inteligible que se halla más allá de la bóveda de los cielos. En verdad, todos van atraídos por el imán de la verdad absoluta que sólo allí brilla de lleno; pero no todos avanzan al mismo paso. Más aún, algunas almas, sin dejar de anhelar ese bien tan fascinante, no logran siquiera echarle un vistazo superficial. Platón nos dice textualmente:

Míralo, ahí va, el primero de todos en su carruaje y conduciendo dos alados alazanes, Júpiter el caudillo todopoderoso del batallón celestial cuya providencia lo dispone y gobierna todo. Lo sigue una hueste de dioses y de espíritus distribuidos en once escuadrones, no contando, por supuesto a Hestia, la cual se queda sola en la casa de los dioses mientras las divinidades que gozan de verdadero comando van al frente de sus compañías, cada una en la posición que se le ha señalado. Muchas y esplendorosas son, en verdad, las escenas que los dioses contemplan en el viaje de ida y vuelta a la bóveda del cielo que en cumplimiento de sus respectivos cometidos ellos llevan a cabo; y, como en el coro divino no puede haber envidia, cualquiera que quiera y pueda está autorizado a ir en pos de ellos. Pero, cuando los dioses van a la celebración de su gran día festivo, no les arredra tomar el camino empinado que lleva a la cumbre del arco que sostiene los cielos. Desde luego que las parejas de caballos de los dioses hacen juego tan perfectamente que no pueden menos de galopar con

suma felicidad; no se puede decir lo mismo, empero, de las demás parejas en las que el caballo al que le cupo en suerte representar el papel de díscolo por naturaleza no deja de echar todo su peso en dirección de la tierra mientras permanece indómito y así arrastra consigo al auriga. Huelga decir que la lucha y la agonía que aguardan al alma son inmensas.<sup>4</sup>

El carácter metafórico y las referencias mitológicas a la tradición órfica no deberían distraernos de la lección metafísica que Platón nos quiere dar en este pasaje. Por una parte, no cabe duda de que las escenas fascinantes que cautivan a todos los miembros de tan ilustre cortejo no son otra cosa sino la verdad absoluta que brilla fulgurante tan sólo en el Ser-en-sí. Los rasgos que acumula para describirnos lo que los dioses contemplan no pueden menos de tachar de la lista de los objetos posibles todo lo que sea fenoménico y material. Porque Platón nos dice que cuando llegan a la cumbre del arco, los dioses “saltan afuera de la bóveda celeste”; más aún, que un paso en el vacío tan gigantesco hace que de pronto sus almas se hallen “del otro lado del Universo”, lo cual, según Platón es condición necesaria para que puedan contemplar lo que se halla fuera de ese cielo que nos tapa la vista del *más allá*.<sup>5</sup>

Yo no puedo alejar de mí la impresión de que o Platón nos está describiendo el *En-sí-mismo* por excelencia de Kant, que es el Ser, o que Kant se inspiró en este pasaje para referirse al objeto trascendental, X, que no es “cosa” alguna sino puro “en-sí”<sup>6</sup>. Porque en el *Fedro* podemos leer también lo que sigue: “La región a la que me estoy refiriendo es la morada de la realidad sobre la que versa el conocimiento verdadero, una realidad sin color o forma, intangible pero absolutamente real y asequible tan sólo a la inteligencia, que es el piloto del alma”. Luego, acentuando aún más la relación esencial entre ese objeto y el entendimiento puro, añade: “Así, pues, tanto la mente de un dios, que no puede subsistir sin conocimiento y sin inteligencia pura, como la de cualquier alma cuya suerte la tenga destinada a la asimilación de su alimento propio, mientras dura la revolución circular que la ha de llevar de nuevo a su punto de partida acaba gozando por fin de la visión de la realidad y queda sustentada con la contemplación de la verdad”.<sup>7</sup> Por lo menos Kant vio esa dirección platónica cuando expresó su admiración por el gran filósofo griego a cuenta de que según este último nuestra razón “no puede quedar satisfecha con un estudio detallado de las apariencias a la luz de una unidad sintética con el fin de poder interpretarlas como experiencia humana”; según él, “nuestra razón se exalta a maneras de conocer cuyos objetos de

tal manera trascienden los límites de nuestra experiencia que nada empírico podrá jamás coincidir con ellos, pero que no obstante deben reconocerse como dotados de su realidad propia y que por tanto no son en modo alguno meras ficciones de nuestro cerebro”.<sup>8</sup>

## 2—*La Constitución de las almas en su propio ser.*

El énfasis en la fascinación que sufren los dioses y las almas que desfilan con ellos es evidente. Es tal, en verdad, la fuerza de atracción de que goza el Ser en su radiante pureza, que aun aquellas almas, cuyos aurigas no lograron levantar cabeza ni una sola vez durante el viaje sagrado, sentían que su felicidad dependía totalmente de la intuición ontológica que por lo mismo ansiaban locamente. Pero, dentro de la concepción platónica, ese cuadro adquiere una dimensión más trascendental aún. Dicho cuadro es, en efecto, una descripción “dramatizada” de lo que San Agustín llama “iluminación” y que en la filosofía de sus secuaces resulta ser el acto constitutivo de toda alma intelectual (sea de un dios o de un hombre). En otras palabras, reducida a sus líneas esenciales por los sucesores del platónico Obispo de Hipona, dicha operación consiste en el hecho de que el alma se halla en la presencia del Ser Objetivo al que intuye de una vez por todas. Es la “síntesis ontológica” o la “interioridad objetiva” de Sciacca. Esta identificación resaltará mejor si destacamos los puntos siguientes que dicha descripción contiene: (1) sin esa intuición no hay “espíritu”, y (2) la intensidad con la que esa intuición afecta al alma en su pre-existencia está proporcionalmente encadenada a la cantidad de “amor a la humanidad” que se mostrará después en el alma encarnada, y en esa forma, el alma queda constituida simultáneamente como esencialmente intelectual y naturalmente inclinada a una vida “comunitaria”. El aristotélico “animal político” encuentra en ese vistazo —por furtivo que sea— su razón de ser metafísica más profunda.

En cuanto al punto número (1), la relación entre la visión del Ser y la constitución del espíritu es patente. Lo es ya en virtud de la concepción del alma como un motor *que se mueve a sí mismo*. Porque en Platón y en su discípulo Aristóteles todo movimiento depende del movimiento impartido por el Primer Motor. El Primer Motor, a su vez, puede ser la fuente, tanto de su propio movimiento como de todo otro movimiento, porque su actividad consiste en conocerse y en amarse a sí mismo, lo cual él no puede menos de llevar a cabo siendo, como es, el mismísimo Acto Puro o el Ser-en-sí-mismo, y, por lo mismo, el objeto de todo conocimiento y de todo amor.<sup>9</sup> En Dios, nos dice Aristóteles, vivir es pensar, es decir, pensarse a sí mismo, y, por tanto, movimiento hacia el Ser. De

ahí que su modo de impartir movimiento a otros seres consista, y deba consistir, en darles una participación directa en su propio conocimiento y en su amor del Ser, lo cual presupone en ellos inteligencia y voluntad y, en Dios, una decisión de dejarse contemplar y amar en su calidad de “Ser Subsistente”. Una compenetración tan íntima con el movimiento divino explica la audacia de Platón al probar la inmortalidad del alma describiendo a ésta como si fuera una sola cosa con el primer motor. Dice así: “Vemos, pues, que el origen primordial del movimiento es lo que, moviéndose a sí mismo, no puede ni perecer ni comenzar a ser so pena de que el universo entero, y toda la creación con él, se derrumben y dejen de moverse sin esperanza de que vuelvan jamás a la existencia por falta de quien los ponga en movimiento de nuevo”.<sup>10</sup> Es decir, el origen del movimiento es el mismo Ser conociéndose y amándose a sí mismo tanto en Dios como en el alma.

Alude aquí Platón a una tesis muy arraigada en el pensamiento griego, a saber, que el alma es-más aún, de ser-inmortal porque es “divina” por naturaleza;<sup>11</sup> pero, además, en este pasaje su discurso insinúa por qué, siendo “inteligente”, el alma tiene que ser “divina”. La razón está entrañada en esa participación directa en el “automovimiento” divino en que consiste la naturaleza del alma. En otras palabras, siendo la “inteligibilidad actual” una característica esencial del Ser en cuanto tal, y no habiendo fuera del Ser otro sujeto que pueda ser afectado directamente por dicha inteligibilidad, se sigue que, no sólo “ser inteligible” sino también “ser inteligente”, es esencial al mismo Ser. Por tanto, el conocimiento es esencial al Ser. Más aún, el conocimiento es tan esencial al Ser”, que no puede haber otro conocimiento más que el Ser tiene de sí mismo y que, por tanto, nadie ni nada puede conocer si no es participando en el conocimiento del Ser. Dicho con otras palabras, sólo el Ser conoce, es decir, sólo el Ser puede estar presente a sí mismo por medio de una vuelta total sobre sí mismo. Por tanto, si el alma conoce, el alma tiene que ser en cierto modo el Ser mismo manifestando, en medida finita, por su puesto, su poder de volver sobre sí mismo con un “automovimiento” auténtico y rotundo.

Vivir de un modo perfectamente humano, pues, no puede menos de consistir en una vuelta al Ser; y la famosa dialéctica platónica se reduce por fuerza únicamente a dicho retorno. Platón la describe así: “cuando una persona, empeñada en descubrir el Absoluto únicamente por medio de la luz de la razón y sin la ayuda de los sentidos, persevera hasta que por medio de la inteligencia pura llega a la percepción del bien absoluto, se puede decir que ha topado con los confines del mundo inteligible, así

como se dice que la vista ha alcanzado el límite de la visibilidad”.<sup>12</sup> Y ese movimiento que va de lo múltiple al Uno es esencial al alma. Hablando del verdadero amante del conocimiento —que es el filósofo, y en el cual se da la verdadera naturaleza del alma—, nos dice que él “se afana continuamente por el Ser —tal es su naturaleza—; y no descansará en la multiplicidad de los individuos porque ella no es más que una apariencia, sino que seguirá adelante. Su borde afilado no se embotará jamás, la fuerza de su deseo no se mitigará mientras no haya alcanzado el conocimiento de la naturaleza verdadera de todas y cada una de las esencias por medio de un poder afín a las mismas y emparentado con ellas (es decir, ontológico), que se halle en el alma, y por medio del cual el alma pueda, no sólo acercarse a ellas y mezclarse con ellas, sino hasta identificarse con cada uno de los seres incorporándose en ellos —en lo cual consiste el nacimiento de la mente y de la verdad—. Y tan sólo así podrá el filósofo tener conocimiento y vivir y crecer verdaderamente. Sólo entonces cesará su agonía”.<sup>13</sup>

Su argumento, pues, muestra que “el poder y la capacidad de aprender existen ya en el alma . . . ; y así, igualmente, el instrumento del conocimiento no puede volverse del mundo del devenir al mundo del Ser —y así aprender gradualmente a soportar la vista del Ser, y la del más brillante y mejor de los seres, que es el Bien— si no es por medio del movimiento global del alma”.<sup>14</sup> En suma, pues, el movimiento dialéctico que constituye al alma se podría resumir diciendo que consiste en reducir lo múltiple al Uno porque el Uno es el Ser. Platón, partiendo de la pregunta acerca de si un ser determinado es uno o muchos, tropieza con una pregunta trascendental, que es la penúltima en la serie, a saber: “¿Qué es la Unidad Absoluta?”, y añade al punto algo que nunca había dicho acerca de las demás formas: “Tal es el modo en el que el estudio del Uno puede llevar la mente a la contemplación del Ser verdadero”.<sup>15</sup>

No hay modo, pues, de separar la intuición básica del Ser de la esencia del hombre. O se ha tenido alguna vez, o no se ha tenido jamás. Si no se tuvo jamás, no se es un ser humano. Según Platón, tales son quienes terminaron la gira celestial sin haber logrado la iniciación en la visión de la realidad; de aquí en adelante, nos dice, se alimentarán tan sólo con puras opiniones.<sup>16</sup> Platón nos da tajantemente la razón de semejante excomuniación del seno del género humano. “Es imposible” —nos dice— que un alma que no haya visto jamás la Verdad entre en nuestra forma humana”.<sup>17</sup> Y la explicación viene al canto. Porque, ¿cómo podría, quien no haya visto jamás la unidad del Ser, recordarla y así reducir la multitud de aspectos a la unidad sintética en la que consiste el verdadero

conocimiento? “Sólo un hombre” —nos dice— “puede entender las cosas a la luz de los universales y así reducir la multiplicidad de las impresiones sensibles a esa unidad que tan sólo es asequible al proceso racional”.<sup>18</sup> Como, por otra parte, esa unidad no se puede vislumbrar empíricamente, es menester haberla visto antes en una vida anterior. De ahí la importancia epistemológica y ascética del proceso de *reminiscencia* en el sistema platónico —e insisto en el aspecto ascético de dicha necesidad porque, sin el recuerdo de la Verdad esplendorosa que todas contemplaron durante el viaje sagrado, las almas no tendrán las fuerzas necesarias para volar hacia la posesión del Ser en que su perfección debe consistir—. De ahí que todas ellas, aun las que estaban destinadas por la mala suerte a fallar completamente, se esforzaran entonces por sacar su cabeza a flote. “La razón del ahínco sumo con el que persiguen la contemplación del llano de la verdad” —dice Platón— “es que dicho prado produce el pasto adecuado para la parte mejor del alma.”<sup>19</sup>

### 3—*Divinidad del alma y amor de la humanidad*

Ya se deja entender, por tanto, por qué el ser humano es tan sublime en su naturaleza. Según los griegos, como lo dijimos anteriormente, ser un hombre es, en cierto modo, ser un dios. Si pudiéramos penetrar en el alma del verdadero filósofo, en el que la verdadera naturaleza del alma resplandece en sumo grado, entonces, como nos lo dice Platón, no veríamos el alma como se la ve ordinariamente, “en una condición comparable con la del dios Glauco, cuya imagen primitiva a penas si se puede discernir ya que sus miembros naturales aparecen hechos pedazos y estrujados por la fuerza destructora de las olas”,<sup>20</sup> en cambio, como nos lo explica Sócrates, “entonces la veríais tal y como es en sí, y averiguaríais si en verdad ella tiene una o varias formas, o cual es su propia naturaleza.”<sup>21</sup> Y, a la verdad, que así tendría que ser, ya que un hombre con miras tan altas no se preocupa más que de lo que preocupa a los dioses. Para decirlo en palabras platónicas, el filósofo “mora constantemente cuanto le es posible por medio de su memoria en medio de las mismas cosas, cuya consideración constituye la divinidad de los dioses”.<sup>22</sup> Y existe una confesión escondida en el mar de palabras del *Fedro* que viene nada menos que del filósofo que estamos estudiando. “Pura era esa luz” —nos dice con nostalgia el gran Platón— “y aun nosotros mismos éramos inmaculados y sin las manchas que provienen del sepulcro ambulante que llamamos cuerpo, y al cual estamos atados como lo está una ostra a su concha”.<sup>23</sup>

Pero, ¿de qué serviría esa sublimidad si no tuviéramos el amor de la

*humanidad incrustado en nuestras almas?* Platón no pudo dejar de ver lo que Kant había de ver tan claramente después, a saber, que la ley moral no es más que la ley del amor del Ser, y, por tanto, del amor de la naturaleza humana, cuyo sentido consiste únicamente en estar esencialmente consagrada al amor y al conocimiento del Ser.<sup>24</sup> De ahí que aun el imperativo categórico nos mande con la mayor severidad posible que no tratemos jamás ningún ser humano como si fuera tan sólo un medio, sino que los respetemos a todos siempre cayendo plenamente en la cuenta de que cada uno es un “fin-en-sí-mismo”.

El *Fedro*, por su parte, no deja lugar a duda de que también según Platón, si la perfección humana ha de ser una realidad, nuestra naturaleza debe alimentarse con el sustento de los dioses, que es la posesión intelectual y moral del Ser, y de la que tan sólo mutuo amor puede resultar. Una observación que se lee en la descripción del viaje sagrado y que nosotros mencionamos más arriba, es sintomática a ese respecto. Habiéndonos dicho que cualquiera que quisiera y pudiera ir en pos de los dioses en esa marcha triunfalmente conquistadora de los Olímpicos, añadió incisivamente la razón última para ello: “*en el coro divino no cabe envidia*”. Y a la verdad que el egoísmo resulta imposible en semejantes circunstancias por la sencilla razón de que cuantos toman parte en esa procesión van arrastrados por su amor hacia el Ser, y arrastrados precisamente en un estado de raptó extático cuyo significado no puede menos de reducirse a un estado de ánimo que no se podría encuadrar en la confesión imaginaria que sigue: estamos todos unánimemente de acuerdo en que este objeto fascinante que nos tiene subyugados se merece ser alabado y amado infinitamente, en forma tal que ninguno de nosotros podría por separado dar satisfacción a su mérito sin la ayuda de los demás, y aun todos juntos nunca podremos dar abasto. Resultaría, pues, psicológicamente imposible, por absurdo y contradictorio, resentirse de que alguien nos superara en la porfía. Si, pues, hubiera que parafrasear los sentimientos que consumían a los participantes en tan divino maratón, no sería contrario al pensamiento platónico describir a los soldados de ese ejército de devotos del Ser como proclamándose miembros de una verdadera “Civitas Magna” con Júpiter a la cabeza, un estado ideal que las almas ya encarnadas tendrán que esforzarse por imitar después en sus relaciones humanas.

No es extraño, pues, que Platón prosiga diciéndonos que una vez encarnadas, las almas podrán rendir servicios a la sociedad en la misma medida —y sólo en la misma medida— en la que lograron éxito en el conocimiento del Ser cuando aún moraban en la otra vida; que las almas que se aprovecharon más de la visión inicial y constitutiva gozarán de un

espíritu más “comunitario”, mientras que las que flaquearon durante el viaje sagrado se sentirán en la misma medida inclinadas a los intereses egoístas de su voluntad. Como lo explica Hackford: “La serie parece ir en descenso en relación con el provecho de la sociedad”.<sup>25</sup> Y, a la verdad, puesto que la Sabiduría no es más que el amor de la humanidad “en cuanto tal” y por razón de su consagración esencial al servicio del Ser, las almas que más sobresalieron en el certamen olímpico tendrán, por fuerza, que arder en esta vida con la fiebre del amor de la Sabiduría y, por consiguiente, tendrán sus miradas constantemente clavadas en el bien de la “Ciudad Humana” entera en cuanto que ésta no es más que una parte de la “Ciudad Celestial” antes descrita. Ello equivale a decir que esas almas, que son las almas de los filósofos, son las que podrán contribuir mejor al verdadero bien de la sociedad y deberían, por tanto, bien sea tomar las riendas del gobierno, o por lo menos servir de modelos a los reyes terrenos. Vienen en seguida las almas que al menos lograron ver el último bien común de todos los espíritus incluido en su visión ontológica del más allá y podrán, por tanto, desempeñar con éxito razonable los servicios comunitarios de monarcas y guerreros. Y siempre dentro de la categoría de verdaderos “seres humanos” —la cual excluye los “hombres fallidos” que no lograron ver el Ser para nada—, Platón prosigue alargando la lista, siempre insistiendo en que el interés por el bien común disminuye en la misma medida en que la intuición inicial se debilita. Los peldaños siguientes, en orden descendiente, los ocupan las almas que habiendo visto muy poco en el Ser no logran ver en la Sociedad más que un aspecto parcial de su bien, o incluso tan requetepoco que a penas si les basta para sacar provecho de los recursos sociales mientras se revuelcan en sus caprichos personales. En concreto, la cola de la lista la ocupan almas que no se interesan más que en la economía, o en la salud pública, o en las artes que divierten al público, o en la retórica política, o en la producción de víveres por medio de la agricultura; y, por último, las que no dan la más mínima muestra de amor a la comunidad, cuales son, en orden descendiente, los maestros sofistas y los demagogos, por una parte, y los tiranos, por otra, los cuales canalizan el poder del Estado totalmente hacia sus ambiciones personales.<sup>26</sup>

#### 4—*Política de Intereses Encontrados.*

En suma, ese carácter escatológico de la concepción del Estado no le hubiera permitido a Platón dar su visto bueno a la política de “compromisos” y de “más o menos” que usan las democracias liberales de nuestros días, y de la que tanto se glorían. Todas ellas, en efecto, están fundadas en

el “individualismo atómico” que tanto Hobbes como Locke introdujeron como el único criterio en materias estatales, y al que Bernard Henri Lévy rechaza cuando niega “el estado de naturaleza” en el que esos filósofos construyen sus respectivas teorías de Contrato Social. Platón ya se había pronunciado en un sentido adverso también al refutar al sofista Trasímaco —cuya concepción, por cierto, bien pudo haberle servido de modelo a Hobbes— en su *República*. El no se apartó jamás ni un ápice del criterio que según él debería regir las acciones de un buen gobernante y que consiste en el bien común, es decir, en el *verdadero* bien *que es común* a todos los seres humanos, a saber, la “perfección humana”. Un buen gobierno, a su parecer, no tiene más que un deber, y éste consiste en crear las condiciones necesarias para que los súbditos puedan conseguir su “verdadera perfección como seres humanos. “Por tanto” —escribe en su *Gorgia*— “¿acaso antes de tratar del Estado y de sus ciudadanos, no habría que declarar, a guisa de principio y con el fin de mejorar a los ciudadanos cuanto fuere posible, que ningún servicio hecho al Estado puede servir de nada mientras los que gocen de riquezas y de poder sobre todo el pueblo no sean hombres de buena voluntad?”<sup>27</sup> Después de todo cuanto hemos leído en el *Fedro* y en la *República*, “buena voluntad” no puede significar aquí más que una voluntad orientada únicamente hacia la mayor posesión del Ser por parte de todos, en suma, la “buena voluntad” de que nos habla el gran Manuel Kant. Por otra parte, en ese texto Platón excluye todos los servicios rendidos al Estado sin una voluntad perfecta, es decir, sin la única intención de contribuir a la perfección humana de los ciudadanos, y en esa exclusión figuran también servicios que a primera vista aparecen muy espirituales a guisa de “culturales”.

Con suma perspicacia, Platón nos aconseja tener sumo cuidado al respecto: “. . . aunque las actividades acerca del alma no puedan ser clasificadas (como lo son las que tratan del cuerpo) . . . en actividades que versan tan sólo acerca del bienestar del alma, en contraste con otras que se preocupan únicamente de darle gusto, divirtiéndola sin distinguir entre placeres buenos y placeres malos y sin preocuparse lo más mínimo de nada que no sea complacer por cualquier miedo, bueno o malo. . . llamo a todo eso alcahuetear, y no importa que se trate de un afán de complacer el cuerpo o de deleitar el alma”.<sup>28</sup> Desde su punto de vista, pues, la ley y las normas no pueden tener más sentido que el de producir orden y proporción en el alma en forma tal que los ciudadanos puedan vivir como seres virtuosos.<sup>29</sup> Sólo con semejante enfoque, en verdad, pudo estampar el siguiente juicio que ahora les parecería ridículo a muchos y que, por todas las trazas, no pudo menos de parecerles igual a los contemporáneos de

Sócrates dada la indoctrinación sofista que había precedido: “¿Cuál de los ciudadanos se ha vuelto un hombre mejor por influjo de Cálicles? ¿Hay alguien, extranjero o indígena, esclavo o libre, que deba a Cálicles su conversión a la virtud después de una vida malgastada en parrandas y en locuras?”<sup>30</sup> Y, sin embargo, Sócrates no se avergonzó de ser una excepción en el mundo entero. Reconoció que él era quizá el único que se había dado al estudio del verdadero arte de los estadistas, y aun quizá el único hombre aún en vida con el valor suficiente para llevar dicho arte a la práctica. Según Platón —y aquí brilla más su escatologismo—, el perfecto estadista no es más que el sucesor de Dios en el gobierno de los hombres en la era de Júpiter, que sucedió a la era de Cronos.<sup>31</sup> Y, si el estadista es un Rey él mismo, esa dignidad lo pone por encima de la Ley en cuanto que al fin y al cabo entonces su afán se reduce a buscar siempre y por encima de todo el verdadero bien último de todos y cada uno de los ciudadanos. En una palabra, el bien último del individuo es completamente incompatible con un estado de derecho absoluto e incondicional. Dice el Extranjero en el *Estadista*: “lo mejor no es que las leyes sean poderosas, sino que un hombre —el Rey, que está dotado de inteligencia— goce de poder”.<sup>32</sup> Y es de sentido común, porque, como añade el Extranjero, “. . . la ley aprieta con toda su fuerza . . . como si fuera un ser humano voluntarioso y necio que no tolerara que nadie contraviniera sus órdenes aun cuando éstas, en un caso particular, resulten desastrosas para el bien (último) de un ciudadano cualquiera”.<sup>33</sup> Como es claro, en semejante concepción no hay lugar para intereses meramente materialistas.

##### 5—*El veredicto de la Esencia Humana, la Ley Moral y Santo Tomás*

Pero, ¿qué esperanza de ser llevada a efecto puede ofrecer una concepción como la de Platón, que va en dirección opuesta a la de las Democracias Liberales de nuestros días, cuyas raíces tienen ya más de dos siglos de existencia? Ello equivale a decir que el grito de guerra lanzado por Bernard Henri Lévy no puede menos de aparecer erizado de espinas y poco menos que utópico. Quizá sea así, pero la salvación de la humanidad es tan valiosa que la pregunta siguiente no se puede escamotear con buena conciencia. ¿Quién tiene razón, Sócrates o Trasímaco, la concepción escatológica de la Iglesia o las maniobras individualistas de las Democracias Lockianas? En última instancia, las dos siendo contradictorias entre sí, ¿cuál de las dos es la que se ajusta a las exigencias de la naturaleza humana, o, dicho con mayor crudeza aún, de qué lado se halla la salvación de los hombres y de qué lado se abre el abismo de su perdición?

Santo Tomás de Aquino no podía estar más de acuerdo con Platón en cuanto se refiere al motivo que, ya desde el estado de inocencia, ha llevado siempre a los hombres a juntarse en una comunidad, o “*Politicum regimen*” como él la llama, y después, hipotéticamente, aun en una sociedad civil, o “*Regale regimen*”, para usar su nomenclatura, si el pecado original —como sucedió de hecho— hubiere de hacer su adopción inevitable. “El fin con el que se forma una comunidad” —nos dice— “es la vida virtuosa. Porque los hombres consienten en vivir juntos con el objeto de poder lograr una vida colmada, que viviendo separados les sería imposible obtener”.<sup>34</sup> Y ya se deja entender que según el Angélico —se haya verificado o no la condición que nos trae el Estado— lo único que cuenta es la escatología de la persona humana. Ello quiere decir que la fundación del Estado no tiene por qué cambiar el rumbo de la comunidad puesto que su única función es la de ordenar a esta última enteramente a la perfección humana. “Por tanto”, nos dice, “puesto que la sociedad no puede tener otro fin más que el del individuo, el fin último de una multitud reunida en una asamblea no es precisamente vivir conforme a virtud, sino alcanzar la posesión de Dios por medio de una vida virtuosa”.<sup>35</sup> Pero, si la mira tomista permanece fija en Dios, no se trata según Santo Tomás de un gozo egoísta del Ser Supremo, sino de su mayor gloria, de la que los secuaces de Júpiter nos dieron tan ilustre ejemplo en el *Fedro*. Según el Angélico es menester “amar al Bien Sumo en sí mismo, y desear que permanezca para siempre, que se extienda por todas partes y que sea libre de todo atentado contra El”.<sup>36</sup>

Dicha concepción, por otra parte, tiene la inmesa ventaja de que, de paso, aleja para siempre todo peligro de totalitarismo. Precisamente hace algunos años Carlos De Koninck, siendo Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Laval (Quebec), se hizo famoso al echar mano de este mismo texto para refutar de cuajo la posición especiosa que Jacques Maritain acababa de lanzar al mundo como la panacea de la Democracia y como el único medio de desterrar toda sombra de totalitarismo. Según Maritain, la persona humana se halla sujeta a dos órdenes distintos: como individuo, el hombre está subordinado al Estado, pero como persona lo está tan sólo a Dios. Las palabras antes mencionadas prueban que la posición de Maritain ni es tomista ni prueba con la evidencia que se le atribuye que es necesario acudir a semejante subterfugio para garantizarle al hombre su libertad, si es verdad, como lo propone Santo Tomás, que aun el Estado está ya desde siempre y fundamentalmente orientado en su totalidad hacia el servicio de la perfección humana del individuo.<sup>37</sup> En una palabra, dentro del plan divino, toda asociación tiene únicamente una sola razón

de ser, a saber, hacer posible el logro del fin último del hombre. Más aún, según el Doctor de las Escuelas, ello no podría ser de otro modo so pena de que la naturaleza humana dejara de estar constituida como la vimos constituirse en el *Fedro*, es decir, por la intuición fundamental del Ser. Porque, si el entendimiento posible está potencialmente ordenado a una ciencia que abarque la infinita totalidad del Ser, su fin último no puede menos de consistir en la actuación de dicha potencialidad, es decir, en la posesión de Dios en un estado de raptó glorificador —que es la única manera en que dicha ciencia se puede experimentar.<sup>38</sup>

Mucho más importante aún es la siguiente doctrina que se esconde en la concepción tomista. Porque, si en verdad la tendencia a ver a Dios glorificado en sumo grado es esencial en el hombre, no le puede ser menos esencial *sentirse obligado a hacer todo lo posible para que así suceda*, lo cual entraña la obligación de cooperar con todos los hombres en un proceso de ayuda mutua para que todos logren, dentro de sus posibilidades, la realización del fin último del Ser mismo, que es: ser conocido y amado infinitamente —fin que por supuesto sólo Dios puede lograr cabalmente—. Esto, a su vez, equivale a estar obligado a cooperar con Dios en el logro de su divina providencia, la cual consiste en ayudar a las criaturas a escalar la cima que Júpiter nos mostrara como la única meta digna de nuestras almas. Pero, si sentirse obligado a cooperar con la providencia divina le es esencial al hombre, se sigue que dicha obligación constituye también la dirección esencial de la voluntad humana, y así, debe ser parte de la ley moral. Santo Tomás lo vio con toda claridad y por eso insertó en su concepción del contenido de dicha ley el deber sagrado de la “solidaridad humana”. Para ello mostró, en primer lugar, que la ley eterna —la ley del “Dios Amor”— forma parte de nuestro Ser; y, en segundo lugar, descubrió en la ley natural, que es el reflejo de la ley eterna en nuestra conciencia, la invitación clara del Dios de Amor a enrolarnos en las filas de sus cooperadores. En cuanto al primer paso de su procedimiento, vale leer lo siguiente:

Por tanto, siendo así que todas las cosas que están sujetas a la divina providencia se rigen y miden por la ley eterna, como lo mostramos más arriba, se sigue con evidencia que todas las cosas incluyen en cierto modo en su esencia la ley eterna en el sentido de que sus respectivas inclinaciones a sus propios fines se deben a la estampa que dicha ley dejó grabada en ellas.

Y, prosigue el raciocinio tomista, una vez que hubo empapado así el Ser de todas las cosas con la ley del amor universal, la ley eterna descubrió

su faz en la conciencia humana, la cual pudo al punto concluir que la ley moral no es más que el conocimiento natural que todos tenemos de la orientación esencial de nuestro Ser hacia el Supremo Bien y hacia el amor:

Pero la criatura racional descuella entre todas las demás cosas por el hecho de que su participación en la divina providencia es más excelente en cuanto que consiste en haber de ser providente, no sólo por sí, sino también por los demás. . . Y eso es lo que se llama la ley natural.<sup>39</sup>

Es imposible, pues, poseer la naturaleza humana y a la vez ser indiferente a las necesidades de los hombres. Allí radica la raíz profundamente metafísica del dicho del poeta: “HOMO SUM, ET NIHIL A ME HUMANUM ALIENUM PUTO”. Y ya se deja entender que el vínculo indisoluble que media entre la esencia humana y la ley del amor y de la solidaridad —que por su convergencia hacia la perfección de todos nos constituye en una verdadera “comunidad”— radica en nuestra consagración esencial al fin último del Ser —“ser conocido y amado infinitamente—; radica, para decirlo con mayor propiedad, en el hecho de que ser humano quiere decir ostentar las credenciales de una apropiación especial del Ser por medio de la cual el mismo Ser persigue su propio fin esencial, que es el fin por excelencia. En una palabra, el misterio de amor que anida en la esencia “HUMANIDAD” arranca del hecho de que dicha naturaleza no es más que una inteligencia, abierta de par en par al Ser y presa de la atracción del fin último del mismo, o, mejor dicho, una “inteligencia-volente” que tiende a volar a la par del Espíritu de Dios, que es el amante perfecto del Ser, como lo decía Platón, es una participación en el automovimiento del Primer Motor. Kant, llegado a este punto, no logra ver con claridad una división definida entre el hombre y Dios, y acaba refiriéndose a la naturaleza humana como a un “Fin-En-Sí mismo”, que no se deberá tratar jamás como si fuera tan sólo un medio. Y, por eso, nos dice, nadie, si es normal, podrá jamás mostrar indiferencia a la ley moral: “. . . la ley nos interesa” —nos explica, jugando con las palabras inteligencia y voluntad— “porque vale para todo los hombres en cuanto que en un principio saltó de nuestra misma voluntad en su calidad de inteligencia”.<sup>40</sup>

#### 6—*Pueblo y masa.*

Una naturaleza así, pues, no puede menos de impulsar a todos los miembros de la comunidad a actuar como una sola persona en lo que se

refiere al logro del último fin. Tal es lo que Rousseau llama la “voluntad general”; y en cuanto tal, dicho principio necesariamente convierte a la comunidad en una unidad orgánica y dinámicamente “organizadora”. En el fondo, si bien se mira, es el orden de “solidaridad” —el mismo que da pie a la comunidad— el que hace el milagro. De ahí la diferencia esencial entre “pueblo” y “masa” —el primero siendo fruto natural del orden de solidaridad, mientras que la segunda, que es lo más alto a lo que puede llegar el contrato social a la Hobbes o a la Locke, a penas si se presenta como una pálida caricatura de la comunidad.

Y, a la verdad, cuando el Estado es una verdadera creación de la comunidad y sigue, por tanto, la misma dirección impresa en la voluntad por aquella maravillosa ley eterna de la que vimos nacer a la comunidad, el cuerpo político ostenta todos los rasgos de un verdadero “pueblo”, es decir, de una unidad no sólo organizada sino también “organizadora” y pletórica de vida. Efectivamente, una voluntad así orientada está de tal manera enamorada del fin último de la humanidad —que es el fin del Ser en sí—, que por fuerza tendrá que querer todos los medios —de hecho, los mejores medios— que se hallen disponibles para la consecución de la perfección de “todos” los hombres que viven dentro del mismo territorio. Dicho en otras palabras, el Estado, entonces, se regirá por la ley moral, que, como lo hemos visto, no es más que la voluntad humana en lo más puro de su esencia —y, por tanto, la misma para todos— en cuanto que nos ordena escoger y llevar a cabo tan sólo aquellas acciones que sean más conducentes a la perfección de la “humanidad” en todas las personas que hayan de ser afectadas por nuestra actividad. En cambio, si el Estado ha nacido únicamente como un mal menor aceptado por individuos obsesionados con una libertad egoísta, como nos lo explica Hobbes, o aun como un arreglo enderezado tan sólo a la protección de una serie de derechos “inalienables” —concedidos, de un modo misterioso y sin razón última alguna que los coordine y los haga respetables a los ojos de todos, por una ley natural que, a su vez, es concebida arbitrariamente como un “Código detallado”—, como lo quiere Locke, el cuerpo político no podrá jamás gozar de una vida interna que lo lleve a su propia perfección; será tan sólo un medio dócil al servicio de cada uno de los individuos, los cuales, por otra parte, no podrán gozar de ningún incentivo profundo y natural para ir a una y se convertirán, por consiguiente, en material inerte y pasivo, expuesto al impacto que los intereses económicos, bien sean del capitalismo abusivo o del pérfido comunismo, le causarán tarde o temprano. Pío XII llama a un pueblo así con el nombre despectivo de “masa”:

Pueblo y multitud amorfa, o, como suele decirse, “masa”, son dos conceptos diversos. El pueblo vive y se mueve con vida propia; la masa por sí misma es inerte, y no puede ser movida sino de fuera. El pueblo vive de la plenitud de la vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales —en su puesto y a su manera— es una persona consciente de las propias responsabilidades y de las propias convicciones. La masa, en cambio, espera el impulso de fuera, fácil juguete en las manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones, pronta a seguir sucesivamente, hoy ésta, mañana aquella bandera. De la exuberancia de vida de un verdadero pueblo la vida se difunde, abundante, rica, en el Estado y en todos sus órganos, infundiendo en ellos, con vigor incesantemente renovado, la conciencia de la propia responsabilidad, el verdadero sentido del bien común. De la fuerza elemental de la masa, hábilmente manejada y usada, puede también servirse el Estado: en las manos ambiciosas de uno solo o de varios, que las tendencias egoístas hayan agrupado artificialmente, el mismo Estado puede, con el apoyo de la masa, reducida a no ser más que una mera máquina, imponer su parecer a la parte mejor del verdadero pueblo: el bien común queda gravemente lesionado por mucho tiempo, y muy frecuentemente la herida resulta difícilmente curable.<sup>41</sup>

Ese pasaje merecía ser citado en su integridad porque contiene lo esencial de la doctrina de la comunidad. Sin embargo, una aclaración se hace necesaria todavía. Como el verdadero “pueblo” puede conscientemente escoger, bien sea la forma monárquica o la forma republicana de gobierno, si así le parece más oportuno, no cabe identificar al pueblo tan sólo con la así llamada “democracia” por antonomasia, y a la “masa” con la monarquía absoluta o aun con la tan despreciada dictadura. El que un cuerpo político sea “pueblo” o “masa” no depende de la forma de gobierno, sino de la concepción filosófica que lo anima. Como lo acabamos de ver, de no mediar un verdadero milagro, la concepción liberal —individualista y atómica— llevará a los ciudadanos a una vida política que constará, por una parte, de una sarta interminable de “compromisos” entre los intereses en juego —diversos y hasta encontrados—, y, por otra, de un gobierno cuya forma será el “laissez-faire” más desesperante; y en ambas características se cebarán el sistema capitalista y su corolario, el comunismo que los Papas han fustigado tanto porque en ellos tan sólo valores “abstractos” salen beneficiados, con gran detrimento del único

valor que cuenta de veras, que es el ser humano. El mismo Pontífice, Pío XII, nos advirtió de ello en una página memorable:

Mientras que . . . se quiera hacer de la sociedad y del Estado una pura y simple reunión de trabajadores, se desconoce lo que constituye la esencia de ambos, se arrebató al trabajo su verdadero sentido y su íntima potencia de unir, y se organizan, en fin de cuentas, no hombres —trabajadores considerados como tales—, sino una gigantesca adición de utilidades y salarios. El peligro de que el Estado sea dominado por las fuerzas económicas, con grande daño del bien común, es exactamente tan grave en este caso como en aquel en que la dirección del Estado es sometida a la dirección del capital.<sup>42</sup>

### 7—Kant y “su” *Ley Natural*.

Por otro lado, reducido a su más simple expresión, el pensamiento político de Kant viene a confirmar de lleno el pensamiento político de Eugenio Pacelli. Efectivamente, cuanto Kant tiene que decir acerca del Estado arranca únicamente de su concepto del hombre como pura libertad; es decir, del concepto del hombre como fuente última de la ley moral, la cual, en su calidad de ley esencial de la voluntad no entraña “deber” sino “amor” y así es de suyo anterior al imperativo categórico.<sup>43</sup> En otras palabras, el hombre, en su esencia más pura, es “libre” y así está más allá del alcance esclavizante del principio de causalidad, el cual no puede hacer mella en su voluntad si ésta no consiente en ello. Y esto quiere decir que la voluntad humana está equipada por naturaleza para seguir el llamado del bien sumo, tal y como se lo presenta la razón práctica, a pesar de cuantos obstáculos puedan surgir a su paso en el mundo material. Más aún, la ley moral no es más que esa misma vocación, en cuanto que es el emplazamiento que constituye a la voluntad en su propio Ser y la pone en la dirección del amor. De suyo, pues, la ley moral es la ley universal de la justicia —si entendemos justicia en su sentido platónico de coherencia y por tanto como sinónimo de “perfección humana”—; y, si analizamos a fondo esa exigencia de perfección, la ley de la justicia se desdobra ante nuestros ojos en dos leyes, a saber, la que regula *mis disposiciones personales* en la dirección del imperativo categórico (una ley puramente *interna*), y la que nos garantiza a todos los seres humanos el derecho inalienable a buscar y lograr en nuestras almas la perfección de nuestra naturaleza (una ley *externa* por naturaleza). Pero es esta última la que propiamente toma el nombre de ley universal de la justicia en la filosofía de Kant y, como tal, es anterior a cualquier ley humana, sien-

do el fundamento último de todas ellas. Como lo dice Kant, dicha ley nos manda “obrar externamente en modo tal que el uso libre de tu voluntad sea compatible con la libertad de cada uno según una ley universal”, que desde luego no puede menos de ser la ley de la perfección de la naturaleza humana.<sup>44</sup>

Kant tuvo sumo cuidado de separar esas dos leyes, refiriéndose a la primera como a una ley ética, y a la segunda, como a un instrumento jurídico: “El que yo adopte como máxima de conducta la máxima de obrar justamente se debe a un requisito impuesto, no tanto por la Jurisprudencia cuanto por la Etica”.<sup>45</sup> Pero asimismo tuvo sumo cuidado de añadir algo que quizá no se ha destacado suficientemente. Me refiero a lo que él llama “ley natural”. Dicha ley se coloca entre la ley universal de la justicia, a la que determina, y la primera constitución escrita de un Estado, a la que sirve de modelo. En ese sentido goza de una naturaleza paradójica. Por una parte, su contenido tiene que ser enteramente *a priori*, pero por otra carece enteramente de universalidad: es tan propia de cada Estado, que bien se puede decir que la ley natural de Francia no es, ni puede ser, la ley natural de Inglaterra. Kant no deja lugar a duda. Refiriéndose a un Estado ya constituido nos la define en retrospecto como “una clase de ley que se puede sacar de principios a priori con miras a aplicarla a esa sociedad particular”.<sup>46</sup> Pero al mismo tiempo nos advierte que ninguna ley dada por una asamblea legítimamente constituida, ni siquiera la Constitución de ese país, puede abrogarla. A decir verdad, la única manera de entender el concepto de ley natural es concebirla como la ley constitutiva de una comunidad histórica particular, la ley que aun la Constitución política del Estado al que dicha comunidad dará la existencia cuando le llegue su hora debe respetar si ha de ser capaz de vivir una vida sana. Quizá se podría decir que es la manera concreta como la ley moral nos obliga a organizar el orden de solidaridad de un territorio determinado, en el que obstáculos especiales se oponen a la perfección humana, y en ese sentido se habría de concebir como la forma substancial de la comunidad que, en el estado de naturaleza caída, tiene que preceder al Estado histórico en cuestión como causa eficiente de este último —en suma, es como una Constitución “no escrita” que debe servir de pauta a toda ley posterior. Kant se refiere a ella como absolutamente necesaria con las palabras siguientes:

*Una constitución que permita la mayor libertad humana que sea posible de acuerdo con leyes que armonicen la libertad de cada uno con la de todos los demás . . . es una idea necesaria que debe*

tomarse como fundamental, no sólo al proyectar la constitución, sino también al escribir todas las demás leyes.<sup>47</sup>

### 8—La Distinción “Civitas-Polis” en el pensamiento de C. A. Siri.

La dirección platónica es indudable en la concepción kantiana; pero no lo es menos en la de nuestro filósofo nacional, don Carlos Alberto Siri, quien en sus últimos años se ha dedicado a poner por escrito las meditaciones sobre la sociedad que le dieron sentido a su larga vida diplomática y apostólica. No me detendré mucho en sus escritos porque ya son bien conocidos en Centro América. Tan sólo quiero mostrar cómo su teoría logra tender un puente sobre el abismo que, a primera vista al menos, media entre el individuo y el Estado y que el Contrato Social del trío “Hobbes-Locke-Jefferson” tuvo que dejar beante para siempre por falta de fundamento profundamente humano en sus teorías, con peligro de que el totalitarismo se apoderara del Estado y de que así la tiranía de las masas o de los individuos devorara a la persona humana. Su solución se reduce a una distinción, que no es menos decisiva por ser tan obvia.

De un lado tenemos la “comunidad” (la *civitas*, como la llama él), y, por otra, la “sociedad” (a la que le conviene también el nombre de *polis*). En ese sentido, el título de uno de sus primeros libros resume todo su pensamiento: *La Preeminencia de la Civitas y la Insuficiencia de la Polis*.<sup>48</sup> Ambas coinciden en ser muchedumbres de seres humanos animados por un fin común; esencialmente, empero, ambas se diferencian por razón del fin que persiguen. La *comunidad*, que es una asamblea *natural*, tiene por objeto la protección y el cultivo de una posesión común que todos los miembros tienen ya desde siempre y de la que gozan desde la cuna por el mero hecho de ser hombres, a saber, la naturaleza humana con sus potencialidades ilimitadas; la *polis* o el Estado, por su parte, no tiene otra razón de ser más que la de producir aquellos bienes de que carece la comunidad desde un principio pero que son indispensables para que la *Civitas* pueda llevar a cabo la misión que le incumbe por naturaleza y que ya quedó descrita más arriba.

Ello quiere decir que la existencia del Estado no se puede justificar si no es a base de algo que no poseemos aún en común pero que debe ser producido a toda costa, y precisamente por medio de un esfuerzo mancomunado, si la comunidad ha de ser capaz de sobrevivir. Se sigue, por tanto, que las acciones *políticas* (que también se llaman *sociales* por razón de su agente, que es la sociedad) —es decir, las acciones de los miembros de la *polis* cuando éstos actúan precisamente en esa calidad, y por lo mismo también las acciones de sus representantes oficiales en el Gobierno—

no tienen sentido si no contribuyen a la posibilidad de las acciones *cívicas*, que son las acciones de los miembros de la comunidad en cuanto tales; y que no contribuirán a ello si no logran crear el clima necesario para el éxito de las acciones *cívicas*. En ese sentido, habría que decir que el Estado proviene de la Comunidad, la cual, a su vez, no es más que la extensión del individuo para cuya perfección existe. Y así, son siempre los individuos los que se juntan a niveles distintos y con vínculos formales diferentes, a saber, con la *unidad de solidaridad* y con la *unidad de orden* respectivamente. Como lo dice Siri: “. . . la esencia universal del hombre es el fundamento metafísico inmediato de la comunidad, en cuanto que la unidad de solidaridad que predetermina a los hombres por el solo hecho de ser hombres, tiene su raíz en la igualdad, por la cual se hace posible la unidad de orden que entraña la sociedad —unidad de lo igual y de lo desigual que hay en los hombres.”<sup>49</sup>

Se sigue que, de no ser por la existencia de la comunidad, que es anterior tanto en el orden del tiempo como en el de la naturaleza, ni el Estado ni el bien común tendrían sentido alguno: porque, en el fondo, sin las aspiraciones a las que corresponden las acciones *cívicas*, el “deber moral” de fundar un Estado ni siquiera surgiría. “La igualdad universal de la propia esencia” —nos dice Siri—, “les impone a todos los hombres la necesidad de una perfección común: la perfección universal de la humanidad. Surge, con ello, una responsabilidad primordial y absoluta que es común a todo hombre y a todos los hombres: el deber de obrar según lo reclama la integral perfección humana, la propia y la de todos aquellos que participan de la misma semejanza —la obligación de amar el ser del prójimo con el mismo amor con que se ama al propio ser”.<sup>50</sup>

Llegados a este punto cabe preguntar, ¿se podrá jamás dar un motivo más alto para la fundación del Estado? Pero por lo mismo, hay que reconocer que la *polis*, contrariamente a lo que piensa Locke, nace atada a una escala de valores que subordina las necesidades de la Economía —a pesar de que éstas contribuyen tanto a la perfección humana y deben, por tanto, tenerse en cuenta— a las necesidades del espíritu y de la cultura, que son más conducentes a la perfección de los ciudadanos. Ello quiere decir que, lejos de reducir el presupuesto de la última con el fin de que la primera pueda expansionarse más allá de toda proporción realista, el tamaño y la forma de la primera deberán ser determinadas siempre con la mira puesta en el desarrollo sin límites del espíritu dentro del territorio nacional. En circunstancias normales, sin embargo, un mínimo de empresa privada controlada por las necesidades del bien común *integral* es necesario.

## 9—*Conclusión.*

Platón, pues, no se halla solo. Hemos visto a Santo Tomás, Kant y Siri, formar un coro impresionante a su rededor. Y ello es tan sólo un botón de muestra. Ahora podemos comprender por qué, con su alma platónica, Lévy no pudo encontrar solaz ni en el Comunismo ni en el Capitalismo yanqui. Es que en ambos él no pudo encontrar más que las aspiraciones mezquinas de individuos que no piensan más que en sí mismos y que no ven en su condición espiritual un tesoro que les es común a ellos y a sus hermanos del género humano. En ambos él no vio más que las enseñanzas del siglo de las luces y aquella naturaleza de la que tales filósofos alardean y que a su parecer no existe, a saber, el estado de naturaleza de Hobbes, Locke y Jefferson. En suma, según él, “ambos, los ‘reaccionarios’ y los ‘progresistas’ van a parar a la recitación de la misma cantinela, aunque es verdad, entendiendo su ecuación al revés. Tanto los que mandan como los que obedecen, o bien son interlocutores en un mismo diálogo, o enemigos, pero en todo caso se hallan frente a frente los unos de los otros, bien sea como cómplices o como antagonistas en un mercado de valores políticos, en el que la moneda que circula son los derechos de los súbditos y el poder de los que mandan”.<sup>51</sup>

De ahí que él no vea más solución que ésta: “Hoy en día debemos argüir en un sentido opuesto, a saber, que si la naturaleza no existe y si la ley natural es una pura ilusión, entonces ni existe un comercio que termine en compromisos sociales, ni hay individuos que puedan decidir juntarse para vivir, y, por tanto, ni el Estado es creado por hombres ni es el resultado de sus deliberaciones. . . En otras palabras, ni los oprimidos son acreedores ni los opresores son deudores”.<sup>52</sup> Pero, por otra parte, el hombre moderno no lo comprenderá así mientras no caiga en la cuenta de lo que significa ser un ser humano. De ahí la decisión “desesperada” de Lévy: “la apuesta más insensata, a saber, la de trocar al hombre en lo que hay de más profundo, permanece como una exigencia, y nosotros la tomaremos como nuestro empeño personal”.<sup>53</sup> ¡Pobre Lévy! ¡No puede menos de caer en la cuenta de lo que tuvo que sufrir el gran Sócrates—hacer hombres profundos de los “libertarios” que los Sofistas habían creado en la juventud de Atenas—, y de cuán mal le pagó aquella sociedad ingrata al quitarle la vida!

Pero, ¿no habría que decir que la situación extrema en la que nuestros pueblos viven hoy en día exige la misma “locura” de parte de nuestros ciudadanos? No hay que olvidar, sin embargo, que la vocación “socrática”, por indispensable que sea, no es fácil; y que la opinión mundial, con

su proverbial “cordura”, hará todo lo posible para acobardarlos. Y así, subsiste aún la gran pregunta: lo extremo del peligro, ¿les hará comprender más fácilmente los peligros que la “sensatez” de las democracias liberales y materialistas entraña? En todo caso, el entusiasmo de Júpiter Tonante es digno de consideración en este mundo calculador y libertario; y ciertamente no encontraremos solución a nuestros males mientras no añoremos desde el fondo de nuestras almas por un Estado que sea un verdadero “hogar”, como nos lo aconseja nuestro poeta nacional, David Escobar Galindo:

porque ninguna ley es obra extraña cuando construye casa y no guardada. (*Sonetos Penitenciales, N° XIV*).

California State,  
University, Long Beach.

Francisco L. Peccorini.

## NOTAS

- 1—Bernard Henri Lévy, *La Barbarie á visage humain* (Paris: Bernard Grasset, 1977).
- 2—O. c., p. 80.
- 3—*Ibid.*
- 4—*Fedro*, 246E-247C.
- 5—*Fedro*, 247B.
- 6—Kant, *La Crítica de la Razón Pura*, A314-316/B372-373. Véase también, Peccorini, Francisco L., *On to the World of Freedom. A Kantian Meditation on Finite on Selfhood* (Washington, D. C.: The University Press of America, 1982). pp. 52-53, 68-78.
- 7—*Fedro*, 247C-D.
- 8—Kant, o. c., A314-316/B371-372.
- 9—Aristóteles, *Metafísica*, Libro XII, 1072 a 30-32.
- 10—*Fedro*, 245D.
- 11—Ver: F. L. Peccorini, “Divinity and Immortality in Aristotle: A De-Mythologized Myth?” in *The Thomist*, 43(1979), No. 2, pp. 217-257.
- 12—*República*, 532A-B.
- 13—*República*, 490A-C.
- 14—*República*, 518-C.

- 15—*República*, 525A.
- 16—*Fedro*, 248C.
- 17—*Fedro*, 249B-C.
- 18—*Ibid.*
- 19—*Fedro*, 248B-C.
- 20—*República*, 611E-D.
- 21—*República*, 611D-612-B.
- 22—*Fedro*, 249D-D.
- 23—*Fedro*, 250C.
- 24—Ver: F. L. Peccorini, *On to the World of Freedom*, pp. 298-299.
- 25—*Plato's Phaedrus*, translated with an introduction and commentary by R. Hackforth (Cambridge: at the University Press, 1972), p. 83.
- 26—Ver *Fedro*, 253C-D.
- 27—*Gorgia*, 513.
- 28—*Gorgia*, 501.
- 29—*Gorgia*, 504.
- 30—*Gorgia*, 515.
- 31—*Estadista*, 271E.
- 32—*Estadista*, 294A.
- 33—*Estadista*, 294B-C.
- 34—*De Regimine Principum*, Lib. II, Cáp. III, N° 106.
- 35—*O. c.*, Lib. III, Cap. III.
- 36—*Quaestiones Disputatae*, a 2.
- 37—Véase: Charles De Koninck, *De la primacía del bien común contra los personalistas* (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1952).
- 38—Ver: *Suma Contra los Gentiles*, Lib. III, Cap. 39, N° 7.
- 39—*Suma Teológica*, I-II, 91,2, *in corpore*.
- 40—Ver Kant, *Los Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres*, Edición de la Real Academia de Prusia, p. 461.
- 41—*Acta Apostolicae Sedis*, Vol. XXXVII, p. 13, "Mensaje Navideño de 1944".
- 42—Pío XII, en carta dirigida al Presidente de la Comisión General de las Semanas Sociales de Francia, con fecha de 18 de julio de 1947.
- 43—Ver Peccorini, *o. c.*, pp. 295-296.
- 44—Ver el *Gesammelte Schriften* de Kant, publicados por la Real Academia de Ciencias de Prusia, Vol. VIII, pp. 289-290.
- 45—*Los Elementos Metafísicos de la Justicia*, Edición Academia, Vol. VII, p. 231.
- 46—*O. c.* p. 256.
- 47—*Crítica de la Razón Pura*, A316/B373.
- 48—Ver: Carlos Alberto Siri, *La Preeminencia de la Civitas y la Insuficiencia de la Polis* (San Salvador: Ministerio de Educación, 1967).
- 49—*O. c.*, p. 32.
- 50—*O. c.*, pp. 32-33.
- 51—Lévy, *La barbarie ó visage humain*, pp. 75-76.
- 52—*Ibid.*
- 53—*O. c.*, p. 80.



# I N D I C E

	PAG.
Una nueva época .....	7

## UN DECRETO Y DOS DISCURSOS

Decreto No. 36 .....	13
Discurso pronunciado por el Lic. Julio Adolfo Rey Prendes ante la Asociación Nacional de Anunciantes de El Salvador (ANAES) ..	16
Discurso pronunciado por el Lic. Julio Adolfo Rey Prendes, Ministro de Cultura y Comunicaciones, con ocasión de la inauguración del Cuarto Festival de Arte .....	22

## P O E S I A

Tres poemas de amor — Carlos Murciano — Poniente .....	27
Donde el poeta, viendo beber a la amada un sorbo de vino oloroso, pide y obtiene tomarlo de su boca .....	28

	PAG.
La maceta .....	28
Jardín de la quimera — Jean Aristeguieta (confesiones de poeta) ..	31
Meta — Sonetos de Elisa Huezo Paredes .....	41
Maleficio .....	42
Carpintería — Mario Noel Rodríguez .....	43
Narrativa — Cuento de Rima de Vallbona — Infame retorno ...	49
Del ojo de la noche — Rolando Elías. (Fragmento de su relato novelado “Juan Caminos”) .....	59

## ARTICULOS

Función y Valor de los Espacios Interiores y Exteriores en “Miau” — Gene Steven Forrest .....	69
Horacio Quiroga: El suicida genial. (Un libro primigenio). Rubinstein Moreira .....	79

## TEATRO

“Bebé Precioso” — Luis Gallegos Valdés. (Comedieta en 3 actos). 89	89
Acto I .....	91
Acto II .....	99
Acto III .....	107
Las Abejas — Miguelángel Chinchilla. Cuadro primero. (En una colmena) .....	118
Cuadro segundo. (Primer Ministro Zángano informa a la Reina). 121	121
Cuadro tercero. (El jefe Zángano lee, llega la abeja Nodriz) ....	125
Cuadro cuarto. (Reina platica con el Humano) .....	127
Cuadro quinto. (En la obscuridad se escucha un combate .....	130
Estudio — Francisco L. Peccorini. Impaciencias platónicas en un mundo “libertario” .....	137

Esta edición consta de 1,500 ejemplares. Se terminó de imprimir el 26 de agosto de 1986, en la Dirección de Publicaciones e Impresos del Ministerio de Cultura. y Comunicaciones. San Salvador, El Salvador. C. A.





